

# EL CAPITAN VENENO.

(ESTUDIO DEL NATURAL.)

## XII.

Quince dias despues del entierro de doña Teresa Carrillo de Albornoz, á eso de las once de una espléndida mañana del mes de las flores, víspera ó antevíspera de San Isidro, nuestro amigo el *Capitan Veneno* paseábase por la sala principal de la casa mortuoria, apoyado en dos hermosas y desiguales muletas de ébano y plata, regalo del marqués de los Tomillares; y, aunque el mimado convaleciente estaba allí solo y no habia nadie ni en el gabinete ni en la alcoba, hablaba de vez en cuando á media voz, con la rabia y desabrimiento de costumbre.

—¡Nada! ¡Nada!... ¡Está visto! (exclamó por último, parándose en mitad de la habitacion.) ¡La cosa no tiene remedio! ¡Ando perfectísimamente! ¡Y hasta creo que andaria mejor sin estos palitroques!—Es decir, que ya puedo marcharme á mi casa...

Aquí lanzó un gran resoplido, como si suspirase á su manera, y murmuró, cambiando de tono:

—¡Puedo! ¡He dicho *puedo!*...—Y ¿qué es *poder?*—Yo pensaba ántes, que el hombre podia hacer todo lo que queria, y ahora veo que ni tan siquiera *puede querer* lo que le acomoda...—¡Pícaras mujeres! ¡Bien me lo habia yo temido desde que nací! ¡Y bien me lo figuré en cuanto me ví rodeado de faldas la noche del 26 de Marzo!—¡Inútil fué tu precaucion, padre mio, de hacerme amamantar por una cabra! ¡Al cabo de los años mil, he venido á caer en manos de estas sayonas que te obligaron á suicidarte!...

—¡Pero yo me escaparé, aunque me deje el corazón en sus uñas!

En seguida miró el reloj, suspiró de nuevo y dijo muy quedamente:

—¡Las once y cuarto, y todavía no la he visto, aunque estoy levantado desde las seis!...—¡Qué tiempos aquellos en que me traía el chocolate y jugábamos al tute!—Ahora, siempre que llamo, entra la gallega...—¡Reventada sea *tan digna servidora*, como la llama el necio de mi primo!—Pero, en cambio, luégo darán las doce, y me avisarán que está el almuerzo... Iré al comedor, y me encontraré allí con una estatua vestida de luto, que ni habla, ni ríe, ni llora, ni come, ni bebe, ni sabe nada de lo que ocurre, nada de lo que su madre me contó aquella noche, nada de lo que va á suceder, si Dios no lo remedia...—¡Cree la muy orgullosa que está en su casa, y todo su afán es que acabe de ponerme bueno y me marche, para que mi compañía no la desdore en la opinión de las gentes!...—¡Infeliz! ¿Cómo sacarla de su error? ¿Cómo decirle que la tengo engañada; que su madre no me entregó ningún dinero; que, desde hace quince días, todo lo que se gasta acá sale de mi propio bolsillo?—¡Ah! ¡Eso nunca! ¡Primero me dejo matar que decirle tal cosa!—Pero ¿qué hago? ¿Cómo no darle, ántes ó despues, cuentas verdaderas ó fingidas? ¿Cómo seguir así indefinidamente? ¡Ella no lo consentirá! ¡Ella me llamará á capítulo, cuando gradúe que debe de haberseme acabado lo que suponga que poseía su madre, y entónces se armará en esta casa la de Dios es Cristo!

Por aquí iba en sus pensamientos D. Jorge de Córdoba, cuando sonaron unos golpecitos en la puerta principal de la sala, seguidos de estas palabras de Angustias:

—¿Se puede entrar?

—¡Entre Vd. con cinco mil de á caballo! (gritó el Capitán, loco de alegría, corriendo á abrir la puerta y olvidando todas sus reflexiones:) ¡Ya era tiempo de que me hiciese usted una visita como antiguamente!—¡Aquí tiene Vd. al oso enjaulado y aburrido, deseando tener con quien pelear!—¿Quiere Vd. que echemos una mano al tute?—Pero... ¿qué pasa? ¿Por qué me mira Vd. con esos ojos?

—Sentémonos y hablemos, Capitán...—dijo gravemente Angustias, cuyo hechicero rostro, pálido como la cera, expresaba la más honda emoción.

D. Jorge se retorció los bigotes, según hacia siempre

que barruntaba tempestad, y sentóse en el filo de una butaca, mirando á un lado y otro con aire y desasosiego de reo en capilla.

La jóven tomó asiento muy cerca de él; reflexionó unos instantes, ó bien reunió fuerzas para la ya concebida batalla, y expuso al fin con imponderable dulzura:

## XIII.

—Señor de Córdoba: la mañana en que murió mi bendita madre, y cuando, cediendo á ruegos de Vd., me retiraba á mi aposento, despues de haberla amortajado, y Vd. se quedó velándola... con una piedad y una veneracion que no olvidaré jamás...

—¡Vamos, vamos! Angustias...—¿Quién dijo miedo?— ¡Cara feroz al enemigo! ¡Tenga Vd. valor para sobreponerse á esas cosas!

—Sabe Vd. que no me ha faltado hasta hoy... (respondió la jóven con mayor calma:)—Pero no se trata ahora de esta pena, con la cual vivo y viviré perpétuamente en santa paz, y á cuyo dulce tormento no renunciaria por nada del mundo... Se trata de contrariedades de otra índole, en que por fortuna caben alteraciones, y que van á tener en seguida total remedio...

—¡Quiéralo Dios!—rezó el Capitan, viendo cada vez más cerca el nublado.

—Decia... (continuó Angustias:) que aquella mañana me habló Vd., sobre poco más ó ménos, de este modo:— "Hija mia"...

—¡Hombre! ¡Qué cosas dice uno algunas veces! ¡Yo la llamé á Vd. "hija mia"!

—Déjeme proseguir, Sr. D. Jorge.—"Hija mia... (exclamó Vd. con una voz que me llegó al alma:) En nada "tiene Vd. que pensar por ahora, más que en llorar y en "pedir á Dios por su madre... Yo la he asistido en sus "últimos momentos; y, con este motivo, me ha enterado "de todos sus asuntos y hecho entrega del dinero que "poseia, para que yo corra con los cuidados relativos á "entierro, lutos y demás, como tutor de Vd. que me ha "nombrado privadamente y para librarla de penosas aten-

"ciones en los primeros días de su dolor...—Cuando se tranquilice Vd., ajustaremos cuentas"...

—¿Y qué? (interrumpió el Capitan, frunciendo muchísimo el entrecejo, como si, á fuerza de aparecer terrible, quisiese cambiar la efectividad de las cosas:) ¿No he cumplido bien tales encargos? ¿He hecho alguna locura? ¿Cree usted que he despilfarrado su herencia?—¿No era justo costear entierro mayor á aquella ilustre señora, ó acaso le ha referido á Vd. algun chismoso que le he puesto en la sepultura una gran lápida, con sus títulos de *general* y de *condesa*?—¿Pues lo de la lápida ha sido capricho mio personal, y tenia pensado rogar á Vd. que me permitiera pagarla de mi dinero!—¿No he podido resistir á la tentacion de proporcionar á mi noble amiga el gusto y la gala de usar entre los muertos los dictados que no le permitieron llevar los vivos!

—Ignoraba lo de la lápida... (profirió Angustias con religiosa gratitud, cogiendo y estrechando una mano de D. Jorge, á pesar de los esfuerzos que hizo éste por retirarla.) ¡Dios se lo pague á Vd.!—¿Acepto ese regalo, en nombre de mi pobre madre y en el mio!—Pero, aun así y todo, ha hecho Vd. muy mal, sumamente mal, en engañarme respecto de otros puntos, y, si ántes me hubiera enterado de ello, ántes habria venido á pedirle á Vd. cuentas.

—Y ¿podrá saberse, mi querida señorita, en qué la he engañado á Vd.?—se atrevió todavía á preguntar D. Jorge, no comprendiendo que Angustias supiese lo que sólo á él, y momentos ántes de espirar, le habia referido doña Teresa.

—Me engañó Vd. aquella triste mañana—respondió severamente la jóven,—al decirme que mi madre le habia entregado no sé qué cantidad...

—Y ¿en qué se funda vuestra señoría para desmentir así á todo un capitan de ejército, á un hombre honrado, á una persona mayor?—gritó con fingida vehemencia don Jorge de Córdoba, procurando meter la cosa á barato y armar camorra para salir del aquel atranque.

—Me fundo (respondió Angustias muy sosegadamente) en la seguridad, que he adquirido despues, de que mi madre no tenia ningun dinero cuando cayó en cama.

—¿Cómo que no?—¿Estas chiquillas se lo quieren saber todo!—¿Pues ignora Vd. que doña Teresa acababa de

enajenar por aquellos dias una joya de muchísimo mérito?...

—Sí... sí... ¡ya sé!... Una gargantilla de perlas con broches de brillantes..., por la cual le dieron quinientos duros...

—¡Justamente! Una gargantilla de perlas... como nueces, de cuyo importe nos queda todavía mucha plata que ir gastando...—¿Quiere Vd. que se la entregue ahora mismo? ¿Desea Vd. encargarse ya de la administracion de su hacienda? ¡Tan mal le va con mi tutoría!

—¡Qué bueno es Vd., Capitan!... Pero ¡qué imprudente á la vez! (repuso la jóven.)—Lea Vd. esta carta, que acabo de recibir, y verá dónde estaban los quinientos duros desde la tarde en que mi madre cayó herida de muerte...

El Capitan se puso más colorado que una amapola; pero aún sacó fuerzas de flaqueza y exclamó, echándola de muy furioso:

—¡Conque es decir que yo miento! ¡Conque un pape-lucho merece más crédito que yo! ¡Conque de nada me sirve toda una vida de formalidad, en que he tenido palabra de rey!

—Le sirve á Vd., Sr. D. Jorge, para que yo le agradezca más y más el que, por mí, y sólo por mí, haya faltado Vd. una vez á esa buena costumbre...

—¡Veamos qué dice la carta! (replicó el Capitan por replicar algo, ó por ver si hallaba algun medio de cohonestar la situacion.) ¡Probablemente será alguna pamplina!

La carta era del abogado ó asesor de la difunta generala, y decia así:

”Señorita doña Angustias Barbastro.

”Muy señora mia y estimada amiga:

”Acabo de recibir extraoficialmente la triste noticia del óbito de su señora madre (Q. S. G. H.), y acompaño á Vd. en su legítimo sentimiento, deseándole fuerzas físicas y morales para sufrir tan inapelable y rudo golpe de la Superioridad que regula los destinos humanos.

”Dicho esto, que no es fórmula otatoria de cortesía, sino expresion del antiguo y oportunamente alegado afecto que le profesa mi alma, tengo que cumplir con usted otro deber sagrado, cuyo tenor es el siguiente:

”El procurador ó agente de negocios de su difunta madre, al notificarme hoy la penosa nueva, me ha dicho que,

cuando hace dos semanas fué á poner en su conocimiento la desfavorable resolucion del expediente de la viudedad, y á presentarle las notas de nuestros honorarios, tuvo ocasion de comprender que la señora poseia apenas el dinero suficiente para satisfacerlos, como por desventura los satisfizo en el acto, con un apresuramiento en que creí ver nuevas señales del amargo desvío que ya me habia demostrado Vd. con anterioridad...

"Ahora bien, mi querida Angustias: atorméntame mucho la idea de si estará Vd. pasando apuros y molestias en tan agravantes circunstancias, por la exagerada presteza con que su mamá me hizo efectiva aquella suma (reducido precio de las seis solicitudes, cuyo borrador le escribí y hasta copié en limpio), y pido á Vd. su consentimiento previo para devolvérsela hasta mejor ocasion, y aún para agregar todo lo demás que necesite y yo posea.

"No es culpa mia si no tengo personalidad suficiente ni otros títulos que un amor tan grande como sin correspondencia, al hacer á Vd. semejante ofrecimiento, que le suplico acepte en debida forma de su apasionado y buen amigo, atento y seguro servidor, Q. B. S. P.,

"TADEO JACINTO DE PAJARES."

—¡Mire Vd. aquí un abogado á quien yo le voy á cortar el pescuezo! (exclamó D. Jorge, levantando la carta sobre su cabeza:)—¡Habrá infame! ¡Habrá judío! ¡Habrá canalla!... ¡Asesina á la buena señora, hablándole de *insolvencia* y de *ejecucion* al pedirle los honorarios, para ver si la obligaba á darle la mano de Vd.; y ahora quiere comprar esa misma mano con el dinero que le sacó por haber perdido el asunto de la viudedad!...—¡Nada, nada! ¡Corro en su busca!—¡A ver! ¡Alárgueme Vd. esas muletas!—¡Rosa! ¡mi sombrero!... (Es decir: vé á mi casa y dí que te lo den...) Ó si no, tráeme (que ahí estará en la alcoba) mi gorra de cuartel... ¡y el sable!...—Pero no... ¡no traigas el sable! ¡Con las muletas me basta y sobra para romperle la cabeza!

—Márchate, Rosa..., y no hagas caso; que estas son chanzas del Sr. D. Jorge... (expuso Angustias, haciendo pedazos la carta.)—Y Vd., Capitan, siéntese y óigame...—se lo suplico.—Yo desprecio al señor abogado con todos sus mal adquiridos millones, y ni he le contestado, ni le contestaré.—¡Cobarde y avaro, imaginó desde luégo que

podria hacer suya á una mujer como yo, sólo con defender de balde una mala causa!...—¡No hablemos más, ni ahora ni nunca, del indigno viejo!...

—¡Pues no hablemos tampoco de ninguna otra cosa!—añadió el ladino Capitan, logrando alcanzar las muletas y comenzando á pasearse muy deprisa, cual si huyera de la interrumpida discusion.

—Pero, amigo mio... (observó muy sentidamente la jóven:) Las cosas no pueden quedar así...

—¡Bien! ¡Bien! Ya hablaremos de eso...—Lo que ahora interesa es almorzar, pues yo tengo muchísima hambre...—Y ¡qué bien me ha dejado la pierna ese zorro viejo de doctor! ¡Ando como un gamo!—Dígame Vd., cara de cielo: ¿á cómo estamos hoy?

—¡Capitan! (exclamó Angustias con enojo:) ¡No me moveré de esta silla hasta que me oiga Vd. y resolvamos el asunto que aquí me ha traído!

—¿Qué asunto?—¡Déjeme Vd. á mí de asuntos ni de canciones!...—Y, á propósito de canciones... ¡Juro á Vd. no volver á cantar en toda mi vida la jota aragonesa!—¡Pobre Generala! ¡Cómo se reía al oirme!

—¡Señor de Córdoba!... (insistió Angustias con mayor acritud:) ¡Vuelvo á suplicar á Vd. que preste alguna atencion á un caso en que están comprometidas mi honra y mi dignidad!...

—¡Para mí no tiene Vd. nada comprometido! (respondió D. Jorge, tirando al florete con la más corta de las muletas.) ¡Para mí es Vd. la mujer más honrada y más digna que Dios ha criado!

—¡No basta serlo para Vd.! ¡Es necesario que opine lo mismo todo el mundo!—Siéntese Vd., pues, y escúcheme, ó envió á llamar á su señor primo; el cual, á fuer de hombre de conciencia, pondrá término á la vergonzosa situacion en que me hallo.

—¡Le digo á Vd. que no me siento!—Estoy harto de camas, de butacas y de sillas...—Sin embargo, puede usted hablar cuanto guste...—contestó D. Jorge, dejando de tirar al florete; pero quedándose en *primera guardia*.

—Poco será lo que le diga... (profirió Angustias, volviendo á su grave entonacion), y ese poco... ya se le habrá ocurrido á Vd. desde el primer momento.—Señor Capitan: hace quince dias que sostiene Vd. esta casa: Vd. pagó el entierro de mi madre: Vd. me ha costado los lutos: us-

ted me ha dado el pan que he comido...—¡Imposible me fuera abonarle en el acto lo que lleva gastado, como se lo abonaré andando el tiempo...; pero sepa Vd. que desde hoy...

—¡Rayos y culebrinas! ¡Pagarme Vd. á mí!—¡Pagarme *ella!*... (gritó el Capitan con tanto dolor como furia, levantando en alto las muletas, hasta llegar con la mayor al techo de la sala:)—¡Esta mujer se ha propuesto matarme!—¡Y para eso quiere que la oiga!...—¡Pues no la oigo á Vd.! ¡Se acabó la conferencia!—¡Rosa! ¡El almuerzo!—Señorita: en el comedor la aguardo...—Hágame el obsequio de no tardar mucho.

—¡Buen modo tiene Vd. de respetar la memoria de mi madre! ¡Bien cumple los encargos que le hizo en favor de esta pobre huérfana! ¡Vaya un interés que se toma por mi honor y por mi reposo!...—exclamó Angustias con tal majestad, que D. Jorge se detuvo como el caballo á quien refrenan; contempló un momento á la jóven; arrojó las muletas lejos de sí; volvió á sentarse en la butaca, y dijo, cruzándose de brazos:

—¡Hable Vd. hasta la consumacion de los siglos!

—Decia... (continuó Angustias, así que se hubo serenado:) que desde hoy cesará la absurda situacion creada por la imprudente generosidad de Vd.—Ya está Vd. bueno, y puede trasladarse á su casa...

—¡Bonito arreglo!—interrumpió D. Jorge, tapándose luego la boca con la mano, como arrepentido de la interrupcion.

—¡El único posible!—replicó Angustias.

—¿Y qué hará Vd. en seguida, alma de Dios? (gritó el Capitan:) ¿Vivir del aire como los camaleones?...

—Yo... venderé casi todos los muebles y ropas de esta casa...

—¡Que valen cuatro cuartos!—volvió á interrumpir D. Jorge, paseando una mirada despreciativa por las cuatro paredes de la habitacion, no muy desmanteladas á la verdad.

—¡Valgan lo que valieren! (repuso la huérfana con mansedumbre:) ¡Ello es que dejaré de vivir á costa de su bolsillo de Vd. ó de la caridad de su señor primo!

—¡Eso no, canastos! ¡eso no!—¡Mi primo no ha pagado nada! (rugió el Capitan con suma nobleza.)—¡Pues no faltaba más, estando yo en el mundo!—Cierto es que el



pobre Alvaro...—yo no quiero quitarle su mérito,—en cuanto supo la fatal ocurrencia, se brindó á todo..., es decir, ¡á muchísimo más de lo que Vd. puede figurarse!... Pero yo le contesté que la hija de la condesa de Santurce sólo podia admitir favores (ó sea hacerlos ella misma, en el mero hecho de admitirlos) de su tutor D. Jorge de Córdoba, á cuyos cuidados la confió la difunta... El hombre conoció la razon, y entónces me reduje á pedirle prestados, nada más que prestados, algunos maravedises, á cuenta del sueldo que gano en su contaduría.—Por consiguiente, señorita Angustias, puede Vd. tranquilizarse en ese particular, aunque tenga más orgullo que D. Rodrigo en la horca.

—Me es lo mismo... (balbuceó la jóven), supuesto que yo he de pagar al uno ó al otro, cuando...

—¿Cuándo qué?—¡Esa es toda la cuestion!—¿Dígame usted cuándo?

—¡Hombre!.. Cuando, á fuerza de trabajar, y con la ayuda de Dios misericordioso, me abra caminos en esta vida...

—¡Caminos, canales y puertos! (voceó el Capitan).— ¡Vamos, señora! ¡No diga Vd. simplezas!—¡Vd. trabajar! ¡Trabajar con esas manos tan bonitas, que no me cansaba de mirar cuando jugábamos al tute!—Pues, ¿á qué estoy yo en el mundo, si la hija de doña Teresa Carrillo ¡de mi única amiga! ha de coger una aguja, ó una plancha, ó un demonio, para ganarse un pedazo de pan?

—Bien: dejemos todo eso á mi cuidado y al tiempo... (replicó Angustias, bajando los ojos.) Pero, entre tanto, quedamos en que Vd. me dispensará el favor de marcharse hoy...—¿No es verdad que se marchará Vd.?

—¡Dale que dale!—Y ¿por qué ha de ser verdad? ¿Por qué he de irme, si no me va mal aquí?

—Porque ya está Vd. bueno; ya puede andar por la calle, como anda por la casa; y no parece bien que sigamos viviendo juntos...

—¡Pues figúrese Vd. que esta casa fuera de huéspedes!.. —¡Ea! ¡Ya lo tiene Vd. arreglado todo! ¡Así no hay que vender muebles ni nada!—Yo le pago á Vd. mi pupilaje; ustedes me cuidan... ¡y en paz!—Con los dos sueldos que reuno hay de sobra para que todos lo pasemos muy bien, puesto que en adelante no me formarán causas por desacato, ni volveré á perder nada al tute, como no sea la

paciencia... cuando me gane Vd. muchos juegos seguidos...—¿Quedamos conformes?

—¡No se haga Vd. ilusiones, Capitan!.. (profirió Angustias con voz melancólica.) Vd. no ha entrado en esta casa como pupilo; ni nadie creería que estaba Vd. en ella en tal concepto; ni yo quiero que lo esté...—¡No tengo yo edad ni condiciones para ama de huéspedes!..—Prefiero ganar un jornal cosiendo ó bordando...

—¡Y yo prefiero que me ahorquen!

—Es Vd. muy compasivo... (prosiguió la huérfana), y le agradezco con toda mi alma lo que padece al ver que en nada puede ayudarme...—Pero esta es la vida; este es el mundo, esta es la ley de la sociedad.

—¿Qué me importa á mí la sociedad?

—¡A mí me importa mucho! Entre otras razones, porque sus leyes son un reflejo de la ley de Dios.

—¡Conque es ley de Dios que yo no pueda mantenerla á Vd., aunque los dos queramos!...

—Lo es, señor Capitan, en el mero hecho de estar la sociedad dividida en familias...

—¡Yo no tengo familia, y, por consiguiente, puedo disponer libremente de mi dinero!...

—Pero yo no debo aceptarlo.—La hija de un hombre de bien que se apellidaba *Barbastro*, y de una mujer de bien que se apellidaba *Carrillo*, no puede vivir á expensas de cualquiera...

—¡Luego yo soy para Vd. un *cualquiera*!

—Y un cualquiera de los peores... para el caso de que se trata, supuesto que es Vd. soltero, todavía jóven, y nada santo... de reputacion.

—¡Mire Vd., señorita! (exclamó resueltamente el Capitan, despues de breve pausa, como quien va á epilogar y resumir una intrincada controversia:)—La noche que ayudé á bien morir á su madre de Vd., le dije honradamente y con mi franqueza habitual, para que aquella buena señora no se muriese en un error, sino á sabiendas de lo que pasaba, que yo, el *Capitan Veneno*, pasaria por todo en este mundo, ménos por tener mujer é hijos.—¿Lo quiere Vd. más claro?

—¿Y á mí qué me cuenta Vd.? (respondió Angustias con tanta dignidad como gracia.) ¿Cree Vd., por ventura, que yo le estoy pidiendo indirectamente su blanca mano?

—¡No, señora! (se apresuró á contestar D. Jorge, ru-

borizándose hasta lo blanco de los ojos:) ¡La conozco á usted demasiado para suponer tal majadería!—Además, ya hemos visto que Vd. desprecia novios millonarios, como el abogado de la famosa carta...—¿Qué digo? ¡La propia doña Teresa me dió la misma contestacion que Vd. cuando le revelé mi inquebrantable propósito de no casarme nunca!...—Pero yo le hablo á Vd. de esto, para que no extrañe ni lleve á mal el que, estimándola á Vd. como la estimo, y queriéndola como la quiero... (¡porque yo la quiero á Vd. muchísimo más de lo que Vd. se figura!), no corte por lo sano y diga:—”¡Basta de requilorios, hija del alma! ¡Casémonos, y aquí paz y despues gloria!”

—¡Es que no bastaria que Vd. lo dijese!... (contestó la jóven con heróica frialdad.) Seria menester que Vd. me gustase.

—¿Estamos ahí ahora? (bramó el Capitan dando un brinco.) Pues ¿acaso no le gusto yo á Vd.?

—¿De dónde sacaba Vd. semejante probabilidad, caballero D. Jorge?—repuso Angustias implacablemente.

—¡Déjeme Vd. á mí de probabilidades ni de latines! (tronó el pobre discípulo de Marte.) ¡Yo sé lo que me digo! ¡Lo que aquí pasa, hablando mal y pronto, es que yo no puedo casarme con Vd., ni vivir de otro modo en su compañía, ni abandonarla á su triste suerte...—Pero créame usted, Angustias: ni Vd. es una extraña para mí, ni yo lo soy para Vd.... ¡y el dia que yo supiera que Vd. ganaba ese jornal que dice; que Vd. servia en una casa ajena; que usted trabajaba con sus manecitas de nácar...; que Vd. tenia hambre... ó frio, ó... (¡Jesús! ¡No quiero pensarlo!), le pegaba fuego á Madrid ó me saltaba la tapa de los sesos!—Transija Vd., pues; y, ya que no acepte el que vivamos juntos como dos hermanos (porque el mundo lo mancha todo con sus ruines pensamientos), consienta que le señale una pension anual, como la señalan los reyes ó los ricos á las personas dignas de proteccion y ayuda...

—Es que Vd. no tiene nada de rico ni de rey...

—¡Bueno! Pero Vd. es para mí una reina, y debo y quiero pagarle el tributo voluntario con que suelen sostener los buenos súbditos á los reyes proscritos...

—Basta de reyes y de reinas, mi Capitan... (pronunció Angustias con el triste reposo de la desesperacion.)—Usted no es, ni puede ser para mí otra cosa que un excelente amigo de los buenos tiempos, á quien siempre recor-

daré con gusto.—Digámonos adios, y déjeme siquiera la dignidad en la desgracia.

—¡Eso es! Y yo, entretanto, me bañaré en agua de rosas, con la idea de que la mujer que me salvó la vida, exponiendo la suya, está pasando las de Cain! ¡Yo tendré la satisfacción de pensar en que la única hija de Eva de quien he gustado, á quien he querido, á quien... adoro con toda mi alma, carece de lo más necesario, trabaja para alimentarse malamente, vive en una buhardilla, y no recibe de mí ningun socorro, ningun consuelo!...

—¡Señor Capitan! (interrumpió Angustias solemnemente:) Los hombres que no pueden casarse, y que tienen la nobleza de reconocerlo y de proclamarlo, no deben hablar de adoracion á las señoritas honradas.—Conque lo dicho: mande Vd. por un carruaje; despedámonos como personas decentes, y ya sabrá Vd. de mí cuando me trate mejor la fortuna.

—¡Ay, Dios mio de mi alma! ¡Qué mujer ésta! (clamó el Capitan, tapándose el rostro con los manos.) ¡Bien me lo temí todo desde que le eché la vista encima! ¡Por algo dejé de jugar al tute con ella! ¡Por algo he pasado tantas noches sin dormir!—¿Hase visto apuro semejante al mio? ¿Cómo la dejo desamparada y sola, si la quiero más que á mi vida? ¿Ni cómo me caso con ella, despues de tanto como he declamado contra el matrimonio? ¿Qué dirian de mí en el Casino? ¿Qué dirian los que me encontrasen en la calle, con una mujer de bracete, ó en casa, dándole papilla á un rorro?—¡Niños á mí! ¡Yo bregar con muñecos! ¡Yo oirlos llorar! ¡Yo temer á todas horas que estén malos, que se me mueran, que se los lleve el aire!—Angustias... ¡créame Vd. por Jesucristo vivo! ¡Yo no he nacido para esas cosas!—¡Viviria tan desesperado, que, por no verme ni oirme, pediria Vd. á voces el divorcio ó quedarse viuda!...—¡Ah! ¡Tome Vd. mi consejo! ¡No se case conmigo, aunque yo quiera!

—Pero, hombre... (expuso la jóven, retrepándose en su butaca con admirable serenidad.) ¡Vd. se lo dice todo!—¿De dónde saca Vd. que yo deseo que nos casemos; que yo aceptaria su mano; que yo no prefiero vivir sola, aunque para ello tenga que trabajar dia y noche, como trabajan otras muchas huérfanas?

—¡Qué de dónde lo saco! (respondió el Capitan con la mayor ingenuidad del mundo:) ¡De la naturaleza de

las cosas! ¡De que los dos nos queremos! ¡De que los dos nos necesitamos! ¡De que no hay otro arreglo para que un hombre como yo y una mujer como Vd. vivan juntos! —¿Cree Vd. que yo no lo conozco; que no lo habia pensado ya; que á mí me son indiferentes su honra y su nombre?—Pero he hablado por hablar, por huir de mi propia conviccion, por ver si escapaba al terrible dilema que me quita el sueño, y hallaba un modo de no casarme con usted..., como al cabo tendré que casarme, si se empeña en quedarse sola...

—¡Sola! ¡Sola!... (repitió donosamente Angustias:) Y ¿por qué no *mejor acompañada*? ¿Quién le dice á Vd. que no encontraré yo, con el tiempo, un hombre de mi gusto, que no tenga horror al matrimonio?

—¡Angustias! ¡Doblemos esa hoja!—gritó el Capitan, poniéndose de color de azufre.

—¿Por qué doblarla?

—¡Doblémosla, digo!...; y sepa Vd. desde ahora, que me comeré el corazon del temerario que la pretenda...—Pero hago muy mal en incomodarme sin fundamento alguno...—¡No soy tan tonto que ignore lo que nos sucede!...—¿Quiere Vd. saberlo?—Pues es muy sencillo: ¡Los dos nos queremos!...—Y no me diga Vd. que me equivoco, ¡porque eso seria faltar á la verdad!—Y allá vá la prueba: ¡Si Vd. no me quisiera á mí, no la querria yo á usted!... ¡Lo que yo hago es *pagar*!—¡Y le debo á Vd. tanto!... ¡Vd., despues de haberme salvado la vida, me ha asistido como una Hermana de la Caridad; Vd. ha sufrido con paciencia todas las barbaridades que, por librarme de su poder seductor, le he dicho durante cincuenta dias; usted ha llorado en mis brazos cuando se murió su madre; usted me está aguantando hace una hora!...—En fin... ¡Angustias!... Transijamos... Partamos la diferencia...—¡Diez años de plazo le pido á Vd.!—Cuando yo cumpla el medio siglo, y sea ya otro hombre, enfermo, viejo, y acostumbrado á la idea de la esclavitud, nos casaremos sin que nadie se entere, y nos iremos fuera de Madrid, al campo, donde no haya público, donde nadie pueda burlarse del antiguo *Capitan Veneno*...—Pero, entre tanto, acepte usted, con la mayor reserva, sin que lo sepa alma viviente, la mitad de mis recursos...—Vd. vivirá aquí, y yo en mi casa. Nos veremos... siempre delante de testigos: por ejemplo: en alguna tertulia formal. Todos los dias nos

escribiremos. Yo no pasaré jamás por esta calle, para que la maledicencia no murmure..., y, únicamente el día de Finados, iremos juntos al cementerio, con Rosa, á visitar á doña Teresa...

Angustias no pudo ménos de sonreirse al oír este supremo discurso del buen Capitan. Y no era burlona aquella sonrisa, sino gozosa como un deseado albor de esperanza, como el primer reflejo del tardío astro de la felicidad, que ya iba acercándose á su horizonte...—Pero, mujer al cabo, aunque tan digna y sincera como la que más, supo reprimir su naciente alegría, y dijo con simulada desconfianza y con la entereza propia de su recato, verdaderamente pudoroso:

—¡Hay que reirse de las extravagantes condiciones que pone Vd. á la concesion de su no solicitado anillo de boda!—¡Es Vd. cruel en regatear al menesteroso limosnas que tiene la altivez de no pedir, y que por nada de este mundo aceptaria!—Pues añada Vd. que, en la presente ocasion, se trata de una jóven..., no fea ni desvergonzada, á quien está Vd. dando calabazas hace una hora, como si ella le hubiese requerido de amores!—Terminemos, por consiguiente, tan odiosa conversacion, no sin que ántes le perdone yo á Vd., y hasta le dé las gracias por su buena aunque mal expresada voluntad...—¿Llamo ya á Rosa para que vaya por el coche?

—¡Todavía no, cabeza de hierro! ¡Todavía no! (respondió el Capitan, levantándose con aire muy reflexivo, como si estuviese buscando forma á un pensamiento abstruso y delicado.)—Ocúrreseme otro medio de transaccion, que será el último... ¿entiende Vd., señora aragonesa? ¡El último que este otro aragonés se permitirá indicarle!...—Mas, para ello, necesito que ántes me responda Vd. con lealtad á una pregunta..., despues de haberme alargado las muletas, á fin de marcharme sin hablar más palabra, en el caso de que se niegue Vd. á lo que pienso proponerle...

—Pregunte Vd. y proponga...—dijo Angustias, alargándole las muletas con indescriptible donaire.

D. Jorge se apoyó, ó mejor dicho, se irguió sobre ellas, y, clavando en la jóven una mirada pesquisidora, rígida, imponente, le interrogó con voz de magistrado:

—¿Le gusto á Vd.? ¿Le parezco aceptable, prescindiendo de estos palitroques que tiraré muy pronto? ¿Tenemos base sobre que tratar? ¿Se casaria Vd. conmigo inmedia-

tamente, si yo me resolviera á pedirle su mano, bajo la anunciada condicion, que diré luégo?

Angustias conoció que se jugaba el todo por el todo... Pero, áun así, púsose tambien de pie, y dijo con su nunca desmentido valor:

—Sr. D. Jorge: esa pregunta es una indignidad, y ningún caballero la hace á las que considera señoras.—¡Basta ya de ridiculeces!...—¡Rosa! ¡Rosa! El señor de Córdoba te llama...

Y, hablando así, la magnánima jóven se encaminó hácia la puerta principal de la habitacion, despues de hacer una fria reverencia al endiablado Capitan.

Este la atajó en mitad de su camino, gracias á la más larga de sus muletas, que extendió horizontalmente hasta la pared, como un gladiador que se va á fondo, y entonces exclamó con humildad inusitada:

—¡No se marche Vd. por la memoria de aquélla que nos ve desde el cielo! ¡Me resigno á que no conteste Vd. á mi pregunta, y paso á proponerle la transaccion!...—¡Estará escrito que no se haga más que lo que Vd. quiera!— Pero tú, Rosita, ¡márchate con cinco mil demonios, que ninguna falta nos haces aquí!

Angustias, que pugnaba por apartar la valla interpuesta á su paso, se detuvo al oír la sentida invocacion del Capitan, y miróle fijamente á los ojos, sin volver hácia él más que la cabeza y con un indefinible aire de imperio, de seduccion y de impasibilidad.—¡Nunca la habia visto D. Jorge tan hermosa ni tan expresiva! ¡Entónces sí que parecia una reina!

—Angustias... (continuó diciendo, ó más bien tartamudeando el héroe de cien combates, aquel de quien tanto se prendó la jóven madrileña al verlo revolverse como un leon entre cientos de balas:) ¡Bajo una condicion precisa, inmutable, cardinal, tengo el honor de pedirle su mano, para que nos casemos cuando Vd. diga; mañana... hoy... en cuanto arreglemos los papeles... lo más pronto posible; pues yo no puedo vivir ya sin Vd.!...

La jóven dulcificó su mirada, y comenzó á pagar á don Jorge aquel verdadero heroismo con una sonrisa tierna y deliciosa.

—¡Pero repito que es bajo una condicion!...—se apresuró á añadir el pobre hombre, conociendo que la mirada y la sonrisa de Angustias empezaban á trastornarlo y derretirlo.

—¿Bajo qué condicion?—preguntó la jóven con hechicera calma, volviéndose del todo hácia él y fascinándole con los torrentes de luz de sus negros ojos.

—¡Bajo la condicion (balbuceó el catecúmeno) de que, si tenemos hijos..., los echaremos á la Inclusa!—¡Oh! ¡Lo que es en esto no cederé jamás!—¿Acepta Vd.?—Dígame que sí por María Santísima!

—Pues ¿no he de aceptar, señor *Capitan Veneno*? (respondió Angustias, soltando la carcajada.)—¡Usted mismo irá á echarlos!... ¿Qué digo? ¡Iremos los dos juntos!—¡Y los echaremos sin besarlos ni nada!...—¡Jorge!... ¿crees tú que los echaremos?

Tal dijo Angustias, reclinando su encantadora cabeza sobre el pecho de D. Jorge de Córdoba, y mirándole con angelical arrobamiento.

El pobre Capitan se sintió morir de ventura: un rio de lágrimas brotó de sus ojos, y exclamó, estrechando entre sus brazos á la gallarda huérfana:

—¡Conque estoy perdido!

—¡Completísimamente perdido, *Sr. Capitan Veneno*! (replicó Angustias.) Así, pues, vamos á almorzar: luégo jugaremos al tute; y, á la tarde, cuando venga el marqués, le preguntaremos si quiere ser padrino de nuestra boda; cosa que el buen señor está deseando, en mi concepto, desde la primera vez que nos vió juntos.

#### XIV.

Una mañana del mes de Mayo de 1852, es decir, cuatro años despues de la escena que acabamos de reseñar, cierto amigo nuestro (el mismo que nos ha referido la presente historia) paró su caballo á la puerta de una antigua casa con honores de palacio, situada en la Carrera de San Francisco de la villa y córte; entregó las bridas al lacayo que lo acompañaba, y preguntó al leviton animado que le salió al encuentro en el portal:

—¿Está en su oficina D. Jorge de Córdoba?

—El caballero (dijo en asturiano la interrogada pieza de paño) pregunta, á lo que imagino, por el excelentísimo señor marqués de los Tomillares...

—¿Cómo así? ¿Mi querido Jorge es ya marqués? (repli-



có el apeado ginete.) ¿Murió al fin el bueno de D. Alvaro?  
—¡No extrañe Vd. que lo ignorase, pues anoche llegué á Madrid despues de año y medio de ausencia!...

—El señor marqués D. Alvaro (dijo solemnemente el servidor, quitándose la galoneada tartera que llevaba por gorra) falleció hace ocho meses, dejando por único y universal heredero á su señor primo y antiguo contador de esta casa D. Jorge de Córdoba, actual marqués de los Tomillares...

—Pues bien: hágame Vd. el favor de avisar que le pasen recado de que aquí está su amigo T...

—Suba el caballero...—En la biblioteca lo encontrará.

—S. E. no gusta de que le anunciemos las visitas, sino de que dejemos entrar á todo el mundo como á Pedro por su casa.

—Afortunadamente... (exclamó para sí el visitante, subiendo la escalera), yo me sé la casa de memoria, aunque no me llame Pedro...—¡Conque en la biblioteca!... ¿eh?  
—¡Quién habia de decir que el *Capitan Veneno* se metiese á sábio!

Recorrido que hubo aquella persona varias habitaciones, encontrando al paso á nuevos sirvientes que se limitaban á repetirle: "*El señor está en la biblioteca...*", llegó al fin á la historiada puerta del tal aposento; abrióla de pronto, y quedó estupefacto al ver el grupo que se ofreció ante su vista.

En medio de la estancia hallábase un hombre puesto á cuatro pies sobre la alfombra: encima de él estaba montado un niño como de tres años, espoleándolo con los talones; y otro niño, como de año y medio, colocado delante de su despeinada cabeza, le tiraba de la corbata, como de un ronzal, diciéndole borrosamente:

—¡Arre, mula!

FIN.

P. A. DE ALARCON.

Valdemoro, 20 Setiembre 1881.

## DEDICATORIA.

AL SEÑOR DON MANUEL TAMAYO Y BAUS,  
SECRETARIO PERPÉTUO DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA.

MI MUY QUERIDO MANUEL:

*Hace algunas semanas que, entreteniendo nuestros ocios caniculares en esta sosegada villa de Valdemoro, de donde ya vamos á regresar á la vecina córte, hube de referirte la historia del CAPITAN VENENO, tal y como vivia inédita en el archivo de mi imaginacion; y recordarás que, muy prendado del asunto, me excitaste con vivas instancias á que la escribiese, en la seguridad (fueron tus bondadosas palabras) de que me daría materia para una interesante obra.*

*Ya está la obra escrita, y hasta impresa; y ahí te la envío.—Celebraré no haber defraudado tus esperanzas; y, por sí ó por no, te la dedico estratégicamente, poniendo bajo el amparo de tu glorioso nombre, ya que no la forma literaria, el fondo, que tan bueno te pareció, de la historia de mi CAPITAN VENENO.*

*Adios, generoso hermano. Sabes cuánto te quiere y te admira tu afectísimo hermano menor,*

PEDRO.



# TRES HETERODOXOS ESPAÑOLES

EN LA

## FRANCIA REVOLUCIONARIA.

CAPÍTULO IV (inédito) DEL TOMO III DE LA OBRA LOS HETERODOXOS.

### I.

El teósofo Martínez Pascual. — Su tratado *De la Reintegración de los seres*. — La secta llamada de los *martinezistas*.

No serán peregrinos para quien quiera que haya estudiado con atención el movimiento filosófico de las primeras décadas de este siglo, y la especie de reacción anti-sensualista que en Francia se produjo, para venir á engendrar de una parte el espiritualismo ecléctico, y de otra el tradicionalismo católico, el nombre y los escritos del teósofo Cláudio de St. Martin, comunmente llamado *el filósofo desconocido*, en cuyas obras de nebuloso y aéreo misticismo se hallan los gérmenes de ciertas ideas sobre la revolución francesa y su ley providencial, sobre la culpa y la expiación, y sobre los sacrificios, que poco despues fueron desarrollados con elocuencia de fuego, y difundidos de gente en gente por el régio espíritu de José de Maistre.

La celebridad de St. Martin vive, aún más que en sus oscuros libros, en los estudios que han dedicado á rehabilitar su memoria críticos tan elegantes é ingeniosos como Caro y St. Beuve, y sobre todo en los extensos libros que primero Matter, el historiador del Guosticismo, y luégo Franck, el expositor de la Cábala, han dedicado á su doctrina, á los precedentes de ella, á sus maestros y á sus discípulos (1).

(1) *St. Martin, le philosophe inconnu, sa vie et ses écrits, son maître Martinez et leurs Groupes, d'après des documents inédits par M. Matter, conseiller honoraire de*

St. Martin era algo más y algo menos que pensador y filósofo. No era cristiano ó lo era á su modo, y no afiliado en secta conocida; pero era místico, y con ser místico heterodoxo, no llegaba á panteista, y se quedaba en el deísmo de su tiempo. La lectura de los libros del zapatero alemán del siglo XVI, Jacobo Boehme, le hizo teósofo, pero tampoco se paró en la teosofía, sino que llegó á la teurgía, pretendiendo comunicaciones inmediatas y directas con los seres sobrenaturales, y luces y revelaciones extraordinarias.

En vano se quiere extirpar del humano espíritu la raíz de lo maravilloso: ¿quién la arrancará de cuajo? Derechas ó torcidas, sus ramas buscan siempre el cielo. Cuando la demolición escéptica deja vacía de fé y de consuelos un alma, refúgiase ésta, si no es totalmente ruda, grosera y apegada á la materia, en cierto misticismo vago, en nieblas espiritualistas y, con más frecuencia aún, en las ciencias ocultas y en las artes mágicas y vedadas. Cuando el aquejado de tan grave dolencia de incredulidad es todo un siglo, brotan en él, como por encanto, los pseudoprofetías, los fingidores de milagros, los prestidigitadores científicos, los magnetizadores y nigromantes, los evocadores de espíritus, los aventureros de longevidad portentosa, los intérpretes de las escondidas y misteriosas propiedades de piedras y plantas, los fisionomistas dotados del poder de la adivinación, los trasmutadores de metales, los inventores de panaceas..... toda la turba-multa de personajes estrafalarios y grotescos, ora soñadores é ilusos, ora truhanes y busca-vidas, que iluminaron con tan extraña luz los últimos años del siglo XVIII: Cagliostro, Casanova, Lavater, Swedemborg, St. Germain, los *Filaletas*, Mesmer y otros innumerables, de cuyas influencias no se libertó la juventud de Goëthe.

St. Martin procedía de estos singulares conciliábulo, santuarios místicos ó lógias, cuya red se extendía por toda Europa; pero su alma generosa, cándida é inclinada al bien, fué apartándole poco á poco de aquellas tenebrosi-

---

*L'Université de France, ancien Inspecteur général des bibliothèques publiques. Paris, libraire Académique. Didier et Cie 1862. 4.º*

*La philosophie mystique en France á la fin du XVIII siècle... St. Martin et son maître Martinez Pascualis, par Ad. Fradck, membre de l'Institut, professeur au collège de France. Paris, Germer Bailliére 1866. (De la Bibliothèque de Philosophie contemporaine.)*

dades, y llevándole á los espacios serenos de la pura filosofía, que llegó á entrever en sus últimos libros, donde la tendencia cristiana y providencialista es manifiesta. Pero antes de llegar á este término, el futuro autor del *Ministerio del Hombre-Espíritu*, el que deshizo y trituró, en su controversia con Garat, la doctrina condollaquista de la influencia de los signos en la abstracción, el precursor de De-Maistre en las *Consideraciones filosóficas y religiosas sobre la revolución francesa*, había pasado por muchas y extraordinarias aventuras intelectuales, sometiéndose dócilmente al yugo de pietistas, reveladores y hierofantes, muy inferiores á él, ora antiguos y olvidados como Jacobo Boehme, ora contemporáneos suyos, como Martinez Pascual, á quien todos convienen en tener por su maestro. St. Martin, militar jóven, incrédulo ya á consecuencia de sus lecturas de Voltaire y Diderot, pero naturalmente inclinado á creer, ya fuese en Dios ó en el demonio, y, por decirlo así, hambriento de lo maravilloso, se hallaba de guarnición en Burdeos, cuando unos oficiales amigos suyos le ofrecieron iniciarle en una lógia ó conventículo, dirigido por un judaizante español, de quien se contaban maravillas. Y St. Martin se dejó llevar dócil á la escuela de los *martinezistas*.

El singular personaje que gobernaba aquella caverna debía ser, á no dudarlo, hombre de extraordinaria potencia intelectual y de fuerza de voluntad no menor, cual se requerían para fanatizar hasta el delirio á sus numerosos adeptos. A diferencia de otros taumaturgos, era desinteresado, lo cual contribuía á alejar toda sospecha, y á acrecentar su crédito. Su biografía permanece envuelta en nieblas: unos le llaman español, otros portugués: para nosotros todo es uno, y además, nadie fija el lugar de su nacimiento. El *Tratado de la reintegración de los seres* denuncia escaso conocimiento de la lengua francesa y está atestado de frases bárbaras, que lo mismo pueden ser *castellanismos* que *lusismos*. Era de familia judía, pero había recibido el bautismo, como todos los de su ralea que andaban por España: luégo emigró, y dejó de ser cristiano, pero no para volver al judaísmo, sino para crear una especie de secta, mezcla informe de cábala y tradiciones rabínicas, de gnosticismo y teosofía, de magnetismo animal y de espiritismo: complicado todo con el aparato fúnebre y *mistagógico* de las sociedades secretas.

Para juzgar de esta doctrina, tenemos dos fuentes diversas: primera, la obra capital del mismo Martinez, intitulada *Tratado de la reintegracion de los séres en sus primeras propiedades, virtudes y potencias espirituales y divinas*: segunda, los libros y tradiciones de sus discípulos, que reproducen la enseñanza de Martinez, más ó ménos adulterada en puntos sustanciales.

El *Tratado de la reintegracion* nunca se ha impreso entero, y quizá no llegue á imprimirse nunca, porque su forma es bárbara é indigesta, su lectura cansadísima. Las copias manuscritas son muy raras, y Matter declara no conocer más que dos, una que él poseia en Francia, y otra en la Suiza francesa. De la copia de Matter se valió Franck para reproducir las veintiseis primeras hojas (ó introduccion) del manuscrito (1) que bastan, juntamente, con el análisis de Matter, para dar idea del plan y contenido de la obra, que como se verá, es cábala pura.

Desde la eternidad (dice Martinez Pascual) *emanó* Dios séres espirituales para su propia gloria, en su inmensidad divina. Estos séres estaban obligados á un culto, que la Divinidad les habia prescrito con leyes, preceptos y mandamientos eternos. Eran libres y distintos del Creador, y tenian propiedades ó virtudes espirituales y personales. Antes de su emanacion existian en el pensamiento de la Divinidad, pero sin distincion de accion, pensamiento ó entendimiento particular, porque en Dios hay innata una fuente irrestañable de séres, que él *emana* cuando place á su libre voluntad. Los primeros espíritus que emanaron del seno de la Divinidad, se distinguian entre sí por sus virtudes, su poder y su nombre: ocupaban la inmensa circunferencia divina, llamada vulgarmente *dominacion*, y con nombre más misterioso, *círculo denario*. Estos cuatro primeros principios espirituales atesoraban una parte de la dominacion divina, un poder superior, mayor, inferior y menor (en esta gradacion: 18, 10, 8, 4), por el cual conocian todo lo que podia existir en los séres espirituales, que no habian emanado aún del seno de la Divinidad. Esta virtud innata en ellos la conservan aún despues de su prevaricacion y caida, porque es de saber que su pecado consistió en que habiendo nacido para obrar como causas

---

(1) Vid., pág. 203 y 11 de su libro sobre St. Martin.

segundas, quisieron *prevenir, condenar y limitar* el pensamiento divino en las operaciones de creacion, así pasadas como presentes y futuras, ó ser ellos mismos creadores de causas *terceras y cuartas*. Hé aquí la raíz del mal espiritual, y por eso los tales séres fueron desterrados á lugares de sujecion, privacion y miseria impura, contraria á su naturaleza inmateral.

¿Y cuáles fueron esos lugares? El universo físico que Dios creó expresamente para que los espíritus perversos ejercitasen su malicia.

El hombre fué *emanado y emancipado* mucho más tarde, pero con virtudes y poderes iguales á los que tenían los primeros espíritus.

El hombre primitivo era espíritu puro, y con esta forma gloriosa operaba sobre todas las formas corpóreas activas y pasivas, generales y particulares. Adam, en su primer estado de gloria, venia á ser el émulo del Creador, y leia, como en libro abierto, los pensamientos y operaciones divinas, y mandaba en todo sér activo y pasivo de los que habitaban la corteza terrestre y su centro, hasta el centro celeste, llamado *cielo de Saturno*. Gozaba de extraordinarias potencias taumatúrgicas; pero la soberbia le perdió, instigándole los ángeles malos á *operar, en calidad de sér libre, ya sobre la Divinidad, ya sobre toda la creacion*, en suma, á reformarla y hacer otra nueva.

A tal tentacion, Adam se sintió extraordinariamente sobrecogido, y cayó en éxtasis *espiritual-animal*, del cual se aprovechó el espíritu maligno para insinuarle su proceder demoniaco, en oposicion á la ciencia divina que el Creador le habia enseñado para someter todos los séres inferiores á él. Adam, apenas despertó, repitió las palabras y el ceremonial que habian usado los ángeles malos en su tentativa de creacion. Colocado Adam (á quien simbólicamente se llama *el menor*) en *la tierra, levantada sobre todo sentido*, se dejó seducir por las voces de los espíritus que en coro le decian: "Adam, tienes innato el verbo de creacion en todos géneros; eres poseedor de todos los valores, pesos y medidas; ¿por qué no operas con el poder de creacion divina que hay en tí?"

Adam, lleno de orgullo, trazó seis círculos, á semejanza de los del Criador, es decir, operó seis actos de pensamientos espirituales, *ejecutó físicamente, y en presencia del espíritu seductor, su criminal operacion*; pero cuál se-

ria su sorpresa, cuando en vez de la forma gloriosa que esperaba se encontró con una forma tenebrosa, material, pasiva, opuesta á la suya y sujeta á privacion y corrupcion. No era realmente la suya, sino una semejante á la que debia recibir despues de su prevaricacion. Así degradó su propia forma *impasiva*, de la cual hubieran emanado formas gloriosas como la suya, una posteridad de Dios sin límites ni fin, porque las dos voluntades de creacion hubieran sido una en dos sustancias. Dios, en castigo de tan criminal operacion, cambió la forma de Adam en una forma de materia, impura, semejante á la que él habia fraguado, y le arrojó á la tierra como los demás animales. Entónces Adam conoció su crimen, se humilló y dirigió al *Señor de los espíritus buenos y malos, Dios fuerte del Sábado*, una plegaria, cuyo texto nos da al pie de la letra el autor, ni más ni ménos que si la hubiera oido.

Hasta aquí llega la parte impresa del tratado, faltando, por consiguiente, el principio de la *reintegracion* ó *palíngenesia*, que consistirá, como en todos los sistemas gnósticos, en la vuelta de los *eones* á la sustancia divina de donde emanaron. Puede conjeturarse que como medios para acelerar esta *reintegracion*, que no era del hombre sólo, sino de todas las criaturas y hasta del demonio, aconsejaba Martinez Pascual la purificacion moral, y ciertas prácticas teórgicas.

Cójase ahora cualquiera exposicion del *Zohar*, recuérdese lo que en otras partes de esta *Historia* queda dicho de los *sephirot* y del *Adan-Kadmon*, de los cabalistas, y se verá con poco trabajo cuál era el fondo de las especulaciones teológicas ó teosóficas de Martinez, en que hasta la forma es oriental, y anacrónica en el siglo XVIII, no de filósofo que razona, sino de *vidente* inspirado que revela á los mortales lo que descubrió en los divinos arcanos, y cuenta con extraña sencillez las conversaciones de los ángeles. Como falta la segunda parte de su tratado en los dos manuscritos que se conocen, no puede decirse en claro lo que pensaba de la divinidad de Cristo. A decir verdad, sólo dos puntos capitales de su doctrina se conocen bien, la teoría de la emanacion y la del pecado original.

Para todo lo demás es preciso acudir á sus discípulos, pero con algun escrúpulo y parsimonia, porque no todos le entendieron, y otros hicieron con él lo que Platon con



Sócrates, poniendo en cabeza suya mil imaginaciones propias, aún más extrañas que la de *la reintegración*.

Los trabajos de iniciación de Martínez traían larga fecha: habían comenzado en 1754, extendiéndose con más ó ménos resultado á París, Burdeos y Lyon. Pero entre tantos afiliados ninguno llegó á poseer todo el secreto de la enseñanza *esotérica*. Al mismo St. Martin no le hizo las *comunicaciones supremas*. Tampoco adelantaron mucho más el abate Fournié, el conde de Hauterive, la marquesa de Lacroix, ni el mismo Cazotte. A cada uno comunicó Martínez aquella parte de la doctrina que convenia á su disposición. El abate Fournié era un visionario ignorante, que queria conciliar el catolicismo con la teurgia. Refugiado en Lóndres durante la revolución, publicó allí en 1801 su apocalipsis con el extraño título de *Lo que hemos sido, lo que somos y lo que seremos*, especie de parodia del tratado de *La reintegración*, lleno como éste de pormenores cabalísticos y de extrañas teorías pneumatológicas sobre los ángeles, y lo que es más singular, empapado en las ideas *cristológicas* de Miguel Servét y de los más antiguos unitarios, con un sabor panteísta muy acentuado, de que, por el contrario, St. Martin está inmune. Hé aquí cómo explica Fournié la reintegración:

"Y conforme recibamos el espíritu de Dios que insensiblemente se nos comunica, y lleguemos al conocimiento perfecto de su esencia, nos haremos *uno* como Dios es *uno*, y seremos confundidos en la unidad eterna de Dios Padre, Hijo y Espíritu Eterno, y anegado en el piélago de las celestiales y eternas delicias."

Pero lo curioso para nosotros en el libro del abate Fournié no es esta especie de aniquilación ó *nirwana* indostánica, sino los datos que nos comunica sobre los procedimientos de iniciación, que en su lógica usaba Martínez. "Después de haber pasado mi juventud (escribe su discípulo) de una manera tranquila y serena, según el mundo, quiso Dios inspirarme un ardiente deseo de que fuese realidad la vida futura, y cuanto yo oía decir de Dios, de Jesucristo y de los Apóstoles. Unos diez y ocho meses pasé en la agitación que me causaban estos deseos, hasta que Dios me otorgó la merced de encontrar á un hombre que me dijo familiarmente: "Venid á verme: "somos hombres de bien. Abrireis un libro, mirareis la primera hoja, leyendo sólo algunas palabras por el centro y

"por el fin, y sabreis todo lo que el libro contiene. Mirad  
 "cuanta gente pasa por la calle: pues bien; ninguno de ellos  
 "sabe por qué camina, pero vos lo sabreis." Este hombre  
 que me hablaba de un modo tan extraordinario se llamaba  
*Don Martinets de Pasquallys* (sic). Al principio creí que  
 era un hechicero, ó el mismo diablo en persona; pero  
 á esta primera idea sucedió luégo otra. "Si este hombre  
 (me dije interiormente) es el diablo, es prueba de que  
 realmente existe Dios, y como yo no deseo más que llegar  
 á Dios, iré caminando siempre hácia él, aunque el diablo  
 crea llevarme hácia sí." Pensando así fuí á casa de Marti-  
 nez y me admitió en el número de los que le seguian.  
 Sus instrucciones diarias eran que pensásemos siempre  
 en Dios, que creciésemos en virtudes y que trabajásemos  
 para el bien general... Muchas veces nos dejaba suspen-  
 sos, y dudando si era verdad ó falsedad lo que veiamos,  
 si era él bueno ó malo, si era ángel de luz ó demonio...  
 De tiempo en tiempo recibia yo *algunas luces y rayos de*  
*inteligencia*, pero todo me desaparecia como un relám-  
 pago. Otras veces, aunque raras, llegué á tener visiones,  
 y creia yo que M. de Pasquallys tenia algun secreto para  
 hacer pasar estas visiones por delante de mí y para que to-  
 das á los pocos dias se realizasen."

Con el tiempo, el abate Fournié acabó de perder el se-  
 so y tuvo apariciones, entre ellas la de su propio maestro,  
 ya difunto. "Un dia que estaba arrodillado en mi cuarto,  
 pidiendo á Dios que me socorriese, oí de pronto (serian  
 como las diez de la noche) la voz de Martinez, mi direc-  
 tor, que habia muerto corporalmente hacia más de dos  
 años, y que hablaba con toda distincion fuera de mi cuar-  
 to, cuya puerta estaba cerrada, así como las ventanas.  
 Miro del lado del jardin de donde procedia la voz, y veo  
 con mis ojos corporales, delante de mí, á M. de Pasqua-  
 llys, y con él á mi padre y á mi madre, que estaban asi-  
 mismo corporalmente muertos. ¡Dios sabe qué noche tan  
 terrible pasé! Entre otras cosas, sentí mi alma herida por  
 una mano que traspasó mi cuerpo, dejándome una im-  
 presion de dolor que lengua humana no puede expresar,  
 y que me pareció dolor, no del tiempo, sino de la eterni-  
 dad... Veinticinco años han pasado; pero aquel golpe fué  
 tan terrible, que daria de buen grado todo el universo,  
 todos sus placeres y su gloria, por no volver á ser herido  
 de aquella manera. Digo que ví en mi cuarto á M. de

Pasquallys con mi padre y mi madre, y que me hablaron y los hablé, como los hombres hablan ordinariamente entre sí. También se me apareció una de mis hermanas, que estaba corporalmente muerta hacia veinte años, y, en fin, otro sér, que no pertenece al género humano. Poco después ví pasar distintamente, ante mí y cerca de mí, á nuestro divino maestro Jesucristo, clavado en el árbol de la cruz."

Prosigue refiriendo otras visiones, en que no interviene Martinez, y añade con acento de inquebrantable convicción: "Todo esto lo ví por mis ojos corporales, hace más de veinticinco años, muchos ántes que se supiera en Francia que existia Swedemborg, ni se conociese el magnetismo animal." Fournié se considera como un *medium*, y dá su libro por trascripcion literal de sus inspiraciones. Vivian en continuo comercio con él los espíritus: "No sólo los he visto una vez, sino años enteros y constantemente, yendo y viniendo con ellos, en casa y fuera de ella, de dia y de noche, solo y acompañado, hablándonos mutuamente y como los hombres se hablan entre sí."

De la marquesa de Lacroix, discípula predilecta de Martinez en París, cuenta St. Martin que *tenia manifestaciones sensibles*, es decir, que veia y oia á los espíritus, interrumpiendo á veces la conversacion que sostenia con las gentes que llenaban sus salones, para dirigirse á los seres invisibles, que se aparecian de repente á los ojos de su extraviada fantasía.

En Lyon habia fundado Martinez la Lógia de la Beneficencia, de la cual era alma el conde de Hauterive, con quien St. Martin trabajó en las ciencias ocultas por los años de 1774, 1775 y 1776, sin que se sepa á punto fijo lo que consiguieron, porque la fraseología de los *martinezistas* es tan oscura que nos deja á media miel cuando mayores cosas anuncia. Pero debian de ser ejercicios estu-  
pendos, puesto que querian llegar nada ménos que "al conocimiento físico de la causa activa é inteligente," es decir, á la vision ó intuicion directa y sensible del Hijo de Dios. Díjose que el conde de Hauterive tenia, como Hermótimo de Clazomene, la facultad de abandonar el cuerpo cuando queria; pero St. Martin redondamente lo niega.

De todos los discípulos de Martinez, él y Cazotte (célebre por su profecía supuesta de la revolucion francesa)

eran los que ménos se avenían con el aparato y la maquinaria taumatúrgica que usaba el español para las iniciaciones: "¿Cómo, maestro, son necesarias todas estas cosas para ver á Dios?" le preguntó un día, y Martínez contestó sin dejar su tono de inspirado: "Es preciso contentarnos con lo que tenemos," es decir, entendernos con las potencias inferiores, á falta de comunicacion directa con la causa suma. St. Martin nos refiere que en la escuela de Martínez, *las comunicaciones sensibles y físicas eran numerosas y frecuentes* y que en ellas se comprendían *todos los signos indicativos del Reparador*, esto es (si la interpretacion de Franck no parece errada), Cristo crucificado, Cristo resucitado, Cristo en gloria y majestad. Pero esto era sólo para los principiantes (entre quienes se contaba St. Martin), porque los otros llegaban á *la grande obra interior*, habiendo hombre que *durante los equinoccios y mediante una especie de descomposicion, veía su propio cuerpo sin movimiento, como separado de su alma.*

Como Martínez Pascual pasó su vida en trabajos subterráneos, apenas quedan datos positivos de él, no obstante su extraordinaria influencia, ni es fácil siquiera determinar las fechas. St. Martin debió conocerle y ponerse bajo su direccion entre los años 1766 y 1771. Consta que en 1779 murió Martínez en Puerto-Príncipe de Santo Domingo.

Pero no murió con él la secta: lo que hizo fué dividirse. De ella nacieron otras dos: la de los *Grandes Profesos* y la de los *Philaletas*. Estos últimos, cuyo centro residia en Versalles, buscaban la piedra filosofal, por lo cual St. Martin se apartó de ellos con enojo, teniéndoles por gente grosera, codiciosa é iniciada sólo en la parte formal de la Teúrgia. Deben de ser los mismos que José de Maistre llama *los cohen*, y que formaban una jerarquía especial y superior entre los *iluminados*. En Alemania se propagó extraordinariamente una rama de los *martinezistas* con el nombre de *Escuela del Norte*, y en ella se alistaron personajes de cuenta como el príncipe de Hesse, el conde de Bernstorff, la condesa de Reventlow... Poco despues Swedemborg oscureció y destronó á Martínez Pascual, y su nombre y la tradicion de su enseñanza se perdieron en la turbia corriente del sonambulismo, y del espiritismo moderno. Hay, con todo, una diferencia radical entre los espiritistas y Martínez Pascual: los unos limitan por lo

general sus invocaciones á las almas de los muertos, al paso que Martinez, *dotado de virtudes más activas*, ofrecia por término de su enseñanza la *intuición sensible* de Dios. *Yo también he tenido algo de lo físico*, decia St. Martin, y la frase es digna de registrarse, porque St. Martin era un espíritu elegante y delicado, nacido para el idealismo. Necesaria era toda la espantosa anarquía y desorganización intelectual del siglo XVIII, en que el materialismo habia borrado todos los linderos del mundo inmaterial y del terrestre, sin calmar por eso la ardiente é innata aspiración á lo suprasensible que hierve en el fondo del alma humana, para que un dogmatismo como el de Martinez Pascual, parodia inepta del antiguo y nuevo Testamento, mezclada con los sueños de vieja de los antiguos rabinos, y con escamoteos y prestidigitaciones de charlatan de callejuela, lograra ese dominio y esa resonancia, y arrastrase detrás de sí tan claros entendimientos como el del autor de *L'homme de désir*, en quien habia muchas de las cualidades nativas de un egregio filósofo cristiano (1).

MARCELINO MENENDEZ PELAYO.

(Continuará.)

---

(1) Las demás noticias que Matter y Franck dan en sus libros, se refieren á St. Martin y no á Martinez. Los castellanísimos apellidos de éste han sido alterados de mil modos: *Don Martinez*, *Martinez Pasqualis*.

---

## INSTRUCCION PÚBLICA.

---

# EL ESTUDIO DE LAS MATEMÁTICAS

### EN LA SEGUNDA ENSEÑANZA.

#### I.

Cuando se anuncia una reforma en la instrucción pública, bien que la senda emprendida no sea, en concepto nuestro, la que más directamente conduce á la realización de tan laudable propósito, no nos parece inoportuno exponer algunas consideraciones relativas á lo que es y á lo que debiera ser el estudio de las matemáticas en la segunda enseñanza.

Todas las cuestiones que con ese período de la instrucción se relacionan, preocupan, y con sobrada razón, á los hombres pensadores ¡tan árduos son los problemas que con él se rozan y tan trascendentales sus soluciones! No hemos de acometer la empresa difícilísima, y vedada acaso á nuestras escasas fuerzas, de estudiar en su conjunto y en sus pormenores todo un plan completo de segunda enseñanza: las materias que, por punto general, se incluyen en el cuadro de asignaturas; la extensión con que se explican; la atención que á cada una se consagra; los distintos métodos seguidos por el profesorado; las obras de texto y tantas otras cosas, cada una de las cuales daría asunto para muchos trabajos como el que comenzamos ahora.

Más reducida nuestra esfera de acción, límitase, por hoy, á lo que arriba indicamos. Bien entendido que no pretendemos haber superado las dificultades ni haber dado solución á los problemas propuestos; indicaremos solamente las dificultades, enunciaremos los problemas, llamando sobre ellos la atención de personas que, más entendidas, puedan resolver éstos y vencer aquéllas.

Nacen por lo comun las dificultades en la diversa manera de estimar lo que debe ser la segunda enseñanza: opinan unos que en la segunda enseñanza ha de darse á los jóvenes una instruccion de carácter enciclopédico: de suerte que al terminar esos estudios, el que penetró niño en las aulas y las abandona casi hombre, tenga conocimientos, bien que superficiales, pues seria insensatez exigirlos profundos, en todos los principales ramos del saber; haya adquirido un grado de cultura que le permita, sin caer en ridículo, el trato con personas ilustradas, el comercio social, la vida del hombre civilizado, en una palabra.

Entienden otros que la segunda enseñanza debiera ser, pura y simplemente, una especie de exposicion panorámica de todos los caracteres distintivos de las diferentes ciencias; exposicion panorámica que, desarrollada á la vista del alumno, despertara en él aficiones ó permitiera descubrir aptitudes que le impulsasen por uno ó por otro camino, decidiéndole á ejercer esta ó aquella profesion.

No falta, por último, quien sostiene que la segunda enseñanza debe ser sólo una preparacion para estudios profesionales ó carreras científicas.

De estas diversas maneras de considerar el fin de la segunda enseñanza nacen, como es lógico, distintos medios propuestos para realizarlo; ocurriendo en ocasiones que, habiendo cooperado á elaborar y formular proyectos de enseñanza personas que pensaban de distinto modo en el asunto, y no habiendo adoptado la precaucion de ponerse previamente de acuerdo sobre el carácter que á la segunda enseñanza debiera atribuirse, ha llevado cada cual al proyecto su particular punto de vista, y ha resultado al cabo lo que fácilmente se adivina: que muchos hombres distinguidos, algunos eminentes, quizá ilustraciones de la patria, cada uno de los cuales habria bastado sin duda para dotar á la juventud de un excelente plan de estudios, han producido proyectos realmente absurdos, deficientes en muchos puntos, contradictorios en otros, y que han introducido la confusion más espantosa y el más sensible desbarajuste en tan interesante materia.

No ha escapado ciertamente, ni podia escapar, al mal que hemos apuntado, el estudio de las matemáticas: hánle dado unos preponderancia inmerecida, le han condenado otros á injusto y peligroso olvido.

Planes de estudio hemos conocido en que se dedicaban cuatro de los seis años de la segunda enseñanza á los elementos de matemáti-

cas; planes tambien en que sólo como por conmisericordia se consagraba una clase alterna de un curso á este interesante ramo del saber humano. Uno y otro procedimiento nos parecen exagerados, y como exagerados, viciosos. No es de nuestra incumbencia examinar ahora la importancia de las matemáticas, el exámen, sobre ser impertinente, apareceria aquí fuera de lugar; pero es innegable que el estudio de esta ciencia, cuando otras ventajas no tuviese, tendria la de acostumbrar la inteligencia del jóven al rigor del cálculo, á la exactitud de la lógica: viene á ser como una especie de dialéctica práctica, que, discretamente expuesta, prepara el espíritu á la severidad del raciocinio, al procedimiento racional, á la abstraccion, á la generalizacion, que son tan convenientes en las investigaciones científicas. De su inmensa utilidad, de su imprescindible y general aplicacion, que la hace igualmente necesaria al sabio astrónomo que desde su observatorio determina las leyes del cielo, y al laborioso minero que en la lóbrega galería arranca las riquezas de la tierra; lo mismo al inteligente ingeniero cuando perfora mantañas y abre istmos, que al modesto carpintero cuando modela los muebles toscos de pobre cabaña, no hemos de hablar: con el mismo derecho reclamarian nuestro elogio las ciencias naturales y sus innumerables derivaciones; la filosofía, ciencia de la ciencias. Todas son importantes, todas dignas de estudio, y es doloroso que lo breve, lo efímero de la vida humana no permita al hombre conocerlas todas, ni áun profundizar en una sola.

El estudio de las matemáticas en los institutos adolece del mal grave que ya hemos enunciado: no habiendo existido prévio acuerdo sobre lo que debe ser ese estudio; no teniendo el Estado mismo idea clara de lo que se propuso al establecerle, cada profesor interpreta la ley á su modo, cada autor de obras elementales la traduce á su manera: de aquí el desórden de que nos lamentábamos ántes.

Pretenden algunos catedráticos hacer de la cátedra una academia preparatoria para lo que hemos dado en llamar carreras especiales; consideran otros la asignatura de aritmética y álgebra, y la de geometría y trigonometría, como una reducida ampliacion de las ligeras nociones que se estudia en la instruccion primaria, y entre las opiniones extremadas, por exceso y por defecto respectivamente, que profesan unos y otros, existen multitud de opiniones intermedias, que producen, como es natural, otros tantos procedimientos y la consiguiente confusion en el discípulo.

Como consecuencia de lo expuesto, resulta que mientras unos pro-



fesores dan á sus explicaciones una extension y una profundidad que las hace inasequibles hasta para los alumnos más aprovechados, simplificanlas otros de tal manera, que parecen cosa de juego aún á los ménos despiertos y más desaplicados; siendo lo más sensible de todo esto que ni de la una clase suelen salir alumnos convenientemente preparados para ingresar en carrera especial alguna, ni de la otra discípulos que acierten á dar aplicacion de la más sencilla regla de aritmética á los usos ordinarios de la vida, de la industria ó del comercio. Hemos conocido alumnos brillantísimos de instituto de segunda enseñanza, que despues de obtener las mejores notas en los exámenes y de alcanzar premios ordinarios y extraordinarios, necesitaban comenzar nuevamente el estudio de la aritmética para presentarse al exámen de ingreso en la Academia de Estado-Mayor ó de Ingenieros, y no es difícil encontrar jóvenes que, despues de adquirir el título de bachiller, ignoran no ya cómo se descuenta una letra ó cómo se determina una renta vitalicia, sino cómo se realiza una simple reduccion de francos á reales, ó de una medida del antiguo sistema á la equivalente del métrico decimal. Y es que cuando el catedrático convierte su cátedra de instituto en academia preparatoria, se coloca por encima de los mejores alumnos, y cuando la reduce á escuela de primera enseñanza, se arrastra por debajo de los peores, y en uno y otro caso el alumno pierde lastimosamente el tiempo; tiempo precioso que más que otro alguno deberia ser bien aprovechado.

Varios son, asimismo, los conceptos que, prescindiendo de la mayor ó menor extension del estudio, se forman acerca del procedimiento de enseñanza. Profesor hay que prescinde por completo de toda demostracion, que omite todo razonamiento y hace que los discípulos aprendan empíricamente reglas prácticas para efectuar las distintas operaciones, aritméticas y algebraicas y aún geométricas y trigonométricas: aduce como justificacion de este sistema que la inteligencia infantil no puede abarcar ciertos artificios del cálculo, que la aridez de la argumentacion retraerá á muchos de un estudio que se les hace odioso por lo abstracto y lo ininteligible desde los primeros momentos, y que acaso en edad más adelantada y con mayor desarrollo intelectual cultivaran con agrado y con provecho. Dice además que el alumno casi nunca empieza los estudios de segunda enseñanza convenientemente preparado para acometer con probabilidades de éxito el estudio de las matemáticas.

La consecuencia de tales premisas es que la asignatura de mate-

máticas, en que hemos visto, más que otra cosa, un medio de adquirir hábito de raciocinio, una manera de acostumbrar al niño á discurrir, á pensar, á conocer el valor de su inteligencia y los recursos de su espíritu, despertando á la vida de la razón, se convierte en un prontuario de recetas que el niño almacena en su memoria, y que va sacando cuando las há menester, no para realizar operaciones que no sabe acaso ni comenzar, sino para recitar de corrido, á manera de mal comediante, cómo se suman quebrados, cómo se extrae la raíz cúbica de un número entero ó cómo se resuelven varias ecuaciones de primer grado.

No ha de entenderse por lo que llevamos dicho, que culpamos al profesorado de los males de la enseñanza; nada más lejos de nuestra mente: estimamos al profesorado de instituto porque lo conocemos de cerca, porque hemos tenido la honra, para nosotros preciada, de pertenecer á él: sabemos que está compuesto de inteligentísimos y laboriosos catedráticos, en quienes, por punto general, compiten brillantes aptitudes con conocimientos profundos: no; la causa del mal se encuentra en otra parte, y en otra parte hay que buscarla para destruirla, si es posible, ó en otro caso, atenuar lo desastroso de sus efectos.

Muchos de estos males, casi todos, podrian corregirse con un meditado plan de enseñanza, que, á más de obedecer á principios fijos y determinados, armonizase y diese unidad á la instrucción primaria, á la segunda enseñanza y á los estudios superiores. Así podria evitarse que el estudiante repitiera, acaso dos y tres veces, materias que de una vez puede aprender, y en cambio dejase de adquirir en un período conocimientos que necesitara en el siguiente. Hoy se estudian en primera enseñanza las operaciones con los números enteros, con los quebrados, con los decimales, estudio que se repite despues en segunda enseñanza, y en cambio, en la facultad de ciencia se estudiaba há pocos años Geodesia y Astronomía, sin haber estudiado (oficialmente al ménos) trigonometría esférica. Esta falta de uniformidad, este conjunto inarmónico, revela que los planes de estudios no obedecen á un pensamiento generador único, al cual se subordinen el orden de asignaturas y su distribución en los varios períodos de la enseñanza.

Véase, en lo que á nuestro objeto se refiere, las consecuencias de esta falta de cuidado. Estudia el niño, ó para expresarnos mejor, aprende en las clases de instrucción primaria como se efectúan las primeras operaciones con los números enteros. Suma, resta mediana-

mente, multiplica mal, y divide peor: nos referimos al nivel intelectual ordinario; claro es que hay excepciones en esto: niños precoces que asombran á sus maestros por la claridad de su inteligencia, por sus disposiciones felices, por su perspicacia y agudeza, y hay en cambio otros en quienes parece que no existe siquiera vestigio de espíritu; pero no es á éstos ni á los otros á los que ahora nos referimos; de la regla general tratamos, y entiéndase que á ella nos contraeremos en adelante.

Decíamos que el niño, al dejar el colegio de primeras letras para comenzar la segunda enseñanza, sabe sumar, restar medianamente, multiplicar mal, y dividir peor. Ha aprendido algo de quebrados sin llegar á darse cuenta de lo que hace: la adición y la sustracción le sorprenden y le arredran, por la operación prévia de reducirlos á un comun denominador, que le embrolla, le fatiga y le enoja. La multiplicación y la división de los quebrados la entiende y la practica con gusto, por lo que de sencilla tiene y áun de divertida: acaso posee alguna ligerísima noción de sistema métrico, tal vez sabe operar con los *denominados*, ó números concretos, como suelen llamarse, si bien esto generalmente se resiste á su capacidad y es superior á su paciencia.

Con tales conocimientos se presenta á exámen para ingresar en la segunda enseñanza; el exámen es generalmente por todo extremo suave; el examinando dice lo que quiere, hace lo que puede, contesta como sabe, calla lo que no sabe, y es indefectiblemente aprobado. Con esto, y con matricularse en las asignaturas del primer año de segunda enseñanza, pone en olvido lo que á duras penas, y casi siempre á disgusto, adquirió en la clase de instrucción primaria.

Pasan dos años, en los cuales el estudiante aprende, ó debe aprender, gramática latina, geografía, historia, y no ejercita, no practica lo poco que sabe de aritmética, ó de cuentas, como ántes se decia.

Principia el tercer año, y el catedrático de matemáticas se encuentra con que dispone de un curso de ocho meses, muy merma- dos por festividades, pascuas, vacaciones de duración varia, para enseñar aritmética y álgebra al alumno que ha olvidado en dos años de no practicarlas las más rudimentarias operaciones de la aritmética.

¿Es posible llevar esto á cabo? Contestamos terminantemente y en absoluto: no, no es posible, porque el milagro no cabe en lo humano. ¿Qué recurso queda al profesor, por consiguiente, cuando se encuentra enfrente de un imposible? ¿Protestar? Su protesta seria des-

oída y no mejoraría por el pronto las condiciones de la enseñanza. ¿Variar la extensión de la asignatura, reducir sus lecciones, modificarla? Esto no le es lícito: se resigna, pues, y acomete la empresa con el desaliento y la falta de entusiasmo del que sabe que emprende lo que no puede realizar.

En esto el catedrático de instituto lleva notable ventaja al profesor de establecimientos privados. El catedrático de instituto tiene dadas pruebas en oposición de su competencia y de su aptitud, explica además á clases más numerosas, en que casi nunca faltan uno ó dos alumnos de privilegiada inteligencia, capaces de seguir sus explicaciones. Explica, pues, con arreglo al programa oficial, y ateniéndose al famoso *qui potest capere capiat*; divide su asignatura convenientemente para que todas las teorías puedan ser explicadas; y el alumno que al comenzar el curso no sabía escribir una cantidad en números enteros, oye hablar siete meses después, con inexplicable extrañeza, de ecuaciones exponenciales, de logaritmos, de progresiones geométricas, y de otras cosas no ménos peregrinas, que así entiende él como si le hablaran en sanscrito.

El profesor de establecimientos privados no puede proceder de este modo: él há menester en primer término adquirir una reputación que todavía no tiene; necesita, además, acreditar el establecimiento en que explica; quiere, sobre todo, contentar á los padres de los alumnos, que pocas veces se curan de que el hijo sepa mucho ó poco, pero sí se preocupan de que obtenga buena nota en los exámenes. Las clases de los colegios suelen ser, por otra parte, ménos concurridas que las de establecimientos públicos, y por tanto no suelen abundar en ellas los alumnos sobresalientes. Aun sin eso, el profesor no podría consagrar á éstos la atención que ha de distribuir entre todos sus discípulos. Partiendo, pues, de que explicar en poco más de cuatro meses aritmética y álgebra con la extensión exigida, á niños que todo lo ignoran, es absolutamente imposible; partiendo también de que las familias de los alumnos estiman en mucho más que los conocimientos adquiridos por el niño, la nota obtenida en el examen, el profesorado de colegio se vé obligado, bien á pesar suyo, á transigir con las circunstancias y reducir su enseñanza á una mera preparacion para el examen de fin de curso; examen que, como es sabido, es de duración muy escasa y de poco ó ningun rigor. Niño hay entre éstos, que con una facilidad pasmosa, que al mismo tiempo admira y aflige, recita la fórmula del binomio de Newton, ó dice cómo se determina la cuadratura del círculo y

cómo se resuelven triángulos ó cómo se construyen tablas trigonométricas. Viendo estas felices disposiciones tan mal empleadas, se pregunta el ánimo atribulado: ¿qué ha ganado esta infeliz criatura empleando tanto tiempo, tanta actividad, en recargar su infantil memoria con la enorme pesadumbre de ese fárrago inútil del cual ha de descargarla despues? ¿A qué tomar la pena de aprender para tener despues el trabajo de olvidar? ¿Es que por ventura la tierna inteligencia del adolescente adquiere vigor y se desarrolla aprendiendo palabras que no entiende ó fórmulas raras, cuya significacion desconoce?

No ciertamente; el niño que dice de memoria la fórmula

$$X = \frac{-b \pm \sqrt{b^2 - 4ac}}{2a}$$

ó diciendo de coro aquello de que en una ecuacion de segundo grado de la forma  $x^2 + mx + n = 0$ , la incógnita es igual á la mitad del coeficiente del segundo término, con el signo cambiado, más, menos, la raíz cuadrada, etc., etc., profiere sonidos, repite palabras que nada dicen á su inteligencia, ni más ni menos como algunas especies de aves trepadoras, repiten vocablos que, en fuerza de oír, han aprendido; cuando dice maquinalmente que la razon de la circunferencia al diámetro está representada por 3,14159... no sabe por punto general lo que dice. Puede por consiguiente en la mayor parte de los casos darse por malogrados los esfuerzos del profesor y las vigiliass del alumno; puede darse por lastimosamente perdido el tiempo gastado asimismo por uno y por otro en acumular en los espacios del cerebro, fórmulas, reglas, enunciados, nombres raros, signos extravagantes que sobre no decir nada á su razon, no ha de aplicar nunca en el resto de su vida.

¿Cuándo se puede presentar, al que en su tiempo de estudiante se fatigó y sudó y trabajó mucho para hacerlo ó cuando menos para decirlo, la ocasion de extraer la raíz cúbica de un número? ¿Cuándo se ha visto en el caso de multiplicar polinomios? ¿En qué ocasion de su vida ha necesitado construir una tabla de logaritmos?

Pues estas teorías de escasa ó ninguna aplicacion en la vida comun, si no producen el único resultado de vigorizar la inteligencia, de habituar al racionio, de acostumbrar el espíritu á la generalizacion, para nada sirven. Y así es, para nada ó para muy poco sirve el estudio de las matemáticas en la segunda enseñanza tal como hoy

se entiende. No necesitamos apelar á grandes recursos de ingenio para probarlo: ¿cuántos de nuestros lectores, que habrán probado en segunda enseñanza los dos cursos de matemáticas, recuerdan hoy aquellas reglas con que torturaron su memoria de niños? ¿Cuántas veces en el curso de su vida, los que no se hayan dedicado á la enseñanza, se han visto en la necesidad de elevar un número á la potencia del grado  $m$ , ó de resolver ecuaciones indeterminadas?

Es para nosotros evidente de toda evidencia, que es utilísimo y hasta indispensable el estudio de las matemáticas; pero es evidente así mismo que, tal como hoy se lleva á cabo en la segunda enseñanza, léjos de ser conveniente, es perjudicial, sirviendo sólo para atrofiar acaso en gérmen inteligencias que habrían dado opimos frutos, para disgustar al alumno y desviarle de un estudio que se le presenta con todos los caracteres de lo difícil, de lo ininteligible, cargar su memoria con inútil fardo y hacerle perder con esto un tiempo precioso que podría tener más útil y más beneficioso empleo.

Damos aquí por terminada la parte negativa de nuestro trabajo, dejando para el siguiente la parte positiva de él, ó sea la explicación del procedimiento que, á nuestro juicio, debe emplearse si se han de obtener de las asignaturas de matemáticas las ventajas que deben y pueden obtenerse, y sin las cuales este estudio holgaría en el cuadro de los que la segunda enseñanza comprende.

A. SANCHEZ PEREZ.



---

# LITERATURA ESPAÑOLA.

---

D. BARTOLOMÉ PONCE LASO DE LA VEGA,

POETA DRAMÁTICO DESCONOCIDO DEL SIGLO XVIII.

---

## II.

Entre los actuales errores de la crítica, pocos habrá tan contrarios al esclarecimiento de la verdad, ni que pugnen tanto con lo justo, como el prurito de apreciar las obras de siglos pasados según las ideas predominantes en la época presente. Este falso criterio ha extraviado á muchos historiadores convirtiendo sus obras en novelescas narraciones y cuadros fantásticos, buenos tan sólo para difundir en la ignorante multitud nociones equivocadas.

Como el atrevimiento de muchos que se dicen representantes ó apóstoles de la civilización moderna suele ser tan grande como su ignorancia (de donde nace la osadía con que se arrojan á hablar y escribir de lo que no saben ni entienden), es muy común verlos empeñados en sostener despropósitos ó absurdos, creyendo á veces de buena fe que están en lo fijo, y figurándose que no hay modo razonable de contradecir los disparates que ensartan. Nada más perjudicial á la difusión de la verdad histórica, y por lo tanto al desarrollo y solidez de la cultura del entendimiento, que esta raza de fanáticos y presumidos, esclavos de funestas preocupaciones. Faltos de aquellos conocimientos sin los cuales no es posible formar juicio exacto de las cosas, cegados por la pasión que los encadena al interés del error triunfante, rara vez dejan de subordinarlo todo á bastardas exigencias. De aquí la facilidad con que corren y prevalecen entre el vulgo y en la indocta muchedumbre de escritores de misa y olla los juicios más desatinados tocante á la historia, á la li-

teratura, á cuanto se enlaza íntimamente con los productos de la inteligencia. Y como estudiar y profundizar en el estudio es más difícil que lanzarse á fantasear, sobre todo para imaginaciones meridionales, siempre despiertas y lozanas, no hay que sorprenderse de que sean tantos aquí los que, para echársela de entendidos halagando al par á sus cofrades, acuden á tan cómodo temperamento.

La manía de juzgar lo pasado con arreglo á ideas de lo presente ha inducido á errores trascendentales en el modo de apreciar nuestra antigua literatura dramática. Cerrando los ojos á la evidencia, empeñándose en desconocer que el drama genuinamente español nació en el seno de la Iglesia y cobró vida y robustez á la sombra del principio religioso, se dificulta ó imposibilita la recta explicación de muchos fenómenos concernientes á la índole especial de nuestro glorioso teatro. Y á pesar de ello, es tan obcecado y tenaz el espíritu de secta, que hasta hombres de tanto mérito y saber como Ticknor incurren en chocantes contradicciones, por no reconocer franca y paladinamente la plenitud del hecho histórico indubitado.

Ni es menos censurable opinión la de aquellos preceptistas que creen hacer una clasificación profunda y exacta estableciendo como divisiones fundamentales en la historia del antiguo teatro español las de *drama popular* y *drama erudito*, y desentendiéndose por completo del *drama religioso, mística, devoto, eclesiástico*, ó como se le quiera nombrar. La clasificación no deja de ser arbitraria, aunque la hayan dado por buena, creyendo poner con ella una pica en Flandes, personas como Gil y Zárate, Escosura y Amador de los Rios. Dicho sea con perdón de tan graves autores, lo mismo el primero de los citados que los otros dos, que servilmente le siguen, han partido de ligero en semejante clasificación, ya por no contradecir el parecer de eruditos escritores extraños cuya autoridad les imponía, ya por no haber ahondado en la materia tanto como era menester para abarcarla en conjunto y apreciarla con la debida exactitud. Con sólo advertir que el más genuino representante del que Gil y Zárate denomina *drama popular* es Lope de Rueda, cuyas comedias y coloquios son meras imitaciones (cuando no traducciones ó lo que aquí llamamos *arreglos*) de piezas italianas compuestas al calor y según la tradición y el sistema de Plauto y Terencio, nos pondremos al cabo de la confusión en que incurren y de la imperfecta y borrosa idea que tienen los que tal suponen de aquello mismo que tratan de clasificar. Porque, á su juicio, el *drama erudito* es el que proviene de la antigüedad clásica, esto es, de la sistemática imitación de los dra-



maturgos de Grecia y Roma; y de ellos provienen también, más ó menos directamente, el teatro de Lope de Rueda y el de su admirador y discípulo el valenciano Juan de Timoneda, aunque ambos poetas sean tenidos por representantes y corifeos de la dramática esencialmente *popular*.

Contrista el ánimo de cuantos no hemos caído en la flaqueza de dejarnos deslumbrar por el oropel de las desastrosas negaciones que la generación contemporánea suele encarecer como útil progreso de la ciencia, considerar el primitivo origen y dañada raíz de que proceden equivocaciones tan deplorables. El cual no es otro que la funesta preocupación de la despreocupación en materias religiosas.

La idea católica ha sido el principal fundamento de la vida moral é intelectual de España por espacio de largos siglos. Borrada el principio religioso que nos ha vivificado y fortalecido constantemente, y tendreis necesidad de borrar también, porque serían inexplicables, las mayores glorias y grandezas de la patria. Á la sombra de la cruz luchamos contra el islamita, enseñoreado de nuestro suelo, desde los primeros años del siglo VIII hasta los últimos del XV. Á la sombra de la cruz, y en tanto que arrojábamos al África los restos de la dominación agarena, nuestras carabelas cruzaban el desconocido Atlántico y le arrancaban el secreto de un nuevo mundo. Enardecidos por la fe católica hemos vencido en todos tiempos obstáculos que se creían insuperables, y realizado empresas y hazañas que parecen increíbles. La fe cristiana fué siempre en nuestra tierra el principal lazo de unión entre pobres y ricos, entre señores y vasallos, entre súbditos y reyes. ¿Cómo, estando tan arraigada en el corazón de los españoles, no había de ser manantial perenne de inspiración para escritores y poetas? Lo fué desde los primeros tiempos del cristianismo y durante el larguísimo periodo de la reconquista. Lo fué más, si cabe, despues de haberse difundido la reforma del fraile apóstata sajón por varias naciones de Europa.

Á pesar de los tenaces esfuerzos con que luteranos y calvinistas trataron de propagar entre nosotros la mala simiente de la herejía, no consiguieron difundirla en nuestro país, y menos aún aclimatarla, durante el siglo XVI ni en los dos siguientes. Hoy es, y ni el fervor de la activa propaganda revolucionaria, implacable enemiga del catolicismo (porque sabe bien que la autoridad de la Iglesia es la más sólida y que hiriéndola de muerte conseguirá mejor su objeto de acabar con toda autoridad), ni el desenfreno de la muchedumbre cu-

ya despótica barbarie gana terreno cada día, merced á la ceguedad é ineptitud de los gobiernos y á la flojedad y cobardía ó al mal entendido egoísmo de gran parte de los gobernados, han conseguido desarraigar la fe católica del corazón de los españoles. Verdad es que hay ya entre nosotros muchos impíos que hacen gala de condenar toda religión positiva, y que desgraciadamente no faltan entre los que paga el Estado para enseñar y doctrinar á la juventud. Cier- to que ha crecido aquí pavorosamente la indiferencia en materias religiosas, y que hay quien cree en el fondo de su alma y no se atre- ve á confesarlo, porque tiene la debilidad de temer que los vocin- gleros, no siempre desinteresados apóstoles de la impiedad, le juz- guen retrógrado y le consideren enemigo de la civilización. Pero aun así, todavía no hemos llegado en este punto al estado de abyección y desvarío de que están dando indigna muestra naciones que presu- men de aventajarnos en importancia y en cultura.

Hay, pues, que resignarse á convenir (porque la realidad de lo pasado es irrevocable) en que no se puede apreciar bien el valor y significación de nuestras creaciones poéticas de anteriores siglos, desentendiéndose del espíritu católico que las informa y de la índole y carácter de la sociedad católica en que nacieron.

Las festividades eclesiásticas han sido siempre entre nosotros las fiestas más populares. Aun ahora mismo, despues de cuanto se ha trabajado en lo que va de siglo por apartar al pueblo de las ideas y sentimientos religiosos seduciéndolo con distracciones cotidianas que alejan de las inocentes delicias del hogar doméstico hasta á las clases ínfimas, empeñándolas más cada vez en saborear á todas horas bulliciosos placeres mundanos que contribuyen á viciarlas y corromperlas, la fiesta de San Isidro es quizá la que más celebran en Madrid y á la que concurren en mayor número gentes del pueblo. Y aunque la semilla derramada en universidades é institutos para formar impíos y rebeldes á toda autoridad legítima, y el gárrulo blasfemar de eruditos á la violeta en academias y ateneos, y la incesante predicación de periódicos anticatólicos, y hasta el vil ins- trumento de caricaturas repugnantes han logrado ya en esta córte, y en nuestras capitales más populosas, que en fiestas y romerías como la de San Isidro para nada tengan muchos en cuenta lo reli- gioso y asistan á ellas más por diversión que por devoción; en la inmensa mayoría de los pueblos de provincia no sucede así, ni aun aquí mismo entre la gente menos pervertida de las diferentes clases de la sociedad. Calcúlese por lo antedicho con qué fe, con cuánto

fervor y entusiasmo tomarían parte á principios del siglo anterior en festividades eclesiásticas, desde el encopetado aristócrata al humilde plebeyo, en poblaciones rurales de Extremadura.

Para varias de ellas, con el fin de celebrar á sus santos patronos ó á la imagen predilecta de su devoción, escribió, según he indicado ya, nuestro regidor perpétuo de Mérida D. Bartolomé Poncede todas las loas y comedias contenidas en su curioso manuscrito. De la clase de auditorio que asistía á estas populares representaciones piadosas (cuando en ciertos pueblos no había en todo el año otras fiestas públicas donde dar expansión á sana alegría y alivio y reposo á los habituales quehaceres) podremos formar idea por lo que dice el mismo poeta en la *Loa cómica en alabanza obsequiosa de la peregrina y milagrosa imagen de Nuestra Señora de la Cueva*:

“Virtuoso y docto *Clero*,  
Cuya santidad y letras...

.....  
Ilustre y noble *Cabildo*,  
Cuyo gobierno y prudencia...

.....  
Bizarrísimos *Soldados*,  
Cuyo valor y destreza  
De espejo puede servir  
Á la militar escuela;  
*Capitán* diestro y valiente.  
En quien la fe reverbera  
De la devoción y afecto  
Á María de la Cueva;

.....  
Discreto y noble *auditorio*,  
*Caballeros*, *damas* bellas,  
*Forasteros* y *patricios*  
Perdonad las faltas nuestras.”

Concurrían, pues, á estas representaciones (compuestas, como he dicho antes, con fin más devoto que literario), no solamente lo más granado de las clases todas del lugar donde se celebraba la fiesta, sino también multitud de forasteros de los pueblos comarcanos atraídos á ella por devoción y por esparcir el ánimo honestamente. ¿Qué espectáculo más popular ni en que se identificasen y fundiesen con tanta eficacia, por virtud de la unidad de creencia, el sentimiento de los espectadores y la inspiración del autor dramático? En casos tales arrogábase éste desde luego el papel de maestro, exposi-

tor é intérprete de la doctrina ó del hecho que trataba de encomiar y patentizar á los ojos del público, fijándose principalmente en lo esencial y fundamental, y apelando á los recursos del arte como á medio de embellecer el asunto exornándolo de galas poéticas, para hacerlo aún más atractivo á la multitud con la animación y el interés propios del poema escénico.

• *La luna de la Serena*, comedia dividida en tres jornadas (como las demás de Ponce y casi todas las del teatro antiguo), es testimonio elocuente de lo arraigado que vivía en nuestros poetas el sentimiento religioso, y de la injusticia con que el noble Capitán de Infantería española ha permanecido durante más de siglo y medio desconocido ú olvidado. Los amantes de nuestras bellezas literarias no han de tacharme de exagerado ni de parcial en creerlo así, cuando puedan apreciar por sí mismos, gracias á los datos y ejemplos que voy á ofrecerles, la importancia de las obras á que me refiero. Ellas son, no sólo muestra poética, en cierto modo excepcional, de una época y de un arte ya estériles y decadentes, sino documento histórico muy abonado para apreciar la cultura de nuestros pueblos de provincia y su amor á las cosas santas.

Grande, grandísimo debió ser el impulso de los elementos civilizadores de España en la maravillosa edad en que dilataba sus dominios por toda la redondez de la tierra, y engarzaba en su corona el florón

...de aquel mundo nuevo y rico  
Con quien cualquier imperio es corto y chico.

De otra suerte no se concebiría siquiera que habiendo decaído tanto nuestra nación al finalizar el siglo XVII y nacer el XVIII (aunque no hasta el punto ni del modo que suponen los que falsifican la historia sin miramiento á medida de sus pasiones ó intereses), existiesen en lugares ó villas del riñón de nuestras provincias interiores meros aficionados á la poesía capaces de componer piezas dramáticas de tanto mérito y sentido como *La luna de la Serena*.

Ya hemos visto la lucha que sostuvo Ponce consigo mismo para escribir esta obra, el espíritu devoto que le movió á concebirla y realizarla, y el poco aprecio que hizo de ella el párroco de Esparragosa de Lares. De las palabras del autor citadas anteriormente se deduce también que, á pesar de la desconfianza propia de su modestia, no participaba respecto á su drama de la desventajosa opinión de aquél. Pruébalo, además, cuando dice en el prólogo que el

ánimo de satisfacer su injuria, que no hubo, pues de lo que discurrió que lo era, *antes se formó su aplauso*, le indujo á tomar de nuevo la pluma y añadir á la primera loa otra segunda titulada *Certamen de Amor y Fe*; en todo lo cual salió airoso por el auxilio y favor de la Señora á cuyas divinas plantas ofrecía tal obsequio, *rebo-sando de deseos devotos* de explicar sus singulares grandezas. Quien se sentía impulsado por tan elevada inspiración, no es de extrañar que acertase á componer un poema dramático más bello que la generalidad de las comedias de esta clase que por entonces se escribían.

Atendido el estado del teatro y el mal gusto á que rendían tributo en aquella época hasta los autores que gozaban en la corte de mayor fama, no puede menos de causar cierta admiración la claridad y sobriedad de los elementos que constituyen *La luna de la Serena*, el aire de sinceridad con que expresa Ponce, por lo común, el calor de los afectos del alma. Cuatro personajes principales, *Feniso, Leonido, Julia y Jacinta*; un *Ángel* y el *Demonio*, en quienes cifra y procura el poeta hacer visible la intervención de lo sobrenatural en el curso de la fábula; tres interlocutores secundarios, *File-no*, barba, *Bato*, gracioso, y *Benita*, con los *Músicos* indispensables en toda representación devota, son las figuras que intervienen en la acción. La cual entreteje con tal arte lo maravilloso y lo humano, ya hiriendo la imaginación y hablando al espíritu con resortes propios de la creencia católica, ya interesando y conmoviendo con la lucha y contraste de pasiones verdaderas expresadas con acierto y delicadeza, aunque á veces en estilo alambicado ó excesivamente pomposo, que más parece la obra imaginada y compuesta en los mejores días del que hoy llamamos teatro antiguo, que en el primer tercio del siglo pasado.

Al levantarse el telón descúbrese el teatro *adornado de monte*, como dice el poeta; y mientras va descorriéndose el velo que oculta un peñasco engalanado con diversidad de ramos y flores, cantan dentro lo siguiente:

“Albricias, mortales,  
Que va amaneciendo  
Por vuestro horizonte  
La luz que ocultaron  
Las nubes del tiempo.”

Terminada esta copla suena ruido de tempestad, óyese un gran trueno, cae á las tablas el *Demonio* con bastón de fuego en la diestra, y exclama:

“¡No, no será tan aprisa!  
 Primero ¡ay de mí! primero  
 La esmeralda de ese prado  
 Se verá rubí sangriento.

.....

¿Qué es esto, infernales furias?  
 Airados cielos, ¿qué es esto?  
 Contra mí la omnipotencia  
 De Dios ¿qué intenta, sabiendo  
 Que en venganza de las culpas  
 De los hombres me dió el cetro,  
 Ó por ser mayor la mía,  
 Ó para que en cada ejemplo  
 Del castigo de los otros  
 Conozca lo que merezco?”

La desesperación que anuncian estas palabras del que impera en el *oscuro reino del espanto*, según la frase de un dramático del siglo XVII, proviene del asombro que á despecho de su poderío infernal le causa una escultura, viva imagen de la Madre de Dios, ignorada por largos siglos y escondida en profunda cueva oculta en aquella misteriosa peña ornada de frondosos ramos. La idea de que va á ser descubierta la sagrada imagen y ha de promover en los fieles tal devoción que por su influjo conseguirán rescatarse de la tiranía del pecado, salvándose así de caer en las garras de enemigo tan formidable, turba y enloquece al soberbio espíritu de las tinieblas hasta el punto de arrojarle á destruir y hacer desaparecer el peñasco. Pero cuando intenta llegar á él, retrocede aterrado por las manifiestas iras celestiales, diciendo:

“Inmóvil mármol, respiro  
 Todo convertido en hielo:  
 Nuevos tormentos me afligen...  
 Ya no llego, ya no llego!”

Pasado el primer momento de estupor, seguro de no poder destruir la imagen ni evitar que se descubra, propónese astutamente dificultarlo aposentándose en aquel monte en forma de fiera;

“Siendo firme impedimento  
 Á cuantos llegar intenten  
 Á su sagrado; ofendiendo  
 Con tempestades al día  
 Y con aparentes riesgos  
 A los hombres, hasta que haya

Tantos escándalos hecho,  
Que falte la devoción,  
Subordinada del miedo."

Paréceme que no han de tachar de extravagante, risible ó anti-poético este monólogo del Demonio (aun prescindiendo de su sentido místico y de la realidad moral, digámoslo así, del ángel caído que lo representa) ni los críticos menos conformes con la doctrina católica. Aquellos racionalistas descreídos á cuyos ojos son rasgos sublimes de inspiración y de soberana fantasía el *Prólogo en el cielo* de *Fausto* y el del *Ahasverus* de Quinet, obras que tanto se alejan del camino de la verdad cristiana, incurrirían en grave contradicción si condenasen en nuestro ignorado poeta extremeño, porque era creyente, lo mismo que aplauden en Goethe y en Quinet que no lo eran. Fuera de que quien ama fervorosamente á Dios y á los santos, y cree en las penas del infierno, y se ha formado justa idea de sus infelices moradores, tiene mucho andado para pintarlos mejor, sin incurrir en falsedades ó anacronismos, que aquellos otros para quienes los dogmas y objetos sagrados no son más que una especie de mitología.

Esta aparición de Lucifer, que da principio á la comedia de Ponce, sirve de prólogo á la acción dramática que empieza á desarrollarse en la segunda escena, y es como piedra angular en que descansa el místico fin de la obra. El arte con que por tal medio hiere el autor la imaginación del auditorio, exponiéndole brevemente los datos de que ha de partir para penetrar el arcano espíritu del poema, ántes que de aficionado primerizo, parece de consumado maestro. Despierto el interés desde el primer instante por virtud del elemento sobrenatural, que en todas épocas ha llamado mucho la atención del pueblo, suena ruido de batida, se oyen gritos de cazadores que van en persecución de la temible fiera espanto de la comarca, sale en su seguimiento Julia con arco y flechas, ansiosa de herirla por su mano, y no bien se interna en el monte persiguiéndola, aparece Feniso, que va en pos de la dama, enamorado de los atractivos de su hermosa prima.

"Buscando, aunque me olvida,  
En sus ojos mi vida;  
Que, con dulces enojos,  
Vive mi vida en sus divinos ojos."

Siguiendo siempre con la vista á la que adora rendidamente, observa Feniso que vuelve Julia; y para no disgustarla con su presen-

cia, se oculta entre las ramas que rodean el peñasco. Al oír el ruido que éstas hacen piensa la gentil cazadora que se ha escondido allí el bruto feroz que persigue, y dispara hácia aquel lugar una flecha que se clava en el pecho de Feniso. El diálogo que sucede á tan dolorosa catástrofe merece ser conocido por completo.

"FENISO. . . . . ¡Ay de mí triste!

JULIA. Hombre (¡ay de mí!) ¿qué rigor  
Te buscó el riesgo? ¿Qué suerte  
¿Te solicitó la muerte?  
¿No me respondes?

FENISO. Amor.

Amor, hermosa homicida.  
Tirana, dulce beldad,  
Se valió de tu crueldad  
Para quitarme la vida.  
Pequeña juzgó la herida  
De aquella flecha primera  
Y así, para que me hiera,  
Con dominio soberano  
Puso otra flecha en tu mano.  
Porque de tu mano muera  
No de la herida el dolor  
Me aflige, dueño adorado;  
Más tormento, más cuidado  
Es el que siente mi amor.  
Pues como hecho á tu rigor,  
Enseñado ó satisfecho  
De tu ingratitude, sospecho  
Que en esta sangrienta calma  
Para salirte del alma  
Quisiste romperme el pecho.  
Si no es que, compadecida  
Á los ruegos de mi llanto,  
Para que no sienta tanto  
Me hayas quitado la vida.  
Porque á mostrarte ofendida  
De mi amor, me la dejaras;  
Pues tanto más te vengaras  
Cuanto más me aborrecieras,  
Y al paso que te ofendieras,  
Á ese mismo me mataras.  
Y porque ya rendir siento,  
Ó de la pena ó del tiro,  
La vida á cualquier suspiro  
Y el alma á cualquier acento,  
Sólo diré que, contento,  
De tu piadoso rigor



Muero gozando el favor;  
 Aunque en esta triste suerte,  
 Aún más que encontrar la muerte  
 Siento perder el amor. (*Queda desmayado.*)

JULIA. ¡Aún más que encontrar la muerte

Siento perder el amor!...

¡Calla, calla!... ¡Qué dolor!

¡Desdichada, infeliz suerte!

¿Qué haré? Que en trance tan fuerte

Se ofusca el discurso mío...

Porque si á sentir porfío,

Mis sentimientos mortales

Aun para sentir los males

No me han dejado albedrío.

¡Oh mísero ejemplo triste

De la firmeza constante,

Pues naciste para amante

Y por amante moriste!

Ya, aunque muerto, me venciste.

Más triunfo en el tuyo advierto

Que en el mío; pues es cierto,

En esta acción compasiva,

Si yo triunfé de tí viva,

Que tú triunfas de mí muerto.

Cuando vivo te miraba,

De tu pena me ofendía.

Amada te aborrecía,

Porque amante te juzgaba.

Viva siempre aseguraba

Tu fe; mas como la vi

Ya difunta, me creí

Sin la gloria de triunfar,

Y muerto llegué á adorar

Lo que vivo aborrecí.

¡Oh si para que alentarán

Tus ya caducos sentidos,

Incesables mis jemidos

Con mis lágrimas bastarán!

¡Qué presto resucitarán

De tus perdidos despojos

El vigor! ¡Con qué de arrojos,

Por redimir tus agravios,

Brotarán fuego mis labios,

Sangre vertieran mis ojos!

Mi desdicha ó mi crueldad,

Ó lo más cierto, tu suerte

Fué cómplice de tu muerte

Y asunto de mi piedad.

Tú mueres de un mal violento:  
Mas yo, que fui tu homicida,  
Compro á precio de tu herida  
Lo eterno de mi tormento.

Aunque menos lo pareces,  
Más dichoso que yo has sido,  
Porque de una has padecido  
Lo que yo de muchas veces.

Pues he llegado á inferir,  
En accidente tan triste,  
Que mueres lo que viviste,  
Y yo lo que he de vivir.

¿Qué haré? Que si solicito  
Dejarle solo, es crueldad,  
Y es tambien temeridad  
Publicar yo mi delito.—

En esta trabada guerra  
No discurren los temores...

VOCES (*dentro*). Buscad á Julia, pastores,  
Que se ha perdido en la sierra.

JULIA. ¡Ay de mí! que hallar no puedo,  
Si aquí me encuentran, disculpa.  
¡Oh, qué pesada es la culpa!  
¡Qué perezoso es el miedo!

Una voz me asombra allí,  
Y aquí un temor me asegura;  
Allí un vivo me procura,  
Y un muerto me esconde aquí.—

¿Quién vió, sin el accidente  
Con que el aliento limito,  
Que llegue á ser el delito  
Refugio del delincuente?

Si aquí me hallan homicida  
De Feniso, en esta acción,  
Dirán que me dió ocasión  
Para quitarle la vida.

Y será crüel razón,  
Por asegurar mi suerte,  
Haberle dado la muerte  
Y quitarle la opinión.

Así, aunque en dejarle esquiva  
Vengo á ser, mi amor acierta  
Dejando una vida muerta  
Para que un crédito viva.

Oculten, pues, estas ramas  
La vida que en tí renace,  
Si cenizas no las hace  
El incendio de mis llamas.“

Coje apresuradamente ramos, échalos sobre el cuerpo de Feniso de modo que lo oculten, y desaparece en la espesura del monte.

Los que conozcan el teatro de Lope de Vega y de sus contemporáneos y el de Calderón y los suyos, digan con sinceridad si en situación análoga recuerdan algo más bello que esta escena en el mismo Lope, en Mira de Amescua ó en Tirso, que no ceden á Calderón ni á ninguno (y acaso superan á todos) en acierto para enlazar á la expresión del sentimiento humano el encanto de la idealidad poética.

Compasión merecen los volterianos trasnochados que se burlan de las comedias devotas solamente porque lo son, sin tomarse el trabajo de leerlas, ni menos aún el de estudiarlas, como deberían hacerlo para poderlas apreciar bien siquiera desde el punto de vista exclusivamente artístico. Por dicha, la crítica universal ha respondido ya á tales burlas poniendo razonadamente en las nubes, mediante el parecer de escritores ilustres de diferentes naciones y creencias, la elevación y arranque poético de obras como *El mágico prodigioso*, *El purgatorio de San Patricio* y *El príncipe constante* de Calderón, ó el *San Franco de Sena* de Moreto, que son comedias devotas.

Al ver cómo Ponce comienza á desenvolver la que pudiéramos llamar acción real, y de qué modo entra desde luego en materia entremezclando la exposición con la acción misma (habilidad nada común antes ni ahora en dramáticos muy famosos), quizá se figuren algunos que el verdadero interés de *La luna de la Serena* estriba en las peripecias que origina el contraste de pasiones y caracteres reducidos únicamente á la esfera de la realidad humana. Este interés, vivísimo en la comedia de Ponce, es, no obstante, secundario en ella. El principal consiste en el desarrollo y gradación de los medios sobrenaturales que la Providencia pone en juego para que se logre milagrosamente descubrir la imagen de Nuestra Señora. Ambos se enlazan y confunden con tal arte, con tan ingenioso artificio, que aunados contribuyen á dar vida y relieve al pensamiento del autor, cautivando al par la atención de los espectadores.

Los que miran con cierto desdén el drama religioso, desconociendo su capital importancia en la historia del teatro español (ya que no se quiera decir, como fuera justo, del teatro europeo), y negándose á confesar que de él se deriva y que á él debe sus mejores elementos el drama profano, ¿qué tiene de particular que no conozcan bien su índole ni hayan penetrado el misterio del carácter que lo distin-

gue? ¿Ni cómo ha de causar extrañeza, visto el superficial estudio que han solido hacer del asunto historiadores y preceptistas, que esté todavía por deslindar cuáles son las verdaderas fuentes de interés dramático en una y otra clase de poemas escénicos? Materia es esta que ofrece algunas dificultades y que importa desentrañar, no sólo para poner en su punto la verdad histórica, oscurecida ú ofuscada al tenor de engañosas preocupaciones, sino por ser el teatro aquel ramo de nuestra rica literatura que más la ha sublimado y enaltecido en todos los pueblos cultos. Pero como fuera inoportuno detenerse aquí á examinar una cuestión que exige largas y graves consideraciones y que nos distraería del principal objeto de estas líneas, me limitaré á lo ya indicado, reservándome tratarla según es debido en sazón más conveniente.

MANUEL CAÑETE.

*(Se continuará.)*

---

---

## IMITACION DE ROJAS.

(INÉDITA.)

Cuando baja mi pastora  
desde la montaña al valle,  
la Diana cazadora  
ve con envidia su talle.

Las flores que alfombra tienden  
á sus pies y el tallo agitan,  
de curiosidad se encienden  
y de celos se marchitan.

A su encuentro el arroyuelo,  
formando cinta de plata,  
corre por ver si aquel cielo  
en su cristal se retrata.

No pongan los hombres tilde  
por ser humilde á una bella;  
que el agua se arrastra humilde  
y el cielo se mira en ella.

SEVERO CATALINA.

---

---

# EL EBRO POR FRONTERA.

(CONTINUACION.) (I)

## § 6.º

La cuestión acerca de la validez ó nulidad del matrimonio de D. Alfonso el Batallador con doña Urraca es muy grave y no para tratada de soslayo ni de corrida: merece discutirse aparte y despacio, pues las narraciones de los escritores castellanos y aragoneses son tan encontradas y discrepantes, que los unos destruyen lo que aseguran los otros. Preciso es buscar y estudiar mas documentos y confrontarlos (2).

D. Alfonso, por su matrimonio con doña Urraca, volvió á mandar en la Rioja, incorporando ésta con la corona de Navarra, y, por tanto, desapareció por allí la frontera del Ebro. Puso su córte en Soria, y se cree que la repobló juntamente con su territorio. Aunque doña Urraca hubiera tenido las cualidades de doña Isabel la Católica, la union de las coronas no hubiera quedado hecha, teniendo aquélla un hijo del primer matrimonio. No todo se explica por las genialidades de ámbos consortes. La pugna en Castilla era política y social, pues habia lucha de clases y lucha de leoneses y gallegos, para emanciparse de Castilla, queriendo los primeros recobrar su autonomía, como la afianzaron entónces los portugueses. La pobre doña Urraca, á pesar de la pretendida nulidad de su matrimonio, tenia que acudir al amparo de su marido cuando las intri-

---

(1) Véanse los cinco párrafos primeros y el principio del sexto en el núm. 5.º de esta REVISTA.

(2) Me propongo hacerlo en otra serie de artículos.

Para estos estudios son útiles las revistas en que pueden darse estos trabajos deslin-  
dados y confrontados, pues el historiador no puede hacer en la historia general, sino  
la síntesis de estos trabajos.

gas de Gelmirez y sus parciales, y las deslealtades de algunos magnates castellanos, la ponian en el caso de quedarse sin corona. La cuestion de estas reyertas es muy complicada, y los que han escrito sobre ella por lo comun lo han hecho tan superficialmente, que puede considerarse casi intacta.

Pero dejando esto á un lado, y para especial estudio, conviene para el nuestro de fronteras fijarse en la época en que D. Alfonso I de Aragon, sacando sus tropas de Castilla, pudo decidirse á cuidar de lo suyo y de lo que más le importaba. Por de pronto se dedicó á dar fueros á muchos pueblos de Navarra, del alto Aragon y de la Rioja. Entre éstos es notable el de Belorado, en el que expresa, el año 1116, que dá carta puebla y fuero á sus pobladores, tanto francos como castellanos (1). Titúlase don Alfonso al principio *Dei gratia Rex et magnificus Imperator*, y en la suscripcion se dice que reina en Aragon, Pamplona y Nájera, por las tres coronas de Aragon, Navarra y Rioja, citando á Nájera la córté navarra y no á Logroño, la castellana en Rioja. Titúlase, además, reinando en Toledo, en Carrion y Sahagun, sin citar los centros de las comunidades castellanas, Avila, Salamanca y Segovia; y siendo de notar que cite á Carrion más importante por entónces que Valladolid, y á Sahagun, monasterio que fué un foco de conspiraciones contra él, segun las noticias del P. Escalona, aunque por ellas mismas se echa de ver, que los burgueses, ó sea el pueblo, se apoyaban en el Rey don Alfonso contra los monjes y su tiránico fuero galicano, el peor de los fueros de España, á pesar de la presuncion de los cluniacenses extranjeros que creian venir á civilizar á los españoles como á gente infiel y salvaje.

En el de Belchite, que es de fecha dudosa, pero de hácia aquel tiempo, expresa que reina en Toledo, Extremadura y Castilla la Vieja, y en Zaragoza y Tudela, hasta Morella, *et in mea populatione quod dicitur Soria*; de donde se ve que esta ciudad habia sido poblada por él, y que le debe la existencia, puesto que la llamaba *poblacion mia*: y en efecto, poco pueden alegar de cierto los sorianos, anterior á los tiempos de D. Alfonso el Batallador; pues aun las tradiciones de San Saturio son del otro lado del

(1) *Prefatos fideles meos pobladores francos et castellanos de Bilforad.*

Duero. Sacó aquél de Castilla la Vieja las guarniciones de aragoneses y navarros que allí tenía, una vez que el abad de Cusa impuso el divorcio, como mera separacion, puesto que divorciado el Rey de su mujer y aliada ésta con los partidarios de su hijo, no tenía ya razon, ni áun pretexto, para continuar mandando en Castilla. Pero no quiso devolver nada de la Rioja, pues consideraba este territorio como suyo y usurpado á Navarra por su suegro. Y no solamente no devolvió, ni Rioja, ni Soria, sino que retuvo tambien el castillo de Búrgos, con gran tenacidad, viéndose en él muy comprometido. Porque su empeño era devolver tambien á Navarra todo el territorio vascongado de que se habia apoderado D. Alonso VI; mas en éste no hallaba quizá tanta adhesion y simpatías como en la Rioja.

Dejando aventuras en tierras donde, si le querian los plebeyos le detestaban los nobles y gran parte del clero, acometió la brillante y ya urgente empresa de limpiar de mulsumanes la cuenca del Ebro, apoderándose de Zaragoza, gran hazaña y digna de su generoso aliento, y luego de Tudela Borja y Tarazona, asegurando de este modo la posesion de la Rioja, siempre expuesta á las incursiones de tan malos vecinos. Y no contento con eso, subió por las márgenes del Jalon, ganando todo aquel vasto territorio hasta la antigua Arcobriga, y por la ribera del Jiloca hasta Daroca y Monreal, donde puso por de pronto su frontera. La repoblacion, organizacion y defensa de aquel vasto territorio la llevó á cabo con su acostumbrado teson, áun en medio de graves cuidados que le distraian, no siendo los menores el tener que atender á los partidarios de su mujer, casi desposeida de la corona por su poco respetuoso hijo D. Alonso VII, cuya memoria adularon demasiado los cronistas contemporáneos, admiradores del éxito más que del derecho; los cuales, al manejar el incensario en obsequio de éste con una mano, arrojaban lodo con la otra sobre su madre y su padrastro. Este avanzó todavía más desde la tierra llana de Arcos, donde desemboca el Jalon, y donde el arroyo comienza á ser rio, y subió hasta los manantiales de éste, apoderándose de Medinaceli, á la que dió fuero en 1124 (1).

Pero lo notable entónces fué ver cómo en medio de

---

(1) Este fuero romanceado ofrece algunas dudas, de que quizá nos sacaria el original. Con todo, el Sr. Romero no duda en atribuirlo al Batallador, pág. 435.



aquel caos se salvaron los antiguos límites de la Vasconia, con tal precision, como si hubieran tenido un mapa geográfico á la vista, sirviéndoles de luz para ello, por una parte las tradiciones transmitidas por los mozárabes, y segundo, algunos documentos que quizá conservaban y no han llegado hasta nosotros. En efecto, siendo *Allobone* (Alagon) el trifinium de la Celtiberia, que llegaba á Calatorao, de la Edetenia, que abrazaba á Zaragoza, y de Vasconia, á la que pertenecian Cascante y Alagon, se tiraron las líneas por entre Alagon y Borja, y más ceñidamente entre Córtes y Mallén, quedando Alagon para el Obispo de Zaragoza, Borja y Tudela por Tarazona, y en lo secular Córtes por Navarra, y por Aragon Mallén, que habia poblado el Batallador con mozárabes de los que trajo de su expedicion por Andalucía en su atrevida excursion hasta el estrecho de Gibraltar (1).

En efecto, aparece que el obispo de Tarazona fué á felicitar al de Zaragoza en 1121 en vida del Batallador, y de paso arreglaron las cuestiones de límites (2).

No debe omitirse aquí que el territorio vasco del Ebro aquende llegaba hasta Tarazona, segun algunos autores, y comprendia tambien á Calahorra y pueblos inmediatos (3). Dudoso es que *Turiaso* (Tarazona) ó *Triaso*, como leen los que se dedican á descifrar las medallas celtibéricas, fuese Vasconia; y eso que los etimologistas pretenden derivar su origen de la palabra eúskara *Iturria* (fuente), aludiendo á las fuentes de San Juan y otras que amenizan sus inmediaciones y aumentan el *Chalybs* (Queiles).

El Sr. Fernandez Guerra, en su muy curioso mapa de las regiones y pueblos antiguos del Norte de España, coloca justamente esta ciudad en la Celtiberia (4).

(1) El fuero es de 1132 *Ego Aldephonsus Dei gratia Rex* (ya no *Imperator*) *facio hanc cartam donationis confirmationis et ingenuitatis ad vos totos christianos mozárabes de Mallén quos Ego traxi cum Dei adjutorio de potestate paganorum* (Muñoz Romero, pág. 503).

(2) A documentos apelaron: *Sive per chartas sive per convenientia testimonia terminos suos ulterius debere protendi*: véase este curioso documento en el tomo 49 de la *España Sagrada*, pag. 331.

(3) *Et vascones quidem qui urbes in plano positas incolebant, quales Pampelonenses Calagurritani, Iturissenses, aliique, Gothorum Regibus parebant, ut Concilia Hispaniae docent.* (*Valerius: notitia Galliarum et de vasconibus Hispanis et Aquitanis.*) Puede verse en la *España Sagrada*, tomo 32, pág. 430 de la 2.<sup>a</sup> reciente edicion.) Difícilmente hallaria obispos Iturienses Valerio; tanto más que *Iturisa* estaba entre Pamplona y el Pirineo, y no puede confundirse con *Turiaso*.

(4) Boletín de la Sociedad geográfica. En lo que no puede convenirse es en re-

No lejos de Medinaceli estuvieron para venir á las manos el entenado y su padrastro: porfiaba éste por sostener el territorio de Almazan, Atienza y otros, vueltos á ganar y repoblados por él, en lo cual no tenia razon, pues eran de Castilla, y ántes los habia ganado y poblado su suegro D. Alonso VI, siquiera los perdiese despues de la aciaga batalla de Uclés. Todavía en 1114 tuvieron los musulmanes puesto sitio á Berlanga, si hemos de creer á la *Compostelana* (1). No habia pues razon para que los quisiera por ese motivo incorporar á la corona de Aragon y Navarra, la cual, en sus mayores avances, no habia pasado de la primera Extremadura, ó sea la línea del Duero por Garray, pues áun la misma ciudad de Soria ya debia ser Castilla, puesta á este lado del Duero.

Por eso con mejor acuerdo principió á ganar terreno á costa de los moros de Cuenca y Valencia, á los cuales derrotó apoderándose de Molina en 1128. Perdióse despues esta poblacion, ó bien porque la abandonaron los moradores, ó bien por alguna incursion de los moros de Albarracin y Cuenca. Ello es que cuando la pobló y le dió fuero y behetría el conde D. Almerique, favorito de Alonso VII y señor de gran parte de Rioja (2), la halló despoblada, y así lo dice el fuero que le dió (3).

Cuando despues de la muerte de doña Urraca reclamó el hijo de ésta los territorios que consideraba usurpados por D. Alfonso el Batallador, su padrastro, si bien éste devolvió los del Duero aquende, se negó á devolver la Rioja ni las Provincias Vascongadas, que retuvo hasta su muerte, y por lo cual pasó entónces D. Alonso VII, accediendo á los ruegos de los prelados mediadores, aunque sin ánimo de cumplirlo, como lo acreditó luégo. Pero el

---

ducir á Tudela á la Celtiberia, pues el límite de la Vasconia llegaba indudablemente hasta *Allobone* (Alagon), pueblo que Tolomeo puso en la Vasconia, aunque en el artículo anterior se dijo, por distraccion ó errata, ser de de la Celtiberia. Para mí *Sparga* tampoco es Arguedas, sino Azagra, límite de Navarra por aquella parte y último pueblo del obispado de Pamplona sobre el Ebro.

(1) La *Compostelana*, pág. 168. Dicen los paniaguados de Gelmirez que doña Urraca queria que vinieran los gallegos á levantar el sitio. ¡A buena hora hubieran llegado! Creerian que Berlanga estaba junto al Vierzo.

(2) Como la Rioja era tierra usurpada á Navarra, D. Alonso VII se mostraba pródigo en regalar lo que no era suyo.

(3) No lo publicó el Sr. Muñoz Romero; pero habiendo tenido los de Molina el buen acuerdo de enviarlo á la Exposicion de Guadalajara, el año de 1876, pude verlo allí y copiar gran parte de él.

territorio de la Rioja era de Navarra por legítima conquista y población, y por el testamento de D. Sancho el Mayor. La misma conquista de Alonso VI, en momentos angustiosos para Navarra, solo fué una usurpación.

La legendaria y romántica expedición de D. Alfonso el Batallador por toda Andalucía y otras empresas no ménos atrevidas y gloriosas, inclusa la conquista de Bayona (1) (1130), no tienen cabida en este cuadro ni hacen á nuestro propósito. La expedición por Andalucía, tan gloriosa como estéril, le sirvió solamente para traer 14.000 mozárabes con sus desgraciadas familias, á las que dió pingües heredamientos en los territorios conquistados del Ebro aquende, y buenos fueros, con los que logró afirmar las conquistas de los vastos territorios, que habia devuelto á la patria española y á la fé de Cristo.

Más vasto proyecto agitaba cuando en mal hora le saltó la muerte. Su empeño en los últimos años de su vida era apoderarse del resto de la cuenca del Ebro, limpiándola de musulmanes. Al efecto hizo bajar gran cantidad de maderas por las corrientes del Gállego y el Arga. Formó una flotilla, con la cual bajó por el Ebro hasta Mequinenza, de cuya plaza se apoderó, no sin trabajo, pues en la empresa murieron D. García Caxal y otros nobles, tan ilustres como aguerridos.

Para apoderarse de Tortosa, y ser dueño de todo el curso del Ebro y de toda su cuenca, aislando así á los musulmanes de Cataluña, y obligándoles á rendirse una vez aislados, mandó hacer grandes cortas de madera en las montañas de Rioja, según aparece de una escritura de donación á la iglesia de Calahorra, en 1132, y que publicó Llorente (2), en la cual, por cierto, aún se le llama Emperador y reinando de Monzon á Belorado.

En mal hora para él, para su fortuna y para el afianzamiento de sus conquistas, se le antojó apoderarse de Fraga, en 1133, donde la fortuna le fué contraria. Mejor le hubiera sido el haber seguido con constancia su proyecto de asegurar la línea del Ebro. Yendo á socorrer á

(1) Dicese que ganó el castillo, pero que no acabó de ganar la población.

(2) *Dum Imperator jam dictus praecidebat ligna in montibus Sancti Emiliani ad opugnandam civitatem Dertosae.* (Llorente, *Provincias Vascongadas*, t. IV, página 45.)

Monzon, cayó en una emboscada de moros, donde murió peleando con 400 caballos contra más de 6.000 musulmanes en posiciones ventajosas para éstos.

Conviene, ántes de pasar adelante, decir algo acerca de la crónica de Alonso VII. Es en su primera parte, y por lo que se refiere á cosas del Norte, un tejido de falsedades, en tales términos, que hay que ponerla por bajo de las fábulas de D. Pelayo; y tiene casi tantas mentiras como noticias en lo relativo al Batallador.

Comprendo que pudieran darle asenso el señor obispo Sandoval de poco elevado criterio, y áun el P. Sota un siglo despues; pero no me explico que se la dieran Pellicer, el cual, aunque falsario, tenia más juicio y mejor criterio; ni ménos el P. Florez, el cual estuvo poco afortunado al tiempo de publicarla; pues si hizo bien al darle cabida en la *España Sagrada*, hizo mal, y muy mal, en copiar elogios agenos que su claro talento no creía, ni podia aceptar, y ménos en no denunciar sus muchos errores, dando lugar á que otros cuitados los creyeran verdades.

Si el trabajo es de algun mudéxar de Toledo (1), como se cree ahora, se conoce bien que el ascendiente de Cide Hamete Ben-Engeli redactó aquel centon con las noticias, bolas y patrañas, que traian los arrieros á la plaza de Zocodover. En cuanto dice de las reyertas del entenado y el padrastro no hay apenas palabra de verdad. Aún la hay ménos en lo que dice de la muerte de D. Alfonso el Batallador; de modo que los párrafos 20 al 27, que tratan de la muerte del Rey de Aragon, y de la ocupacion de este reino por Alonso VII, no tienen ni sombra de certeza histórica, ni hacen más que reproducir fábulas y hablillas. Véase una muestra de sus embrollos, necedades y supersticiones. Los tres mil caballeros cruzados con que hizo la escursion por Valencia, Murcia, Almería, Granada y Córdoba, no eran más que bandidos *prædatoriæ cohortes*, ó cuando más almogávares (pág. 21).

(1) Manchego debia ser, pues, escribiendo fonéticamente la palabra navarro, la pronunciaba apretando mucho los labios, como suelen hacer en muchos pueblos de la Mancha, al revés de lo que sucede generalmente en España, en que apenas se distingue la *v* y la *b* al pronunciarlas. *Aragonenses et nafarri*, dice en algunos pasajes.

El Batallador derrotó dos veces á Abengama junto á Fraga (falso), y los de Fraga se querian rendir (falso); pero el avaro aragonés no quiso admitir la capitulacion (falso), porque su empeño era robar y ahorcar á los moros. Esta manía rara le debió entrar de pronto; pues en Zaragoza, Tudela, Calatayud y otros puntos, les concedió honrosas capitulaciones. Aun las batallas que ganaba eran por las reliquias que llevaba, y principalmente por un *Lignum Crucis*, que habia robado en el monasterio de Sahagun. Estaba el Rey entretenido en el sitio de Fraga, y no supo que venia Aben Gama con miles de miles (*innumera millia millium*) de mulsumanes, cuando de pronto una mañana vieron los aragoneses sobre sí aquel nublado de moros que los tenian sitiados. Los obispos y los curas comenzaron á rezar; pero el arcángel San Gabriel, fuera porque estuviese enfadado, ó por otro motivo, no quiso presentar al Señor aquellas oraciones (1), ni San Miguel bajó á pelear. Los moros lo primero que hicieron fué apoderarse del arca del *Lignum Crucis*, como que era de oro, y mataron allí al obispo de Jaca, que se llamaba Danao (2). Murió allí mucha gente noble, y además los setecientos soldados de infantería de la guardia real (3) ¡gran noticia para los militares si fuera cierta! El pobre D. Alfonso echó á correr, mentira infamante, pues por no enseñar á los moros sus espaldas, que nunca habian visto, prefirió morir como bueno. Pasó por Zaragoza corriendo, llegó á un monasterio de San Juan que está en una peña; mandó cerrar las puertas, se acostó, se murió de tristeza y allí le enterraron. En todo esto no hay palabra de verdad. Pues no es eso sólo. Los cristianos, dice, que estaban al otro lado del Ebro en castillos y fortificaciones, se metieron en Zaragoza, muertos de miedo, y daban unos lamentos que partian el corazon. El Cide Hamete del siglo XII los oia sin duda desde Toledo y los copia al pie de la letra. Los nobles y los obispos se reunieron en Jaca (4), eligieron por

(1) Por lo visto el Dios de aquel toledano era un *Dios constitucional*, que no sabia lo que pasaba por el mundo, si no venia San Gabriel á contárselo.

(2) En una parte imprimió Florez *Donao* y en otra *Danao*; pero ni habia obispo ya en Jaca, sino en Huesca, y el de allí se llamaba Dodon. El P. Florez no se tomó la pena de advertirlo.

(3) *Septingenti pedites fortes Regis, qui custodiebant Regem*. Trescientos caballos era todo lo que llevaba.

(4) En los trabajos que tengo reunidos sobre las primeras Córtes de Aragon se

Rey á un monje hermano del Rey difunto, y le hicieron casarse con una hermana del conde Pictaviense. Esto fué un gran pecado delante de Dios (1). Los pamploneses y navarros (*pampilonenses et nafarri*, que por lo visto no eran unos), eligieron por Rey á García Ramírez, que habia huido de la batalla de Fraga.

El Rey de Leon D. Alonso VII, dice, viendo lo que pasaba, se fué á Nájera, y allí le recibieron, y no sólo los de Nájera, sino los de todas las ciudades y castillos que debían ser del Rey de Leon. ¿Y por qué habian de ser del Rey de Leon Nájera, ni la Rioja, ni las Provincias Vascongadas? Por el testamento de D. Sancho el Mayor, punto de partida de la antigua division territorial y de la formacion de los tres reinos, la Rioja y Vascongadas, y gran parte de Castilla la Vieja eran de Navarra (2). Eso se habian jurado los hermanos, siquiera el testamento fuese mal cumplido por todos ellos, y destrozado por los venablos de tres asesinos. D. Alonso VI se apoderó de la Rioja y Vascongadas por la fuerza, no por razon ni derecho. D. Alfonso el Batallador, á título de Rey de Navarra, reivindicó aquellos territorios para su corona. D. Alonso VII lo reconoció así en 1127, aunque el cronista de Alonso VII, por faltar á la verdad en todo, pone en boca del obispo de Pamplona una arenga disparatada (§ 6.º relativo al año 1129), diciéndole que en conciencia tenia que devolver al Rey de Castilla las ciudades y castillos de Nájera (3), y demás que habia usurpado á su madre doña Urraca, y habia ofrecido devolver á su hijo. Mucho era esto para dicho por un navarro, faltando á toda la historia de su país, y al derecho inconcuso que tenia Navarra al territorio de Rioja. D. Rodrigo Jimenez de Rada, escritor concienzudo, á quien se debe seguir en esto, no dice tal cosa, y D. Rodrigo era imparcial en estas materias, pues, aunque navarro de nacimiento, era domiciliado en Castilla, y educado en Francia (4).

---

prueba que es falso todo lo que se ha dicho sobre Córtes en aquel tiempo, ni en Jaca, ni en Borja, ni en Monzon.

(1) Nada sabia de la dispensa obtenida por el suegro duque de Aquitania.

(2) Esto lo probó el P. Moret hasta la evidencia.

(3) *Rex, reminiscere pacti quod pepigisti in præterito anno Regi Legionis dare eis Castellum Felicis et Najaram et omnia Castella et civitates quæ tulisti matri suæ Reginae Dominae Urracae.* Era imposible que un obispo navarro dijera tal desatino.

(4) *Genitrix Navarra, nutrix Castella*, decia su epitafio.

Mas aún cuando se quisiera tener por título de prescripción la conquista inmotivada é injusta de aquellos territorios por D. Alonso VI, y su posesion sin justo título durante medio siglo, ¿qué derecho tenia su nieto D. Alonso VII para apoderarse de los territorios de Zaragoza, Tarazona, Calatayud y Daroca, y para agregarlos á la corona de Castilla?

Ninguno, absolutamente ninguno. Aquella invasion fué un atropello aún mayor que el de la usurpacion de Rioja por D. Alonso VI. Y con todo, ¡véase la historia y los juicios de los hombres! En el tribunal de la historia se falló á favor de este atropello.

### § 7.º

Muerto D. Alfonso el Batallador con tan honrada como desastrosa muerte, le sucedió al punto por derecho hereditario, y no electivo, su hermano D. Ramiro el Monje. Por las escrituras que publicaron Traggia, y el P. Ramon de Huesca en el *Teatro de las Iglesias de Aragon*, aparece que D. Ramiro entró á reinar tan luégo como supo la muerte de su hermano (1). Armóse caballero en el monasterio de Leire. Los navarros no quisieron reconocerle, y prefirieron elegir por Rey á un descendiente de su último Rey propio, y nieto de su D. García. Divididas las fuerzas, á vista de un enemigo tan poderoso, valiente, enérgico y decidido como D. Alonso VII, que no habia vacilado en presentar batalla á su padrastro el Batallador en más de una ocasion, sucedió lo que no podia ménos de suceder. El Rey de Castilla marchó desde Búrgos, y, con un paseo militar, se apoderó de Rioja y de todas las Provincias Vascongadas para siempre.

Despues de clamar y declamar todos los historiadores contra la supuesta invasion de D. Alfonso el Batallador en Castilla, y su ambicion en no querer sacar las guarniciones de navarros y aragoneses, que allí tenia, parte por

(1) Muerto D. Alfonso el Batallador en 7 de Setiembre de 1134, ya estaba su hermano D. Ramiro en Calatayud, límite de su reino, un mes despues, y quizá ántes, pues en 6 de Octubre ratificó el fuero de poblacion, y á petición de los caballeros de aquella poblacion les dió el pueblo de Arandæ, con obligacion de invertir las rentas de aquel pueblo en reparar las murallas y castillos.

exigírselo así sus partidarios, y aún á veces por suplicarlo así su liviana mujer, al ver la priesa que tenia su hijo por destronarla, luégo no hallan ni una palabra de censura contra las usurpaciones de Alonso VII, y les parece lo más natural que volviese á la política del *Ebro por frontera*, que habia iniciado D. Alonso VI. Este la habia seguido tan tenazmente, que hasta cometió la infamia de auxiliar á los moros de Aragon contra los cristianos en la batalla de Alcoraz, para impedir que el Rey de Aragon se apoderase de Huesca, como D. Sancho el Fuerte habia apoyado á los moros para que D. Ramiro I de Aragon no pudiera tomar á Graus, y habia contribuido al parricidio de su tio (1). Ahora la Providencia lo habia dispuesto de otro modo, y en la derrota milagrosa, segun la tradicion, que sufrieron los moros al pie de los muros de Huesca, quedaron muertos y prisioneros los soldados castellanos, que, á despecho suyo, peleaban allí contra Cristo y contra la patria (2). Funesta política que, por envidia ó por codicia de terreno, donde sobraba terreno y faltaba gente, obligaba á un Rey como Alonso VI á ser traidor á Dios, á la causa nacional y á la sangre de D. Sancho el Mayor, y á faltar á las nociones más sencillas del honor y del catolicismo. Los aduladores de Alfonso VI, el ex-monje de Sahagun, tienen buen cuidado de callar tan mala accion. Pero más adelante, su nieto, siguiendo su política, se apoderaba de todo el territorio de Aragon del Ebro aquende, y los escritores contemporáneos, mercenarios ó aduladores, trataban todavía de ensalzar esta usurpacion, suponiendo que los moros se habian apoderado de aquellos territorios, y que D. Alonso VII fué allá á rescatarlos llamado por los aragoneses. Los cronistas de Alonso VII hallan tambien muy natural que D. Alonso se apoderase

(1) Y ¿quién sabe si la Providencia castigó á D. Alonso VI con las derrotas que sufrió en los últimos años de su vida, en castigo de esa accion infame de oponerse á que Huesca saliera de poder de infieles? Y el bueno del Sr. Sandoval y los demás que á ciegas le siguen, ó no vieron esto, ó se lo callaron.

(2) El conde de Cabra, que mandaba las tropas castellanas, compadecido de la mala situacion en que creia al Rey de Aragon y á los aragoneses y navarros, le aconsejó secretamente que no comprometiera la batalla. Pero Dios permitió que sucediera al revés de lo que creia, quedando él prisionero al dia siguiente.

D. Ramiro I de Aragon tenia ya por tributarios á los moros de Zaragoza y Tudela, como consta por el Concilio de Jaca, en 1063; en el que dió á San Pedro los diezmos civiles que le pagaban aquellos en dichos pueblos.



de Aragon y Rioja. Oigamos sobre esto al Sr. Sandoval. "Gastó el Rey D. Alonso VII lo restante de este año en allanar el reino, y tomar las fortalezas que el de Aragon tenia en Castilla, particularmente Carrion, Castro-Xeriz y Aguilar... con determinacion de juntar sus fuerzas y entrar poderosamente en la Rioja y *cobrar* la ciudad de Nájera, con todas las tierras *que ay hasta el rio Hebro*, que el Rey D. Alonso su abuelo avia *cobrado* de los Reyes de Navarra, y el Rey D. Alonso de Aragon, por ser Rey de Navarra en esta era, *pretendia* ser suyas, y estaba apoderado dellas, como lo estubo hasta su muerte."

¿Qué entendia el señor obispo de Pamplona por *cobrar*? *Incautar* dicen ahora, y en buen castellano, y hablando con cortesía, se ha dicho *usurpar*. Si á la usurpacion acompañan fuerza ó violencia se usa otra palabra más fuerte; pero, hablando de Reyes y en historia, se deben excusar estas. Sospecho que toda la saña que mostraba el Sr. Sandoval contra las cosas de Aragon provenia del ruidoso pleito de la Valdonsella. En efecto, los aragoneses no llevaban en paciencia que la Valdonsella, cuna de la independendencia aragonesa, dependiese de los obispos de Pamplona, y trataron de que pasara á ser de Huesca y Jaca (1). Por fin lo consiguieron, aunque despues de la muerte del Sr. Sandoval; pero éste, desde que fué obispo de Pamplona, abrigó siempre tal ojeriza contra las cosas de sus antagonistas, que calló todo lo bueno y exageró todo lo malo que de aquéllos supo, conducta que por cierto no habia seguido cuando por primera vez escribió la Crónica de Alonso VII, en la que trató á los aragoneses con cierta templanza.

Al escribir los sucesos del Pontificado de D. Alonso Carrillo, obispo de Pamplona, en 1477, fólío 119 vuelto, dice así: "Quando el obispo D. Alonso pensaba gobernar su obispado en paz y quietud, sin pensar ni haber ocasion de otra cosa, Antonio Spes, obispo de Huesca, con su cabildo, *temeraria, indebida, ilícita, injustamente* se entraron ocupando el Arciprestazgo de la Valdonsella, que es en el Reino de Aragon, y ha sido siempre de los obispos de Pamplona, á lo que se entiende desde que se partieron las diócesis en el Concilio Niceno."

(1) En el Concilio de Jaca habla de este territorio D. Ramiro I de Aragon.

Dejemos á un lado la peregrina noticia de la division de diócesis en el Concilio de Nicea, que muestra los puntos que calzaba el Sr. Sandoval en materia de crítica eclesiástica, y fíjese la atencion en los cuatro suavísimos adverbios que usa para calificar la demanda del obispo de Huesca, llamando á su solicitud nada ménos que *temeraria, indebida, ilícita é injusta*. En todo su libro en fóllo no se halla otro pasaje escrito con tan reconcentrada saña, ni áun contra herejes, ni áun siquiera cuando habla de que los vireyes de Pamplona usurpaban el antiguo palacio episcopal. Porque, cuando escribia el Sr. Sandoval, habian dado los vireyes de Pamplona en *cobrar* para su vivienda el antiguo palacio de los Reyes de Navarra, que éstos habian cedido á los obispos de Pamplona, y el bondadoso prelado siempre que habla de este *cobro* (*Historia de los obispos de Pamplona*) pone el grito en el cielo. *¿Cur tam varie?* como decian los escolásticos.

No hablemos del pleito de la Valdonsella, con cuyo motivo se desata contra los obispos de Huesca, que querian *cobrar* aquel territorio, y al cabo la Santa Sede falló á favor de éstos, á pesar de las diatribas del reverendísimo cronista cuando habla de las pretensiones de aquel *cobro*.

En el cap. 29 comienza diciendo el mismo respetable prelado cronista:

"Entre las revueltas que sobre elegir Reyes tuvieron navarros y aragoneses, no se descuidó el Rey D. Alonso de Castilla, ántes *pretendió* ser suyos los reinos de Navarra y Aragon. Juntó luégo sus gentes y entró por la parte de Montes de Oca. Tomó á Vilorado, Grañon, Nájera, Logroño, Arnedo, Biguera, sin parar hasta la ciudad de Calahorra. Dió la vuelta por la Bureba y Álava, con que quedó segunda vez Navarra *despojada* destas tierras, y Castilla *para siempre con ellas, siendo Hebro la raya de los dos Reinos de Castilla y Navarra.*"

Ni áun en esto acierta del todo el señor obispo, pues los territorios de Tudela, Cascante y Corella son de Navarra y están del Ebro aquende, y áun añadió Navarra el de Fitero, que fué Castilla hasta el siglo XV. Por el otro lado del Ebro tenia Castilla la Rioja alavesa. No quedó, pues, enteramente el Ebro por frontera.

Para la invasion de Navarra no dá razon ninguna: *despojo* lo llama. Que D. Alonso VI se apoderase de la Rioja y territorios vascongados contra toda razon y justicia no

daba derecho á su nieto para repetir la usurpacion. Pero la razon que dá para las usurpaciones en Aragon es aún más peregrina, pues alega que D. Ramiro II no era legítimo Rey por ser *monje profeso*. Precisamente el Sr. Sandoval, monje benedictino, debia tener en cuenta que varios monjes profesos habian reinado como soberanos, siendo obispos y abades, para entónces y aún ahora (1), ejerciendo derechos de soberanía. Si aún ahora la supuesta razon no es admisible, en su tiempo era ridícula, y en los de D. Ramiro II absurda.

Y aún es más peregrina la razon que añade: "y que á él, como biznieto del Rey D. Sancho el Mayor, le pertenecia, y que su derecho era el más cierto y sano." Que lo dijese otro, apenas era tolerable; pero en un obispo de Pamplona, que, si no era navarro vivia en Navarra y conocia su historia, parece inconcebible.

Precisamente en el testamento de D. Sancho el Mayor, ó sea el reparto de reinos, estaba la *razon de la sinrazon* de Alonso VII. Éste era descendiente de D. Fernando I, segundogénito del segundo matrimonio de D. Sancho el Mayor; luego no tenia derecho á excluir á los descendientes del primogénito D. García; y, dado que D. Ramiro XI no fuera Rey legítimo, el navarro descendiente de D. García de Navarra debia ser preferido en Aragon, no el castellano descendiente de Fernando I de Castilla, que ningun derecho tenia á lo de Navarra, ni ménos á lo de Aragon.

El señor obispo confiesa que sigue en su relato la historia de Toledo, ó sea la crónica de Alonso VII. Bien se conoce, y, conforme á ella, dice el enorme desatino de que "el Rey D. Ramiro (el monje), con todos los prelados y caballeros del reino, le salieron á recibir de paso, y le llevaron á Zaragoza, donde fué recibido con mucho aplauso y general contento de todo el pueblo. Y el obispo de Zaragoza, con toda la clerécía y solemne procesion, llevaron al Rey á la iglesia."

Se concibe que los arrieros alcarreños, intermediarios de Zaragoza á Toledo, llevasen esas noticias inexactas á la plaza de Zocodover, y que el Cide Hamete Ben-Engeli, del siglo XII, las insertara en su *Crónica*; pero lo que no se comprende es, que un obispo de Pamplona, en el si-

(1) El obispo de Urgel en el Valle de Andorra es soberano aunque sea fraile.

glo XVI, y con más luces y noticias, admitiese tal relato.

La verdad del hecho es que D. Ramiro, al ver á D. Alonso VII avanzar por la Rioja, tierra de Navarra ya separada de Aragon, trató de resistir en Zaragoza, y no pudo, por sus inferiores fuerzas, por el desafecto que muchos le profesaban y por el destrozo de su corona á la muerte de su hermano. Hubo de abandonar á Zaragoza, no sin protestar contra el invasor y contra su sobrino el de Navarra, que hecho vasallo de Alonso VII (lo que nunca hizo D. Ramiro), y secundando las usurpaciones de aquél, quiso destrozar á Aragon, invadiendo su territorio, llegando hasta Jaca, donde no pudo entrar; quemando en venganza sus arrabales.

La crónica de Alonso VII dice que D. García, el nuevo Rey de Navarra, vino á prestar homenaje á éste, y lo prestó, en efecto, haciéndose vasallo suyo por toda su vida: *et factus et miles Regis Legionis*. Los navarros dicen otra cosa, y el P. Moret ni aún quiere conceder que Alonso VII quedase dueño de la Rioja, ni quiere tocar lo del vasallaje, huyendo de ello con cierto estudio.

Añade la maleante crónica de Toledo, que oyendo el Rey D. Alonso que los aragoneses estaban muertos de miedo, dijo á sus magnates:—Vamos á Aragon y *tengamos misericordia* de nuestro hermano Ramiro, el Rey de Aragon. Y sabiéndolo el Rey de Aragon, le pareció tan bien, que acordó con sus magnates regalarle á Zaragoza. Y en efecto, vino á Zaragoza, donde el obispo, clero y toda la ciudad le recibieron con tímpanos, cítaras y salterios, y hasta refiere lo que cantaban y rezaban los curas y los obispos, que fué mucho oír desde la plaza de Zocodover.

Excusado es decir que en todo esto no hay ni asomo ni sombra de verdad, y que D. Ramiro no tenía por qué temer á los moros de Teruel ni Albarracin, á los cuales tenían á raya las comunidades fronteras de Calatayud y Darcca; que D. Ramiro no pidió tal socorro á D. Alonso VII, sino que se opuso á su invasion, en cuanto pudo, y la protestó, y que el modo de *tener misericordia* que gastaba el don Alonso VII, apoderándose de lo que no era suyo, no quisiera nadie que se lo aplicaran en casos de apuro.

Y no se contentó el Rey D. Alonso VII, segun la Crónica Toledana, con el Ebro por frontera, segun las aspiraciones de D. Fernando I y de sus hijos, sino que se metió por Francia, donde le querian tanto, que todos se hacian

vasallos suyos, incluso los gascones, y no uno ni dos, sino toditos: *omnes optimates qui erant per totam Gasconiam*, i gasconada toledana! Y no bastándole al idolatrado Alonso VII ni el Ebro, ni el Bidasoa, tomó nada menos que el Ródano y el Garona por frontera de Castilla. No vaya á creer nadie que se inventa, pues lo dice *el aureo manuscrito, muy fiel y verdadero en el hecho de sus relaciones*, según el bendito padre Sota lo asegura terminantemente y lo ratificó el padre Florez, que lo entregó á la estampa sin correctivo alguno. *Et facti sunt termini regni Adefonsi Regis Legionis á mare magno Oceano, quod est á patrono Sancti Jacobi, usque ad fluvium Rodani* (1).

Lo que hay de cierto y seguro sobre este particular, y se deduce del testimonio de abdicacion de D. Ramiro el monje, en 1138 (2), es que, en efecto, cedió éste al de Castilla la ciudad de Zaragoza; pero solamente de por la vida, y aún eso en homenaje. Son palabras terminantes y muy curiosas: *Cesaraugustam, vero dedi Imperatori de Castella cum suis apendiciis in vita sua tantum, et fecit mihi homenajium de ea ut redatur mihi vel successori meo post obitum meum*. Y no dice que le exigió que hiciera homenaje, sino que lo hizo (*fecit mihi homenajium*) y no creo fuera á decir tal mentira el Rey-obispo-monje, á presencia de cinco obispos y de varios condes y nobles de su reino, que se hubieran reido de él si fuera mentira. Dá á su yerno todo el territorio que á su abuelo dió Sancho el Mayor, y además lo que ganó su hermano el Batallador de Ariza á Tarazona y Tudela, y añade que sobre esta ciudad se arreglára con el conde de Alperche.

Resulta asimismo que habia cedido á D. García de Navarra, también de por vida y en homenaje, el valle de Roncal hasta el puente de San Martín y el río Aragón, con otros puntos que allí designa.

Harto caro pagaria el obispo de Zaragoza, si hubiera sido cierto, que no lo es, el haber recibido con aplauso y júbilo al Rey de Castilla. Lo probable es que tuvo que

(1) Excusado es decir que los escritores franceses se rien de esto y de la crónica. El duque de Aquitania era suegro de D. Ramiro: los principales de Bearn eran parientes suyos. El conde de Barcelona, pariente del de Tolosa, no mandaba en él. Posible es que viniera á las fiestas por amistad, mas no por vasallaje.

(2) Publicó Ainsa este documento en su historia de Huesca, y el Sr. Quadrado en el tomo de Aragón (pág. 161), copiada de un antiguo pergamino de Montearagon. La fecha la creo más bien de 1138 que de 1149, que le dan otros.

ceder á la fuerza mayor del que entró en son de fácil conquista; y en tal concepto, tendria que recibirle con decoro y agasajo, aunque no fuera con gusto.

D. Alonso VII no pudo contar ni con las simpatías de los aragoneses del Ebro aquende. A pesar de no tener allí la monarquía aragonesa más de diez y seis años de existencia, habia arraigado bien, y era muy grata á los habitantes de aquellos pueblos, como lo es todavía, la memoria del Batallador, que los habia emancipado del yugo musulman, y dotado de buenos y libérrimos fueros, tan libres como los decantados de Vizcaya; y organizado las dos pujantes comunidades de Calatayud y Daroca, con fueros de frontera y derechos concejiles señoriales, que podriamos decir *concejiseñoriles*, que en parte han durado hasta el año 1834. Los aragoneses no veian razon para que el hijastro viniera á mandar en su país, cuando tanto habia él clamado contra las invasiones de su padrastro; y no se hable de *reprasalias*, pues si habia sido iniquidad que el aragonés tuviera guarniciones en Castilla despues de su divorcio, y teniendo allí parciales que le suplicaban no se retirase, iniquidad seria apoderarse de las tierras de su padrastro, donde nadie le llamaba, pues que no pararon hasta que pudieron salir de su poder; y eso que D. Alonso VII hizo todo lo posible por atraerse las simpatías del territorio y anexionarlo á Castilla. Al efecto quitó al obispo de Zaragoza el territorio de Calatayud, y anticanónicamente, *autoritate qua fungor*, lo unió éste al de Sigüenza, y dió á la iglesia de esta ciudad, los diezmos de Calatayud y otros puntos (1). Además sacó mozárabes de Calatayud para poblar en Zurita y otros parajes de Castilla (2), y trajo castellanos para colonizar en aquella tierra, como Alonso VI habia colonizado á Logroño para enfrenar á Nájera y los pueblos de origen navarro. Además, dió muchos pueblos de aquel territorio á iglesias y monasterios de Castilla. Es posible que si la ocupacion hubiera durado más tiempo, hubiese logrado hacer suyas las sim-

(1) Bien lo aprovechó el cesarista Llorente para probar que Pepe Bonaparte podia arreglar obispados como prefecturas. El documento lo publicó D. Juan Talayero, y puede verse en la *España Sagrada*, tomo 49, pag. 341.

(2) El fuero de Zurita de los Canes dice: *qui mozarabes venerunt de Calatayu et de terra de Saragoza et Aragona*. Falta saber si es cierto que vinieron, ó si los trajeron.

patías de aquel territorio; pero los buenos oficios de su cuñado el conde de Barcelona, D. Ramon Berenguer, tutor de la tierna niña doña Petronila, hija del ya retirado D. Ramiro el monje, y su futura esposa, lograron que los devolviese, pero en calidad de feudo (1137). Pero ¿qué derecho tenía á imponer feudo sobre lo que no era suyo, sino restitucion de lo fácil é injustamente usurpado, en momentos angustiosos y difíciles? (1)

Pero como lo que era pecado en D. Alfonso el Batallador eran virtudes en su hijastro, se hizo un arreglo disparatado, ó mejor dicho, *desarreglo*, en el Concilio de Búrgos de 1139, con intervencion de un legado, sin contar con el obispo de Zaragoza, embrollando allí la geografía eclesiástica, de un modo que aún no se ha podido hallarle solucion. En efecto, para aquietar á los obispos de Sigüenza y Osma, que peleaban por quedarse con los territorios de Almazán, y otros repoblados por el Batallador, se falló á favor del de Sigüenza: para contentar al de Osma se le quitó al de Tarazona todo lo que tenia hasta el Duero, y para contentar al de Tarazona se le dió á éste el arcedianado de Calatayud con los 70 pueblos de su territorio y comunidad. Un legado pontificio benévolo, y condescendiente con las cosas del Rey D. Alonso VII, que por algo era sobrino del Papa, bendijo y sancionó aquel desarreglado arreglo, que hasta hoy dia dura, gracias á la difícilísima facilidad de hacer el arreglo de diócesis, que probablemente no se hará jamás, perdida la ocasion de haberlo hecho cuando pudo y debió hacerse.

Hecho el arreglo desarreglado de las diócesis de Osma, Sigüenza y Tarazona, á gusto de los tres obispos, y mucho disgusto del obispo de Zaragoza, todavía no se acabaron los pleitos. El de Sigüenza se quedó con la jurisdiccion de Ariza y otros pueblos rayanos: al de Tarazona, que habia tenido de territorio jurisdiccional hasta el Duero, se le dejó una diócesis informe y de *trifin*, pues á dos leguas de su palacio tenia ya en Monteagudo la raya de Navarra, y allí á Cascante, Cintruénigo y Corella, con Tudela y su hostil abad y cabildo, y por el otro lado, y á igual distancia, las poblaciones castellanas de Agreda y Alfaro, á veces

(1) El decir que esto lo han hecho otros conquistadores no es razon suficiente, ni en el terreno de la moral, ni en el de la razon, ni en el de la religion, ni en el del derecho internacional.

enemigas de Tarazona en las luchas entre los Reyes de Aragon y Castilla. De aquí un obispado de difícilísimo manejo, como reconocia y declaró Felipe II.

Y en efecto, á cosa de una legua de Agreda y dos de Tarazona, en la falda occidental del Moncayo, hay un paraje llamado el *Campillo Susano, trifin* (1), ó confin de los reinos de Aragon, Castilla y Navarra. Allí se reunieron varias veces los Reyes de aquellas tres monarquías para celebrar paces ó treguas, y áun algun Rey de Francia, cuando Navarra dependia de aquel país. Y la tradicion designa allí el paraje de convergencia de los tres confines, donde se tuvo el convite, de modo que los tres comieron á una mesa y cada uno de ellos estaba dentro de su reino. Bello asunto para un cuadro histórico (2).

Sabido es el modo con que se terminaron aquellas cuestiones de ocupacion de territorios y frontera. Despues de algunas tentativas para reunir las coronas de Aragon y Navarra, adoptando D. Ramiro á su sobrino el Navarro, no lograron éstos entenderse; pues á D. Alonso no le convenia ese acuerdo, ni que se volviera á unificar la corona del Pirineo, sino tener al Navarro casi por súbdito suyo, *miles suos*, como decia la Crónica toledana. Concedió á su cuñado D. Ramon Berenguer, futuro marido de la niña doña Petronila, Reina de Aragon, las ciudades de Zaragoza, Calatayud y Daroca, en honor, y con cierta especie de vasallaje, y obligacion de tener alzado el estoque del Rey de Castilla, mientras éste se coronase (3).

Cuando doña Petronila llegó á su mayor edad, se negó á reconocer aquel vasallaje, diciendo que preferia no tenerlas á tenerlas de aquel modo, y acusó á su marido de mal tutor. Alzóse el feudo por la asistencia que prestó el de Aragon al de Castilla al tiempo de la importante conquista de Cuenca.

Si vamos á creer testimonios que aduce el P. Moret, resulta que D. Alonso VII hizo tan poco caso de Zarago-

(1) Aunque generalmente se ha dicho *trifinio* de *trifinium*, no veo por qué no se ha de decir *trifin* como se dice *confin*.

(2) Para hacer esto me pidió datos un artista años pasados.

(3) La concesion se hizo al infante D. Ramon (despues Alonso II de Aragon), primogénito de D. Ramon y doña Petronila. *Rex autem videns bonam voluntatem avunenli sui Comitis supradicti* (D. Ramon Berenguer) *ex liberalitate sua et spontanea voluntate concedit et donat* Raimundo primogénito (despues Alonso el Casto), *filiu jam dicti Comitis Caesaraugustam et Calatayud España Sagrada*, págs. 40-49.



za, que se la regaló al Rey de Navarra muy de barato. Con lo mal ganado se puede ser rumboso á poca costa. D. García se titula Rey en Pamplona y Zaragoza, en 1135 (era 1173), titulándose ya Emperador D. Alonso (1). Lo extraño es que Zaragoza conserva todavía por armas el león rapante, que le dió D. Alonso VII, quitándole la divisa del castillo con la Cruz que le habia dado D. Alfonso el Batallador (2), cosa extraña, pues más afinidad tenia el castillo con Castilla, que no el león rapante. Pero es que Alonso VII, criado en Galicia, fué siempre más leonés que castellano, fuese por inclinacion, fuese por cálculo. Y es lo bueno que entretanto que él se metia á usurpar lo que no era suyo y afligir á los aragoneses, quitándoles fuerzas y territorio, y sembrando rencillas entre aragoneses y navarros para dominarlos mejor, y hacerse árbitro de sus destinos, dejaba que el portugués le minase el terreno; y éste, no sólo afianzaba su independencia, adelantaba sus conquistas y aumentaba su territorio, sino que, de acuerdo con los gallegos, que aspiraban á su autonomía, le fué haciendo *la obra de misericordia*, que hacia él en Aragon con D. Ramiro, pues llegó á apoderarse de Tuy y de otros territorios, con igual ó ménos derecho que el alegado para apoderarse de Zaragoza, Tudela, Calatayud y Daroca.

Negar á D. Alonso VII sus verdaderas glorias, seria temeridad é injusticia. Qué fué Emperador y magnánimo, que gozó de gran crédito en el extranjero (3), que fué gran bienhechor de la Iglesia en los últimos años de su vida, que avasalló á los moros de Córdoba, que ganó á Baeza y Almería, que enalteció el nombre español, que su nombre fué, es y será siempre grato, seria injusticia ocultarlo, y más que injusticia el negarlo. Pero tambien hizo en vida de su madre cosas vituperables, y no de buen hijo (4); ni

(1) En mi juicio la escritura citada es sospechosa; pues en 1131 no se titulaba Emperador todavía D. Alonso.

(2) Véase en Blancas.

(3) El preámbulo del *apreciable* poema de la conquista de Almería comienza con las palabras:

*Convenere duces Hispani Francigenaegne  
Per mare, per terras maurorum bella regnirunt  
Dux fuit imperii cunetorum Rex Toletani  
Hic Adefonsus erat nomen tenet Imperatoris.*

(4) Cuando los de Noe vieron á su padre desnudo, los buenos le cubrieron con una capa. No cubrió siempre D. Alonso VII la conducta de su madre.

fué limpio en su conducta moral: además hizo al final de su vida la torpeza de volver á separar á Leon de Castilla, y otras cosas, que la sana crítica ni aprueba ni calla.

Pero el que fuese un gran Monarca no le daba derecho á hallar justo para sí lo que habia hallado injusto en su padrastro, y aprovecharse de momentos angustiosos y difíciles para hacer valer la razon del más fuerte.

He creido conveniente detenerme en examinar ese pasaje oscuro de nuestra historia, porque creo que nuestros historiadores han pasado por él con demasiada ligereza y escaso acierto.

VICENTE DE LA FUENTE.

*(Concluirá en el número próximo.)*

---

## CONDICIONES FUNDAMENTALES

DE

# LOS EJÉRCITOS MODERNOS.

---

En todos tiempos exigió grandes vigili-  
as y cuidados la reunion y el impulso  
directivo de la gente de guerra; pero desde  
el establecimiento de los ejércitos perma-  
nentes, esta mision se fué complicando  
y haciendo más difícil. La necesidad de un  
lado, y de otro la experiencia de los mi-  
litares estudiosos, siguió imprimiéndoles  
sucesivamente un mecanismo más perfecto,  
y las victorias alcanzadas por el génio mi-  
litar de Cárlos XII de Suecia, Federico de  
Prusia y Napoleon I, dando á conocer nue-  
vas ideas y cubriéndoles de inmensa au-  
reola, les hicieron aparecer como predesti-  
nados á producir una revolucion completa  
en la ciencia y el arte de la guerra. Los  
años trascurridos desde cada una de dichas  
épocas, relativamente poco lejanas, aunque  
sean muchos respecto á las generaciones que  
hoy las contemplan, han dado ocasion al  
descubrimiento de horizontes mucho más  
extensos, que entónces nadie vislumbraba,  
y que ahora ya no sorprenden por los adelan-  
tos hechos en todos los ramos del saber hu-  
mano, y muy especialmente en las ciencias  
físico-matemáticas. Su aplicacion al orga-  
nismo de los ejércitos y á la manera de  
moverlos y emplearlos, ha venido á cambiar  
de un modo radical los principios que sir-  
vieron de norma á los mismos grandes ca-  
pitanes ya citados. La trasformacion es tan  
inmensa, que acaso fuera lícito dudar si,  
con los medios actuales, acertarian ellos,  
y sus contrarios les permitirian desplegar  
las relevantes condiciones que enaltecieron  
sus nombres, ó si, por el contrario, medi-  
ante éstas, y utilizando aquéllos, habrian  
conseguido realizar todos los ensueños de  
ambicion que en su mente acariciaran. Por-  
que no se pueden perder tampoco de vista  
las demás circunstancias que concurren para  
hacer doble-

mente complejos los problemas que obliga á resolver la actual organizacion militar. Las ideas modernas, cambiando en absoluto la índole de los hombres llamados al servicio de las armas, llevando á empuñarlas á muchos ilustrados y poseidos del espíritu de estos tiempos, reformando las costumbres de los pueblos, difundiendo por todas partes la blandura y tolerancia que nacen de la civilizacion y adquieren inconmensurable fuerza por los nuevos procedimientos de gobierno, hacen imposible el empleo de los que usaron entónces con tanto éxito aquellos esclarecidos generales, como condenan hoy sin remision los que más recientemente nosotros mismos hemos visto practicar labrando reputaciones militares, cuando en el dia darian resultados enteramente contraproducentes.

No pretendemos ofrecer novedades en estas someras consideraciones. Aparte de que hoy no es fácil empresa producirlas, aún para las más reconocidas ilustraciones, ni figuramos entre ellas ni nuestra conviccion ha podido variar desde que, por otros medios, hemos tenido motivo y oportunidad de hacerlas públicas. Mas nos contamos en el número de los que, por su categoría militar, tienen un deber que cumplir llamando la atencion de nuestros compatriotas sobre la inexcusable y urgente necesidad de implantar en el ejército todas las mejoras y modificaciones que imperiosamente reclama nuestra época: aspiramos á que la nacion española ocupe con dignidad en Europa el lugar á que está llamada por su posicion respecto á las demás potencias, por los elementos que posee y hasta por el histórico renombre de sus gloriosas armas: reconocemos como axiomático, y hoy más que nunca salta á la vista del mundo entero, que la importancia de cada país se halla en razon directa de los recursos militares de que dispone: abrigamos la grata esperanza, alimentada por el progresivo adelantamiento de España en los últimos años, de que reconcentrándonos para rehacernos, podremos recuperar el tiempo perdido y los tesoros derrochados en nuestras interminables y desdichadas revueltas interiores, desenvolviendo nuestra riqueza agrícola, comercial é industrial y entrando en el concierto de las demás naciones, siempre ávidas de ganar un puesto de preferencia. Y como poseemos el íntimo convencimiento de que, si nada de esto se oculta á los hombres importantes con que el país cuenta, ni tampoco á los que por su posicion militar ó política y por su capacidad intelectual, han consagrado de un modo especial su atencion al estudio de tan trascendental asunto, la verdadera opinion pública, el ánimo de la generalidad, no está suficientemente formado en este particu-

lar: y que, si tropezamos con la escasez de recursos en el presupuesto, tenemos que luchar con resistencias y dificultades, originadas en una parte por preocupaciones de escuelas políticas determinadas, y en otra más importante, poderosa y eficaz, por el desconocimiento que de la materia tiene la masa de la población y por falta de reflexivo exámen de muchos de los que pueden influir é influyen en sus creencias: todo ello concurre para que juzguemos indispensable y como ineludible obligación de conciencia, perseverar en una propaganda, que nunca pecará por demasiado insistente, y que ántes bien, no perjudicaria llegase en su actividad hasta ser condenada como alarmante, porque sólo en virtud de ella podrá lograrse infiltrar en todos nuestros compatriotas la persuasión que firmemente poseen hoy fuera de España, no ya las clases militares, sino la totalidad de los habitantes de todas las naciones, y con mayor viveza los de las que han podido sentir más de cerca los efectos favorables ó adversos de las organizaciones militares.

Verdad es que áun estas mismas, Alemania y Francia, necesitaron la demostración evidente de los hechos para que la primera pueda hoy vanagloriarse de sus inmarcesibles laureles por los inauditos triunfos alcanzados, y la segunda dolerse con amargura de los inmensos quebrantos sufridos en el mayor desastre que registra la historia militar moderna. En una y en otra nación los precedentes fueron idénticos, porque sus representantes se negaron con insistencia á votar los medios que sus respectivos Gobiernos les demandaban para la perfecta organización de sus ejércitos. Ya que tengamos que seguir sus pasos, aprovechemos con sereno juicio las lecciones de su experiencia, y si hoy no existe alemán que renuncie al derecho de ser partícipe en la inteligente prevision de haber sabido prepararse para alcanzar la grandeza de su patria, echando al olvido casi todos que en primer término la debieron á su soberano (1), ni francés que se excuse de lanzar las más acerbas censuras contra el Emperador Napoleon (2) y sus Gobiernos, que no supieron hacer otro

(1) Conocida es la firmeza y perseverancia con que el Rey Guillermo de Prusia y su primer ministro tuvieron que luchar para vencer las dificultades que opusieron una, otra y otra vez los representantes del país, que negaban los recursos necesarios para completar la organización de su ejército, á pesar de que desde la paz de Tilssit, y durante más de cincuenta años, venia siendo la privilegiada preocupacion y objeto de los desvelos de todos los Gobiernos y de todo el pueblo prusiano.

(2) Nadie desconoce ni niega ahora que Napoleon III emprendió la guerra obligado por las circunstancias á jugar un albur que salvase su dinastía, aunque no tiene tan

tanto y precaver la desconsoladora decepcion de ver destrozados y prisioneros sus ejércitos, aún cuando acaso muchos de los mismos alemanes y franceses que así se expresan hoy, formaban entónces coro ensalzando á los que en sus respectivos Parlamentos inutilizaban el estudio y los esfuerzos hechos para la reorganizacion militar preconcebida por los que tenian la mision de proponerla, trabajemos todos para conseguir que en el ánimo de los españoles arraigue el convencimiento vehemente y profundo de que sólo al abrigo de un ejército moral y materialmente bien constituido pueden realizarse los ideales de verdadero progreso, de aumento de riqueza, de reposo y seguridad interior, de consideracion y respeto exterior, de influencia en el mundo cual la poseyeron nuestros antepasados, y de verdadera grandeza nacional á que todos aspiramos. Puesto que el destino ha hecho que tengamos que marchar más atrasados, utilicemos las valiosas enseñanzas de que hemos sido testigos, y la inmensa ventaja de economizar los gravosos dispendios hechos por los que se nos han anticipado hasta llegar á su estado presente; y en suma, resolvámonos á ponernos *á la moda*, aunque con las modificaciones que requiere la especialidad de nuestras condiciones, porque *esta moda* la imponen causas mucho más potentes é irresistibles que el capricho y la aficion personal á uno ú otro sistema.

Preciso se hace reconocer y confesar que *esta moda* requiere sacrificios de todo género, y que, en verdad, no halaga á los sentimientos populares en lo que éstos tienen de inconscientes y superficiales; mas la cuestion queda reducida á los sencillos términos de ser ó no ser, como acaba de decirlo un ilustrado escritor militar, y á la desconsoladora é imprudente imprevision de aventurarse á expiarlo á dura costa, si se optase por el segundo término.

En el estado de Europa y del mundo, España habria hecho un descubrimiento que nadie dejaria de envidiarle, si, gustando del disfrute de todas las ventajas de la civilizacion moderna, y prometiéndose adelantos y prosperidad, cuyas ventajas toca ya, y alcanzará sin duda en mayor escala mediante la tranquilidad y el trabajo, hubiera de eximirse de los inconvenientes producidos por la misma civilizacion, y quedara libre de imponerse los propios gravámenes que el impe-

---

fácil explicacion el que su ejército careciese de la preparacion necesaria para la lucha que debia sostener. El mariscal Niel, que lo comprendia, intentó remediarlo, como ministro de la Guerra; pero el Cuerpo legislativo le negó los recursos que para ello reclamaba.

rio de las circunstancias tiene consentidos y consagrados en los demás países. La paz, el orden y la riqueza en sus diversas manifestaciones, obtenidas de balde, ó á muy corto esfuerzo, nos aproximaria bastante al goce de un paraiso; pero no es la España del último tercio del siglo XIX la que puede producir tan milagrosa bienandanza. Si en ella vivimos y hemos de seguir figurando, si nuestra voz ha de ser oída, nuestro derecho atendido y nuestro pabellon respetado, esto no lo alcanzaremos sino haciéndonos dignos de su consideracion y asegurándonos de poseerla, empezando para ello por presentarles, como fiador de nuestra firme voluntad, un ejército organizado de manera que sea capaz de hacer frente á las eventualidades del porvenir.

## DISCIPLINA.

### I.

Varias, y no fáciles de improvisar, son las condiciones que esto exige. Figura como de las más esenciales y en primer término la *disciplina*, cual ha sucedido siempre; pero tomadas en cuenta las nuevas circunstancias, que á la ligera hemos bosquejado, la disciplina de nuestro tiempo requiere resortes y engranajes mucho más sutiles y al par más resistentes que los empleados en épocas anteriores. Alma de los elementos armados, así ha de abrazar y combinar la severidad de los preceptos y la sancion penal aplicable á los que incurran en su quebrantamiento, como debe conciliar el culto casi idólatra de los principios y de las reglas en que se basan el más delicado sentimiento del *honor* y el incesante anhelo del cumplimiento estricto, al par que gustoso, del *deber*, con el espíritu de tolerancia y hasta de indiferencia, ya que no llegue al desvío, hácia el descreimiento y los apetitos materialistas, tan fuertes ya, y que empujan por serlo más, de la sociedad contemporánea. Esta lucha, siquiera sea sorda y hasta inadvertida para algunos, no puede menos de sostenerse, cuando sus gérmenes son antitéticos; pero nuestro primer interés consiste en poseer la seguridad de que los lazos de la disciplina presten absoluta confianza de no salir relajados de aquélla. Lejos de correr semejante riesgo, ha de esperarse á que la fuerza armada, consagrada al culto arriba mencionado, en galardón

de su sacrificio y como prenda de la justicia que haya de aplicarse al juzgar su comportamiento, pueda contar con que la opinión pública llegue hasta reprobarnos inexorablemente el olvido ó menosprecio por cualquiera que vista el uniforme de lo que constituye el nervio y la esencia de la carrera militar, hasta elevarla al concepto de una austera religión. En ninguna época tanto como en la que atravesamos han necesitado los pueblos que sus ejércitos se ciñan exclusivamente á su espinosa misión, se mantengan alejados de las agitaciones políticas, sean el inquebrantable sosten de la civilización y cultura, garanticen á los ciudadanos la posesión y el ejercicio pacífico de sus derechos, formen por último el valladar que defienda y asegure la fiel observancia de las leyes. Sólo una disciplina bien cimentada ofrece estos resultados.

La disciplina para ser perfecta tiene que descansar en la interior satisfacción, tan sábiamente recomendada por nuestras Ordenanzas: lo cual significa la tranquilidad que en su ánimo conviene tengan todas las clases de que si la ley militar las sujeta á estrechas obligaciones, también les mantiene á su turno en el goce de todos los derechos por la misma declarados. Si es innata en la humanidad la aspiración á mejorar, la ley militar no podía olvidarlo, y por esto, ántes que prohibirla, la recomienda, limitando sólo la ambición á que sea *honrada*.

Por esto, los ascensos ordinarios, producidos por el movimiento natural en toda colectividad humana, y las recompensas ó premios por actos meritorios y servicios dignos de loa, han sido y serán siempre objetos de especial atención para todos los Gobiernos. No escribimos ahora sobre tan graves materias, que requieren profunda meditación: sólo enunciamos aquí la necesidad de que, al tratarlas, todo sea tomado en debida consideración, por el íntimo enlace que tiene con la indisciplina, y sobre todo en España por causas que nos son peculiares. Reflexionemos, por tanto, algunos momentos sobre el exceso de personal que, al entrar en períodos de paz, nos hemos encontrado como abrumador legado de las guerras.

Sin remontarnos á tiempos más lejanos, cuyo estudio nos facilitaría datos curiosísimos, por lo mismo que para nosotros las empresas militares fueron por muchos años y aún siglos un estado normal, fijémonos momentáneamente en el siglo actual. Se olvida por lo común que nuestros padres, desde fines del siglo XVIII, asistieron á las guerras contra los ingleses y la primera república fran-



cesa, para emprender poco despues la de la Independencia, y sostenerla en nuestras posesiones del inmenso continente americano: que, con intervalo de muy pocos años de paz, empezaron nuestras convulsiones y luchas intestinas desde 1820 á 1823: que con chispazos de insurreccion en 1825, 1827 y 1830, dió principio en 1833 la guerra civil, que duró siete años: que nuevos trastornos y luchas en 1841, 42, 43, 46, 48 y 54 perturbaron al país y al ejército: que en 1860 acometimos nuestra guerra de Africa, poco despues la de Santo Domingo, y la expedicion á Méjico (1), y que, sin el tiempo preciso para borrar las tristes huellas de tantos acia-gos sucesos vino la revolucion de 1868, y como su secuela, tres guerras civiles, alguna de las cuales (Cuba) ha durado cerca de once años.

¿Hay español que ignore las innumerables creaciones de personal militar que los Gobiernos se han visto obligados á improvisar para hacer frente á las dificultades que le salian al paso? Todos reconocemos la precision de entrar en la normalidad, para lo cual se ha trabajado por unos y otros con resultados que nos parecerian imposibles si comparásemos las cifras de dichas creaciones con la amortizacion obtenida por la destructora accion del tiempo, que, en períodos de muy cortos años, ha ido haciendo desaparecer numerosas generaciones. Sentimos no tener á la mano los datos indispensables para formular unas tablas demostrativas de ello, y cuyos guarismos nos asombrarian de seguro.

A pesar de esto, todavía hoy tenemos un sobrante en casi todas las clases del ejército, y para llegar á la normalidad no hay otro recurso que seguir amortizándolo, ó lo que es lo mismo, privando del ascenso á una buena parte de los que legalmente los obtendrian para cubrir las bajas causadas por defunciones, inutilidad, retiros, separaciones ó abandono de la carrera, etc., etc., y sin embargo, no falta quien, sin parar mientes en el legítimo interés ajeno, sostenga todavía que la amortizacion no es bastante activa, y que aún con- vendria suspender en absoluto el ascenso hasta que se alcance en definitiva hacerle innecesario. Ante la enormidad de poner en olvido todos los derechos respetabilísimos que semejante medida atropella-

(1) No mencionamos la expedicion al Pacífico en que sólo obró la marina sin tropas del ejército, ni tampoco otros varios acontecimientos de corta duracion, como los de 1855 en Aragon, 1857 y 1861 en Andalucía y 1867 en las provincias de Huesca y Cataluña.

ria, y sin que dejemos pasar como olvidados los que no puede ménos de lastimar el sistema vigente, aunque establecido por la ley é impuesto por la necesidad, todavía más dura é imperiosa, sobre todo los referentes á retiros, viudedades y orfandades, nos concretaremos á preguntar: esas mismas guerras y trastornos ¿no han aumentado considerablemente en muchos miles de millones la Deuda del Estado? Interesando en gran manera á la nacion extinguir dicha Deuda, ¿no fuera acertado, ya que sea imposible suprimir las necesidades de la vida, reducir las de todos los españoles á lo meramente preciso para subsistir, y aplicar el producto de su trabajo, de sus propiedades y rentas á la desaparicion de la Deuda? Pues si absurdo fuera este pensamiento, tan injusto é impracticable es el de paralizar en absoluto los ascensos del ejército á costa de la generacion actual, con la mira de conseguir rápidamente que las venideras vivan desahogadas. El factor tiempo tiene que entrar por una buena parte en estas operaciones.

## II.

Bien se ve que si tocamos esta materia es por su inevitable conexion con la disciplina, que se cimenta en gran manera con la eficazísima accion de los resortes por que se mueve la especie humana: el premio y el castigo. Sólo el amor á la gloria, combinado con la esperanza de realizar justas aspiraciones y la recompensa de hechos meritorios, á veces heróicos, llevan al hombre al sacrificio de su existencia y al olvido y abandono de sus más caras afecciones del corazon. Cuando de recompensas militares se trata, vá haciéndose muy comun oír el eco del espíritu mercantil de nuestro tiempo, y en alguna ocasion lo hemos escuchado en los labios de autorizados hombres de guerra. Deben suprimirse los ascensos, hasta por mérito de guerra, se dice: una cruz en primer término, y una pension sobre ella, aumentada sucesivamente, son los premios que deben concederse; como si los hombres en general, y los espíritus levantados y excepcionales muy particularmente, hubieran de satisfacerse con sólo un alimento material, ó con el dinero para comprarlo y para vivir con mayor suma de comodidades. Y al discurrir así, nos olvidamos de nosotros mismos y de lo que hemos tocado y sucede en todas partes: además, prescindimos completamente de la historia, y lo que es todavía peor, de la conveniencia de la patria. Puede ser á ésta in-

diferente el porvenir de las individualidades, con tal que haya establecido un método ordenado y justo para que todas vayan ascendiendo sin motivos de fundado agravio; pero no es tan evidente para nosotros que haya de privarse de procedimientos que le permitan utilizar en provecho de todos, y del supremo interés de la nación, el genio y las cualidades que hacen sobresalir á ciertas criaturas en todas las agrupaciones humanas, y en virtud de las cuales rebasan el nivel comun y se ostentan como notabilidades. Concedemos que el procedimiento aludido deba estar muy meditado, y la suma importancia de impedir su falseamiento y asegurarse de su recta aplicación, como que sólo mediante tales precauciones se puede esperar que alcance el asentimiento de la opinion y sirva de estímulo para que aquéllos encuentren imitadores. El subalterno de artillería Napoleón Bonaparte no habria llegado á salvar á la Francia si los ascensos se hubiesen ajustado al movimiento regular de la escala de su cuerpo: los mariscales no le habrian ayudado en hacinar laureles para sus águilas estando sujetos al acompasado ascenso por antigüedad: los nombres de Castaños, Espartero, Valdés, Cauterac, Morillo, O'Donnell, Leon, marqués del Duero, y otros, no habrian alcanzado el alto nombre con que ilustran nuestra historia militar en ambos hemisferios, si sus grandes servicios á la patria no hubiesen merecido más adelantos que los correspondientes al movimiento normal de sus escalafones respectivos.

### III.

Una tercera circunstancia coadyuva á que la *disciplina* sea perfecta. No basta hoy la autoridad conferida por el poder público para hacer natural y sencilla la dependencia que el inferior tiene del superior: la ley la otorga, conforme á los reglamentos en que se desarrolla el espíritu y el objeto que la dictaron, y su observancia se halla asegurada por la penalidad impuesta al que la quebranta; pero la obediencia debida se alcanza y se mantiene de un modo más suave y completo cuando el superior al exigirla reúne á dicha autoridad la fuerza moral que es resultado de un caudal de instrucción aquilatada por la experiencia, y con el prestigio que siempre proporciona el ejemplo ofrecido durante una serie de años, si en ellos se ha hecho pasar por el tamiz de costosas pruebas la fé en la virtualidad de los principios verdaderamente militares: el interés

asíduo é incesante por mejorar la asistencia y el buen trato de sus subordinados en todos los actos del servicio, y por disminuir ó atenuar siquiera en cierto modo, y en la medida posible, las fatigas y sufrimientos que los mismos irrogan: el ejemplo de resignacion y aún de contento con que el superior sepa soportarlos, es un poderoso talisman para comunicar la una y el otro á cuantos le obedecen: las formas dignas y circunspectas en el mando no significan la brusca aspereza ni los arranques del mal humor, y tiene irresistibles atractivos para el que ha de cumplir lo preceptuado; la solicitud paciente en escuchar las quejas del inferior imprimen un carácter de apadrinadora proteccion al que ha de fallar sobre ellas, aún cuando la justicia no le permita atender á las infundadas y hasta le precise á corregir al que sin razon las produzca. Hoy es de primordial interés cuanto pueda contribuir á enaltecer en este sentido de prestigio del superior. Hecerse amar, al par que respetar, debe ser su primer cuidado y anhelo, sacrificando para ello su reposo y comodidad, fiando sólo á la severidad, á la correccion y al castigo el remedio de las faltas siempre como el último recurso, con tal que nunca sirva de tal la debilidad, que bien pronto aciertan á medir con exactitud los que la cometen.

En resúmen: sólo el honor y el deber inspiran á los que mandan y á los que obedecen espíritu noble y generoso: la justicia y la seguridad de llenar una legítima ambicion son las fuentes que fecundan el contento y la interior satisfaccion: la mayor inteligencia, la aplicacion como enseñanza y modelo, las maneras atentas y decorosas, la frase culta y comedida son las que dan prestigio y autoridad moral sobre los subordinados y granjean al superior su consideracion, su estimacion y hasta su cariño.

#### IV.

Cuanto dejamos expuesto se halla condensado y reasumido en la sábia filosofía de nuestras Ordenanzas: estudiando su letra y su espíritu se obtienen á poco coste estas y otras interesantes deducciones; pero no es frecuente que todos consagren su imaginacion y su tiempo á este trabajo, ni la necesidad de hacer sus comentarios era en los tiempos pasados tan patente como en los actuales, ni los peligros de olvidarlos y de que la disciplina no se halle ajustada á ellos se ofrecian tan de bulto como ahora.

Por lo mismo que hoy asistimos á espectáculos en que las distintas naciones no siempre ajustan sus cálculos y su proceder en las relaciones recíprocas á normas que en lo pasado ofrecían mayor protección al débil contra el poderoso; por lo mismo que vamos acostumbrándonos á que el derecho público acabe á menudo por sancionar lo que los más fuertes llaman de más general conveniencia, aunque lo sea únicamente á sus aspiraciones particulares, no echemos al olvido que hasta en los medios para realizar tamañas injusticias la opinion se muestra cada vez más exigente, quizás en unos casos por escrúpulos que se procura ocultar la hipocresía, ó acaso por mera crítica con que en otros se trata de enmascarar una emulación innoble, pero vituperando en todos la conducta de las tropas que dan muestra de escasa ó débil disciplina. Los recientes sucesos de Argelia, consecuencia de la expedición francesa á Túnez, y en particular el desembarco y toma de Sfax, presentan un palpitante ejemplo de todo lo que acabamos de enunciar: el ejército de la nación vecina no ha levantado allí ciertamente la reputación y el crédito de su disciplina, y tenga por seguro que este peligroso síntoma no ha de pasar inadvertido en el mundo militar, ni dejará de ser tomado en cuenta por los que tengan interés en estudiarlo, cual palpitaciones que revelan su espíritu íntimo.

Jamás hubo tropas sólidas cuando la disciplina no les presta esta condición: el recuerdo de glorias pasadas, el más brillante valor personal, todo será insuficiente para mantenerlas con la cohesión y con la serenidad que requieren los trances espinosos de la guerra y el momento, necesariamente crítico, de acometer empresas peligrosas. La historia de todos los tiempos lo tenía así consagrado: los numerosos ejércitos empeñados en la campaña franco-prusiana presentaron nuevas demostraciones de estas irrecusables verdades. Penoso y mortificante ha sido y será siempre para un gran pueblo el desprestigio de las armas: con éste vienen constantemente aparejadas las exacciones y los menoscabos que el vencedor impone, ya para satisfacer su ambición, ya siquiera para compensar los sacrificios hechos con la mira de obtener la victoria. No se olvide, por tanto, que la imprevisión en materias militares se expía ántes duramente, y obliga despues á esfuerzos mucho más extraordinarios y violentos que los que hubiera sido preciso hacer si á tiempo se hubieran medido bien los riesgos á que se estaba expuesto. Ya lo dejamos dicho: la disciplina es la primera condición que todo Gobierno serio y sensato ha de consolidar en sus tropas: en nuestros días hay que

fundarla en la convicción ántes que en el temor, y estimularla por ventajas que levanten el espíritu á regiones en que la gloria y las ideas nobles y generosas son los verdaderos y más seguros acicates. Los hombres que forman en las filas de los ejércitos necesitan aprender, ante todo, que el interés de la patria comun exige cumplan para con ella los deberes del soldado, incompatibles con los derechos del ciudadano, y casi siempre contrarios á las costumbres, á las comodidades y á la independenciã de la vida civil. Harto se ha evidenciado que la riqueza y el bienestar no son los mejores consejeros para enardecer el patriotismo.

Nos hemos extendido más acaso de lo que debiamos, y desde luego excediéndonos de lo que nos propusimos al empezar estas consideraciones; pero tratábamos un asunto cuya trascendencia no suele ser bien graduada ni áun por personas de ilustracion y rectitud, que extrañas á la carrera y desconociendo el pormenor de sus interioridades, á veces pretenden aplicar á los ejércitos ideas muy bellas y que gozan hoy de gran boga en el mundo, y hasta empujan á los Gobiernos á implantarlas en los elementos militares. Si alguno, dócil á tales insinuaciones, cediera ó hubiese cedido á ellas, cuente con la seguridad de que amargos y costosísimos desengaños habrian de imponerle un desconsolador y tardío arrepentimiento.

Hemos expuesto nuestras creencias respecto á disciplina con insistencia prolija, y áun á riesgo de fatigar al lector, por lo mismo que emanan del fondo de nuestra convicción y que las reputamos ajenas á toda mira egoista ni circunstancial. El país necesita saturarse en lo que tanto le importa, y cerciorarse de que la organizacion de nuestro ejército es una de las cuestiones, si no la primera, que debe ponerse á cubierto de las mutaciones y cambios ocasionados por la política: el nombre de los ministros y sus ideas respecto á ésta, tienen que ser ajenos é indiferentes, si para lograr la primera se formulan proyectos bien meditados, y con perseverancia se procura irlos planteando y desarrollando.

Trataremos por separado las demás condiciones que á nuestro juicio es de imprescindible urgencia concurran á realizarlo.

EL MARQUÉS DE FUENTEFIEL.

## CONVERSACIONES CONMIGO MISMO.

### I.

—Tú, me digo, íntimo amigo mio, que posees todos mis secretos, que me acompañas á todas partes, que participas de mis inquietudes lo mismo que de mis satisfacciones; tú, siempre tan indulgente con mis debilidades, y tan admirador de mis méritos; vamos, hablemos con franqueza: ¿es verdad que quieres ser libre?

—Sí, compañero constante de mi vida, sér inseparable de mí, sér, sombra de mi sombra, voz de mi voz, pensamiento de mi pensamiento, no he de ocultártelo: todo me dice que debo ser libre; ¿por qué no he de serlo?

—¿Todo?

—Sí, la luz que veo, el aire que respiro, la naturaleza en que vivo, la razon con que discurro; lo impone mi deseo, mi voluntad lo exige.

—Y bien, ¿lo eres?

—Sí, puesto que quiero serlo; la libertad es mi propio, mi natural elemento.

—Prosigue.

—No siendo libre, me parece que no soy hombre.

—Muy bien; pero es el caso, que desde el primer momento en que te declaras libre, tu actividad se pone en movimiento; vas, vienes, subes, bajas, entras y sales; deseas, amas y aborreces; tu propia libertad parece que se complace en encadenarte, y acaba por hacerte esclavo de tus mismos apetitos.

—¡Imposible! ¡Paradoja! Yo no puedo ser esclavo de mí mismo: eso implica contradicción, eso es absurdo.

—Pues no hay escape, y estás cogido en la red de tí mismo. La razon que enaltece sujeta el desorden de tus pensamientos, y

el deber que te enaltece, reprime la libertad de tus acciones. Si te emancipas de ese doble yugo, caerás necesariamente en la servidumbre de tus pasiones, de tus vicios, de tus errores: tres tiranías.

—Puedo elegir, y ése es de mi libertad el testimonio irrecusable.

—Cierto; puedes elegir tu esclavitud; puedes someterte al imperio de tus deberes, ó á la tiranía de tus deseos. Elige.

—Sofisma. El hecho evidente, incontestable, es que yo he nacido libre.

—No tanto, amigo mio. Oyeme: ¿comprendes la libertad sin responsabilidad?

—No.

—Pues bien; ¿no es la responsabilidad la limitacion permanente, constante, asídúa de la libertad que se nos ha concedido?

—Algo hay de eso.

—Además, viniste al mundo como cada hijo de vecino, sin comértelo ni bebértelo, por los ocultos caminos de la naturaleza, y guiado por la mano invisible de la Providencia, que no tuvo necesidad de tu consentimiento para plantarte en medio del arroyo de la vida. Viniste al mundo como vienen todos: llorando.

—No lo sé; ignoro las circunstancias particulares de mi nacimiento. Lloré al nacer. Y bien, ¿no lloran todos los que nacen?

—Eso es; todos lloramos al nacer. Si es posible traducir esos primeros gemidos de la vida humana, habria que dar forma á este tristísimo pensamiento: «¡Ah, yo no quisiera haber nacido!» Abrimos los ojos y no vemos; queremos andar y nuestros pies débiles se niegan á sostenernos; tendemos las manos á todo lo que nos rodea, y todo lo que nos rodea se aleja ó se escapa de nuestras manos; queremos hablar y la lengua se niega á pronunciar las palabras, y rompemos en llorar, como si el dolor fuese nuestro único lenguaje. No te encojas de hombros, porque si lo que te digo no es una novedad que debe sorprenderte, es en cambio un misterio que debe confundirte.

## II.

—Sigue, sigue. Me tienes acostumbrado á los abandonos de tu movilidad, porque tú eres mi fantasía, la parte volátil de mi espí-



ritu, la parte vagamunda de mi razon, la parte aventurera de mi pensamiento.

—Pues bien, escucha: Aún no hablas, aún no andas, aún no piensas, y sólo durmiendo se te ve sonreír. Parece que necesitamos cerrar los ojos para encontrar en las oscuridades del sueño los resplandores de la alegría; parece, á la vez, que el sueño, compadecido de nuestra inocencia, nos engaña, haciéndonos creer que todavía no hemos nacido. Despiertos levantamos los ojos al cielo, como si nuestras miradas huyesen de la tierra: el cielo es lo primero que distinguen nuestros ojos, y lo primero que acierta á comprender nuestra alma. Para dormir á un niño hay que mecerlo; hay que hacerle creer que vuela, que flota, que se escapa de la tierra; hay que cantarle, hay que hacerle oír armonías desconocidas, cantos ignorados, notas lejanas, como recuerdos de músicas alguna vez oídas. En el regazo de la madre está el secreto de ese misterio; sus brazos incansables acallan al niño que llora; sus cantos hacen dormir al niño que padece. No encontrarás sobre la tierra desamparo semejante al del niño que no encuentre una voz que le cante y un regazo que le columpie.

—Muy bien: vuelas á tu gusto por los espacios imaginarios; pero ¿á dónde vas á parar? ¿Qué quieres decirme con todo eso?

—Quiero decirte, que así empezamos á ser libres.

—Sea; pero entónces no somos más que embriones humanos. Despues mis plantas se afirman, mis brazos se robustecen, mis ojos distinguen, mi lengua habla, mi inteligencia piensa; los deseos me animan, la razon discurre y la voluntad quiere.

—¿Sí?

—Sí.

—Pues mira, ello es que entras en el mundo como en un encierro, que lloras como el desterrado fuera de su patria, y que buscas en los brazos de tu madre la cadena que te sujeta, y á la vez te sustenta en la vida. Despues tus plantas vacilan sobre la tierra, tus brazos se cansan y desfallecen, tus ojos se deslumbran, tus labios balbucean palabras cuyo sentido ignoras, tu inteligencia se ofusca, tus deseos se contradicen, tu razon duda, y tu voluntad se detiene indecisa sin saber á punto fijo lo que quiere. Así el em-  
brion entra á ser hombre, así el hombre empieza á ser libre. Pretende poderlo todo, saberlo todo, poseerlo todo.

—¿Y bien?

—Nada. Ya escaló la prision de la cuna, limó poco á poco la ca-

dena que le sujetaba al regazo de su madre; desató uno por uno los lazos que le detenían en el seno de la familia; ha conseguido la llave de la puerta que nos retiene dentro de la cárcel de la casa; se ha emancipado, en fin, del dominio del padre; ya no pesa sobre su cabeza el yugo de la patria potestad. Es libre. ¡Oh! ¡Vaya si es libre!

—Eso es, ha entrado en posesión de sí mismo; se pertenece como cosa propia. Ya es hombre hecho y derecho; sabe, y además puede, y además quiere. ¿Qué le falta para ser completamente libre? Contesta.

### III.

—Tú tienes un nombre, ilustre ú oscuro, tú tienes un nombre.

—Cierto.

—¡Un nombre! ¿Sabes lo que es eso?

—Sin duda, una designación por medio de la cual nos distinguimos unos de otros.

—¿No se te ocurre que pueda tener más significación que esa?

—¿Qué otra podemos concederle?

—Un nombre no significa sólo un hombre, significa una familia, una ascendencia. Tu nombre tú lo llevas; pero el nombre es de tu familia. Tu padre lo recibió en depósito, y en depósito te lo ha confiado á tí, para que á tu vez lo deposites tú en tus hijos.

—Perfectamente: lo recibo, lo tomo y lo dejo. ¿Es un mayorazgo?

—Viene á serlo, porque tú no puedes derrochar ese nombre, no puedes dilapidarlo, no puedes envilecerlo sin deshonorar, sin infamar á tu familia.

—Acaba de explicarte.

—Ese nombre sale en pos de tí, como un espía de tus acciones, desde el momento mismo en que sales del sosegado recinto de la casa, del dulce calor de la familia. Es la primera tiranía que se te impone al poner los pies en la calle de tu libertad. Si puedo decirlo así, es el primer eslabón de la cadena que vas á arrastrar en el curso de tu vida. Vé de qué manera empiezas á ser libre.

—Claro está que el nombre impone obligaciones; pero no se trata de eso: se trata sencillamente de la libertad propiamente dicha, de esa libertad que nadie tiene derecho á quitarme, cuyo ejercicio nadie puede impedirme, porque nadie ejerce jurisdicción dentro de

mí mismo, dentro de los dominios de mi voluntad independiente. Esto no tiene vuelta de hoja.

—¿Estás seguro de lo que dices?

—¡Oh! Muy seguro.

—¿Sí?

—Sí.

—Veamos.

—Veamos.

—Ante todo, ¿de qué libertad se trata?

—De la libertad fundamental, de aquella que constituye la independencia del sér humano.

—¿Tiene esa libertad algun nombre que especialmente la determine?

—Sin duda.

—¿Cómo, pues, se llama en el lenguaje de los hombres?

—Se llama libertad del pensamiento. ¿Qué tienes que replicarme? Estás vencido.

#### IV.

—Muy bien; pero vamos á cuentas. ¿Qué es pensamiento?

—Es, sencillamente dicho, la potencia ó facultad de pensar, y pensar es discurrir, reflexionar...

—Perfectamente, si convenimos en que discurrir es buscar la verdad de alguna cosa.

—Cierto.

—De manera, que el pensamiento tiene delante un camino abierto por donde lo guia la razon y lo conduce la lógica. Ahora bien; ¿qué es razon?

—¡Toma! ¡Toma! Razon significa relacion de una cosa con otra, de un juicio con otro.

—O lo que es lo mismo: sucesion que obliga, cadena que sujeta, tiranía que esclaviza. Viene á ser la ley necesaria del pensamiento. Y bien, ¿qué es lógica?

—¡Pues no preguntas tú poco! Lógica es, ni más ni ménos, que el conjunto de reglas que dirigen el entendimiento en busca de la verdad. Arte en cuanto establece reglas; ciencia en cuanto dá razon de las reglas que establece.

—Convenido; mas yo digo ahora: si la razon te obliga á encadenar tus juicios deduciendo uno de otro en rigurosa sucesion; si

la lógica te impone reglas precisas, que no puede eludir tu voluntad sin incurrir en locura; si la verdad misma se te coloca delante como término final de tu discurso, ¿cómo puedes decir seriamente que tu pensamiento es libre?

—Reconozco la influencia de esos tres poderes, que, gracias á ciertas condescendencias, todavía se pretende mantener en pie, reduciendo al hombre á creer lo que dicta la razón, lo que dicta la lógica, lo que dicta la verdad. Pero á pesar de esa triple dictadura, mi pensamiento es libre, aunque todavía no se haya gritado resueltamente «abajo la razón,» «abajo la lógica,» «abajo la verdad;» porque, echés por donde quieras, siempre me queda á mí el derecho de elegir entre lo verdadero y lo falso, lo lógico y lo absurdo, lo razonable y lo insensato.

—Ni ese recurso te queda, á no ser que renuncies á tu derecho de sér racional, en cuyo caso disfrutarás, sin duda, la ignominiosa libertad concedida por la naturaleza á la bestia salvaje.

—Entónces dime tú, compañero insoportable de mi vida, espíritu gruñón, que por todas partes me sigues, espía implacable de mi pensamiento y testigo constante de mis acciones, ¿qué me queda de mi libre albedrío?

—Te queda eso: la facultad de optar entre ser hombre ó ser bestia, entre el bien y el mal, entre la virtud y el vicio, entre el error y la verdad.

—No; yo no puedo aceptar semejante esclavitud. Si mi pensamiento no es completamente libre, yo soy necesariamente esclavo. Porque, vamos á cuentas: lo que se quiere es, por lo comun, lo contrario de lo que se debe: si estoy obligado á pensar lo que debo, ¿cómo puedo pensar lo que quiero? Y si no pienso lo que quiero, ¿cómo puedo pensar libremente? O la libertad de mi pensamiento es una vana fórmula, ó yo he conquistado el derecho de volverme loco. Siendo el pensamiento libre, las acciones no deben ser esclavas; mis actos son hijos legítimos de mis pensamientos; y no es posible que se haya decretado la libertad de mi sér para tener el raro capricho de atarme las manos. Poder pensarlo todo y no poder hacer nada, es un suplicio más cruel que el de Tántalo. Mi pensamiento, en uso de su ingénita libertad, prescinde de la razón que le molesta, de la lógica que lo contradice, de la verdad que se le impone. Del mismo modo mis acciones se burlarán de todas las leyes humanas. En conclusion, soy libre.

## V.

—Corriente; pero te queda otra esclavitud. Despues de haberte burlado de la verdad, de la razon y de la lógica, tu propia naturaleza se reirá de tí mismo.

—¿Dónde?

—Aquí, allí, más léjos, más cerca, en todas partes.

—¿Cómo sucede eso?

—Como sucede siempre.

—Explícate.

—Un dia doblas la esquina de una calle.

—Eso lo hago yo muchas veces al dia.

—Y ves manos á boca un semblante pálido ó sonrosado.

—Es lo mismo; sigue.

—Triste ó risueño.

—¡Qué más dá!

—Que por las raras combinaciones de una misteriosa fotografía se estampa en tus ojos.

—Puede.

—Es una mujer, una bella mujer.

—Entónces de seguro.

—Un ángel.

—Con que sea mujer me basta.

—La ves y exclamas: «¡Preciosa criatura!»

—Positivamente lo digo.

—Ella sigue su camino y tú la sigues con los ojos.

—Lo ménos.

—Y quieras que no quièras, te la llevas retratada en el cristal de tu imaginacion.

—¿Nada más?

—Pasan unos dias...

—¿Por qué me haces perder tanto tiempo?

—Y en un teatro, en un paseo, en un salon, ¡quién sabe! vuelves á verla y abres de par en par los ojos exclamando: ¡Es ella!

—Perfectamente. ¿Y quién es ella?

—La misma.

—¿Es decir, una mujer?

—No: una mujer es toda mujer, y *ella* es la única mujer. La

mujer es una cosa tan comun como el hombre, tan vulgar como la vida, tan ordinaria como la muerte; mas *ella* es precisamente todo lo contrario, es la mujer de quien decimos: no hay otra.

—¡Y qué!

—Que cuando el pensamiento del hombre toma la forma de una mujer, se apodera de tal modo del entendimiento, que lo llena todo: el hombre no acierta á pensar en otra cosa.

—¿Y qué tenemos con eso?

—Tenemos el gran escollo en que cae nuestra libertad; *ella* está dentro de nuestro pensamiento con tenacidad invencible, para que no podamos pensar más que en *ella*.

## VI.

—¿Y bien?

—La fórmula de esa servidumbre es universal, es una de esas frases hechas, terminantes, que cierran el camino á toda discusion. El hombre se inclina, besa la mano que lo sujeta y exclama: «Soy tu esclavo.»

—Esclavitud bien pasajera.

—Te engañas. *Ella* no es más que el primer anillo de la cadena. Sus brazos están formados para estrechar, para retener, su voz para persuadir, sus lágrimas para desarmar, su debilidad para vencer. *Ella* nos rodea de cuidados, de solicitud y de ternura, formando á nuestro alrededor el finísimo encaje de la jaula en que vivimos prisioneros.

—Bah, bah.

—Detrás de *ella* están los hijos, la familia, la casa... *ella* es el tirano, la familia es la cadena, la cárcel es la casa. Si el hombre se libra de esta esclavitud, podrá ser en todo rigor un hombre libre; esto es, un hombre sin mujer, sin casa, sin hijos, sin familia, el esclavo de todas las mujeres y el siervo de todos los vicios.

—Acaba.

—He concluido: ahora sé libre.

J. SELGAS.

## MANUEL DE LA REVILLA.

Cuando una generacion ha pasado despues de realizar su obra, y nos abandona alguno de los hombres que la formaron, le enviamos con nuestro adios el homenaje de ese dolor tranquilo, cuya viveza mitiga y templata la ley fatal que acaba de cumplirse. Pero cuando uno de los nuestros, un hermano y un compañero, á la mitad del camino cae para no levantarse más, el dolor que nos oprime es el de la angustia y el de la desesperacion; entónces hiere nuestra alma el desengaño, despues de mortificar nuestro afecto la noticia de una pérdida irremediable.

Revilla era de éstos últimos. Pertenecia al número de los que han llegado á la plenitud de su vigor intelectual y de su razon en el período que ahora corre, y formaba entre ellos en la primera línea, desde hace muy poco tiempo. Sus condiscípulos, sus émulos, sus amigos, constituyen la brillante juventud que se apercibe para las rudas luchas de nuestra época, en el teatro, en el periodismo, en la cátedra, en la tribuna, en el Parlamento; esa juventud, que ha librado ya campañas formidables y que ha conseguido victorias gloriosas; esa juventud, en cuyas manos estarán dentro de un corto plazo, cada dia más próximo, porque el trascurso de los años lo abrevia, el presente y los destinos de la patria.

Revilla era una realidad llena de esperanzas, como esos compañeros suyos á quienes todo el mundo conoce, y que no nombro, porque no quiero perturbar el reposo de su tumba con las querellas y las susceptibilidades de los vivos. Harto le persiguieron durante su accidentada existencia, como persiguen siempre al que se levanta y descuella desde más elevada region.

Yo le conocí en 1875, cuando empezaba el esplendor de su fama. Desde entónces le he profesado amistad sincera y—¿por qué no decirlo?—admiracion entusiasta. Revilla, que era un talento de primer orden, la merecia. Algunos, envidiosos de sus grandes pren-

das, de sus relevantes cualidades, esquivaban declararlo. Hoy creo que no lo negará nadie. En la época en que yo le conocí, su autoridad en nuestros círculos literarios era ya grande; después aumentó extraordinariamente, llegando á conquistar el favor desinteresado y unánime de la opinión, que no ha dejado de seguirle hasta que una enfermedad cruel y dolorosísima mutiló su espíritu para siempre.

A partir de esta última fecha, Revilla vivía; pero, para las letras y para la vida del pensamiento, vivía agonizando. Sus últimos trabajos, uno de los cuales ha aparecido en las páginas de la REVISTA HISPANO-AMERICANA, que ha recogido las postrimerías de su talento, lo demuestran. En tan corto plazo como media desde que su ingenio llegó á la sazón hasta que se extinguió la luz brillante que iluminaba aquel cerebro privilegiado, nos dió pruebas de lo que hubiera sido capaz de hacer; pero no pudo llevar á cabo empresa alguna digna de sus fuerzas. Por eso he dicho que era una realidad llena de esperanzas y no un presente fecundo, capaz de juzgarse por sus creaciones y sus frutos.

Como Galvete, otro amigo nuestro que dejó de existir hace algunos años, nos abandona en los comienzos de la tarea. No por esto es ménos digno de que al darle el último adiós reflexionemos sobre lo que ha perdido la España científica y literaria, lo que han perdido nuestra política y nuestro movimiento intelectual y artístico al desaparecer ese obrero infatigable que hoy nos deja.

## I.

Revilla era ante todo un crítico, un crítico de libros y de obras dramáticas, que desde 1870 por lo ménos, no ha dejado un solo día de ejercer ese ministerio, ya en las columnas de los diarios de mayor circulación, ya en las páginas de las más acreditadas é importantes revistas nacionales. Como crítico, ocupaba su nombre un lugar entre los de aquellos que más elevados se consideran. De Revilla se ha dicho que compartía con Canalejas y Valera el primer puesto en ese orden de trabajos. Esto es exacto; Revilla, mucho más jóven que los otros dos, podía disputarles con ventaja la preeminencia. No era tan correcta su dicción ni tan castizo su lenguaje como el de Valera; pero le aventajaba en altura de pensa-



miento y en la perspicacia del exámen que debe hacer el crítico del conjunto de la obra sometida á su fallo. No era tan brillante su estilo como el de Canalejas, ni tenían tanta profundidad por regla general sus observaciones y sus juicios; pero le aventajaba por la claridad con que los exponía y por ese tono, vulgar si se quiere, que identifica al crítico con el público y hace más provechosos y fecundos sus esfuerzos. Canalejas y Valera, por otra parte, no han sido, cuando ménos en el período en que floreció Revilla, más que críticos de muy contados trabajos, que ejercían su profesion en ocasiones verdaderamente excepcionales, mientras que Revilla estaba consagrado por completo á ella. De aquí resulta que su influencia en el gusto de nuestro pueblo y en las corrientes de nuestra literatura, haya tenido que ser más general, efectiva y duradera.

Para ejercer con resultados provechosos la crítica, es indispensable una gran erudicion, y Revilla la tenia. Era docto y entendido en las diversas materias filosóficas y literarias que abarca el vasto cuadro de lo que en otro tiempo se llamó humanidades. Hombre de nuestro tiempo, en el que es imprescindible conocer y estudiar las ciencias de la naturaleza, tampoco habia desdeñado cultivarlas, y sabia de ellas lo que basta para que su juicio no sufriera lamentables extravíos. De lo que á mi entender no se habia cuidado tanto, era de escudriñar los pormenores é interioridades de las ciencias sociales, de la economía, la administracion, el derecho público, etc. He creido esto al leer algunos de sus escritos, y entre otros, uno sobre la organizacion de la enseñanza pública, que dió á luz en 1880 en la *Revista Contemporánea*, que era un ensayo indigno de su nombre y de su cultura. Andando el tiempo, habria necesitado corregirse de este defecto, llamado como él lo estaba á ocupar puestos importantísimos en el gobierno del país. Por eso, sin duda, se ha dicho ahora, al ocurrir su muerte, que era más literato que político. Mejor pudiera afirmarse que tenían más base científica sus creencias y opiniones filosóficas y literarias que sus creencias y opiniones políticas. Esto es positivamente lo cierto.

Tanto como una vasta instruccion y tanto como seguir dia por dia el movimiento intelectual del mundo ilustrado, y el rumbo que imprimen á su cultura los que la dirigen y acrecientan,—cosa que hacia tambien Revilla y que es de notar donde tan pocos lo realizan,—necesita el crítico de ideales que inspiren sus juicios y que sean como el objeto á que se encamine toda su obra. Y no se crea

que esto es fácil, ni que todos los críticos lo alcanzan. Ahí está, por ejemplo, el Sr. Valera, que aún no sé si lo habrá procurado. Semejante empresa es harto difícil. Por las condiciones especiales de su talento, el literato es creador ó es crítico. Es creador aquel que reduce sus diversas ideas á grandes síntesis y gusta de hallar el conjunto en que se armonizan, desdeñando los pormenores que las diferencian y diversifican. Es crítico el que, más dado al análisis, se complace en desmenuzar el conjunto persiguiendo las irregularidades y contradicciones que lo afean.

De las revoluciones se ha dicho muchas veces, y casi siempre con acierto, que sirven para destruir y que no son capaces de crear. De un hombre ilustre, de Rivero han afirmado los que le conocían bien, que si tuvo dotes especiales para propagandista,—y prueba que las tuvo el hecho de que supo crear entre nosotros una poderosa democracia,—le faltaron en cambio las de hombre de gobierno,—y prueban esa falta los yerros y desdichas con que señaló su paso por el poder. Algo de esto puede aplicarse á la crítica y á los que se consagran á hacerla. En fuerza de aplicar su ingenio á esa tarea demoledora, verdadera obra de destruccion, se debilita en ellos el sentido creador y la capacidad de fundar algo sério, sólido y estable. Destruyen, pero no reemplazan el edificio que han contribuido á derribar. En los anales de la crítica pueden mencionarse pocas fuerzas tan poderosas como la implacable sátira volteriana, que contribuyó á la ruina del régimen antiguo y de los viejos ideales de la humanidad, dejando en lugar de ellos en el alma del hombre un escepticismo profundo.

El pensamiento de Revilla no estaba desnudo de ideales, y su crítica se encaminó siempre á algun alto y noble objetivo. Pudo éste variar, como veremos más adelante, y modificarse á medida que Revilla cambiaba su antiguo criterio filosófico por el que le inspiró en los últimos tiempos; pero constantemente su obra de crítica fué una obra de propaganda. Censurando y corrigiendo los trabajos de los demás, difundió él gran número de principios, en lo que toca sobre todo á las cuestiones de arte, de política y de filosofía. Nuestra cultura le debe la propaganda activa é inteligente de muchas ideas sociales, moralizadoras y humanitarias, y no sería difícil, aunque este empeño demanda más tiempo y reflexion de los que ahora podemos consagrarle, no sería difícil hallar en los escritos de Revilla unidad de doctrina, armonía de juicios, y ese vigor que atribuye la concepcion sistemática de todos los problemas

á que nuestra edad se consagra. La crítica de Revilla ha sido por esto fecunda y provechosa para el movimiento literario contemporáneo. El creía, como creemos nosotros, que el donaire y el humorismo no son sus mejores elementos, ni sus mejores armas, y casi por completo los ha proscrito de aquellos admirables trabajos en que revelaba todos los días la lucidez de su clarísima inteligencia.

La crítica de Revilla se ha motejado de excesivamente severa, y en ocasiones con razón. Revilla prefería castigar el defecto á estimular la mediana aptitud de aquéllos que vienen á la vida literaria ofreciéndonos las primicias de su talento en incompletos ó deficientes ensayos. A nosotros no nos agrada esta preferencia, y alguna vez lo discutimos con él. Sobre todo en España y en la época en que Revilla ha ejercido su ministerio, época de verdadero renacimiento para los estudios más serios y trascendentales, el crítico ha tenido la misión de excitar por la benevolencia y el aplauso el anhelo investigador de las nuevas ideas, fomentando aficiones que acaso se habrían extinguido juzgando rigurosamente sus efectos. Pero no nacia esa acritud de los juicios de Revilla de pequeñas pasiones ó de perversos instintos, sino de un levantado impulso y de una aspiración generosa y digna; amaba sus ideales con entusiasmo y los defendía con calor, y á veces con pasión, porque eran su vida.

Sobre todo esto, la cualidad predominante de la crítica de Revilla, cualidad á que debió que sus juicios influyeran más que la de otro alguno en el gusto del público, consiste en que Revilla era un crítico que frecuentemente se inspiraba en lo que llamamos el sentido común. Hay escritores á quien seduce la paradoja y críticos á quienes cautiva ir siempre contra la opinión, para demostrar la incontrastable fuerza de su dialéctica; hay estadistas que encierran el país dentro de su conciencia y las necesidades públicas dentro de su cerebro, y sólo se mueven á virtud de los más íntimos resortes en el estrecho círculo que les trazan sus preocupaciones ó sus exclusivismos doctrinales. Lo mismo en literatura que en política, quienes así proceden constituyen una excepción lamentable y perturbadora. En ese afán de sacrificarlo todo á la propia personalidad, está el germen de idealismos ciegos, causa de los mayores conflictos de todo orden que podrían recordarse. En cambio, así como el político de sentido común,—valga la frase,—es el único que alcanza resultados positivos y prácticos, contribuyendo de una manera eficaz á la mejora de las con-

diciones sociales de su país y de su tiempo, así el crítico de sentido común es el único que logra educar á sus contemporáneos y encauzar el progreso literario por vías evidentemente provechosas. Hay quien se admira de los adelantos incalculables realizados á nuestros ojos por la propaganda del positivismo, y quien, comparándolo á la religion musulímica, atribuye ese resultado á no sé qué levadura materialista y sensual que existe ahora, se dice, más desenvuelta que otras veces en el fondo del espíritu humano. Esto no es exacto. No recordamos época de la historia en que aparezca la sociedad influida por nobles idealismos tanto como la presente; es verdad tambien que la grosera manifestacion de ciertos apetitos tenia mayor relieve que en la edad contemporánea ó moderna, en la media y antigua, y que bajo este aspecto ha realizado grandes progresos el hombre. Lo que sucede y lo que explica el éxito del positivismo, es que el positivismo es una filosofía del sentido común; que no admira, pero que convence; que se resigna á girar dentro de las condiciones limitadas en que vivimos y en que se agita nuestra inteligencia, porque no osa imposibles, y que inspira la conviccion de que la metafísica ha querido renovar entre los hombres aquel intento malogrado de que habla la leyenda de la torre de Babel, intento que sólo sirvió para confundirlos y envolverlos la verdad en las sombras de la duda.

Revilla conocia bien al público, sus deseos, sus pasiones y sus ideas; apreciaba con exactitud las necesidades de su inteligencia y los grados de su sensibilidad; sabia colocarse dentro de ese conjunto de condiciones para juzgar una obra de arte y para examinarla, sin perder de vista otros ideales, á la luz de aquellos múltiples elementos de juicio que le eran tan familiares. A nadie le puede parecer extraño que acertara. Leyendo sus críticas, diríase que repiten á nuestro oído opiniones y censuras que ya nos eran conocidas; de tal modo se armonizan con nuestro pensamiento y con ese fondo de lógica y de razon que existe siempre en el espíritu del hombre medianamente culto. Y no hay que ponerlo en duda; esta manera de criticar es la más provechosa y eficaz; no causa el hastío que nos inspiran las enojosas disertaciones metafísicas hechas á propósito de cualquier concepto ó problema, ni producen una impresion tan efímera y pasajera como los discreteos del retórico ó del purista, que apenas si alcanzan á señalar algun defecto de forma ó alguna aparente contradiccion de la superficie.

Por último, y además de todo esto, Revilla ha sido uno de los

críticos más laboriosos de nuestro tiempo. Desde que comenzó á dedicarse á esas tareas no las abandonó nunca. Ya examinaba las producciones dramáticas recientemente representadas ó los libros que acababan de publicarse; ya, volviendo los ojos al pasado, exclamaba algún punto importante de la historia de nuestra literatura, ó emitía su opinion sobre algún problema crítico de interés general, de esos que suscitan el afán y la curiosidad de los literatos de todos los pueblos; ya, por último, juzgaba las condiciones de las obras de arte que, por su mérito ó el renombre de sus autores, ocupaban la atención de todos. Los primeros trabajos suyos que leí fueron un juicio del libro de Laurent, *Etudes sur l'histoire de l'humanité*, y un estudio del cuadro de *La Reforma*, del célebre pintor alemán Guillermo Kaulbach. Era en 1870 ó 1871, y sus artículos se publicaban, si mi memoria no es infiel, en el *Boletín Revista de la Universidad de Madrid*, periódico que veía la luz cuando nuestro primer establecimiento de enseñanza se consagraba con entusiasmo y resolución al progreso de la cultura pública. Entonces Revilla no había cumplido aún seis lustros, y, sin embargo, sus trabajos revelaban ya la madurez de una inteligencia privilegiada.

Antes de esa época en *El Amigo del Pueblo* y en *El Espíritu*; después de ella en *El Imparcial*, en la *Revista de España*, en *La Ilustración Española* y en *La Crítica*, continuó dando á luz Revilla notabilísimos estudios que como el de la obra de Laurent, que hemos citado, son casi siempre el juicio definitivo que merecen los libros que examina. Laurent es un escritor que ha suscitado apasionadas controversias; se han escrito acerca de él y de su libro, en España y fuera de España, multitud de estudios de diverso y áun opuesto carácter. Revilla, en el análisis que hizo de su obra, muestra conocerlo y apreciarlo de una manera exacta. Los artículos como este, más importantes de nuestro autor en ese tiempo y dentro de ese género fueron *El Ramayana*, el *Concepto de lo cómico*, *El tipo legendario de Don Juan Tenorio*, *El MÁGICO PRODIGIOSO de Calderon y el FAUSTO de Goethe*, la *Interpretación simbólica del QUIJOTE*, *La tendencia docente en la literatura contemporánea*, *EL CONDENADO POR DESCONFIDADO ¿es de Tirso de Molina?* y otros muchos cuyo recuerdo está en la memoria de todos los que siguen con algún interés estas cuestiones. Hay que admirar en ellos, además de las dotes del escritor, las especiales y relevantísimas del crítico, que abarca en su conjunto el problema analizado y lo expone y lo juzga de un modo preciso y siempre exacto. Uno de los grandes méritos de Revilla consiste en

plantear las cuestiones con tal lógica y método, que no hay quien le supere como expositor, ni quien le iguale en el arte de presentar clarísimamente las fases capitales de cualquier problema. Se ha dicho de él en son de censura que deja en lamentable abandono los por menores; no es aficionado, con efecto, á descender hasta discutirlos; pero eso ¡qué pocas veces merecerá reproche! Los críticos al menudeo enseñan á lo sumo pequeñeces y puerilidades, algun dato ó algun argumento; nunca, sin embargo, se aprende en sus trabajos á levantar la mirada un poco sobre el nivel ordinario y á buscar direccion en las grandes corrientes de la inteligencia y de la vida. Hay críticos que ponen todo su empeño en ir acotando defectos parciales é ilustrando con notas sabias los hechos ó los puntos que discuten; de ese sistema huyó siempre Revilla, como de la empalagosa erudicion de sus cultivadores. Por eso hay tanta grandeza en la mayor parte de sus escritos y por eso su crítica ha sido tan fecunda.

Del periódico *La Crítica*, en que escribió en 1874, era Revilla director con Peña y Goñi. Lo fundaron ámbos para emancipar su ministerio de las penosas condiciones á que lo subordina el periodismo político; pero en nuestro país no hay todavía público bastante para que pueda arraigar cierto género de publicaciones especiales, y *La Crítica* desapareció de la escena. Entónces Revilla continuó escribiendo en *La Ilustracion Española* y en la *Revista Contemporánea*, que dirigian nuestros amigos los Sres. Perojo y Montoro. En la *Revista Contemporánea* publicó, desde su primer número (15 de Diciembre de 1875) hasta Febrero de 1879, más de cincuenta revistas críticas y análisis de producciones recientes. Eran sus revistas críticas una verdadera crónica del movimiento científico y literario contemporáneo; donde discurría sobre los trabajos de las asociaciones doctas, como el Ateneo, la Institucion libre de enseñanza, etc., y sobre los libros que se iban publicando. Tambien dió á luz, en *La Crítica* primero y en la *Revista Contemporánea* despues, varias semblanzas de literatos distinguidos, que forman una escogida galería y una obra completa digna de reimprimirse y conservarse. Llamaba él á estas semblanzas *Bocetos literarios*, y publicó los de Hartzenbusch, García Gutierrez y Ayala en *La Crítica*, y los de Campoamor, Tamayo, Alarcon, Nuñez de Arce, Echegaray, Valera, Perez Galdós, Zorrilla, Fernandez y Gonzalez y Mesonero Romanos en la *Revista Contemporánea*. Desde principio de 1879 sus artículos críticos aparecieron en

*El Globo*. Ahí buscaba el público al día siguiente de los grandes estrenos la opinión de Revilla para inspirar su propio juicio. Desde las columnas del diario democrático es desde donde ha ejercido Revilla su indiscutible autoridad. El crítico había hallado al cabo una tribuna adecuada en la prensa de gran circulación, y conquistaba la popularidad que merecían sus talentos. Dos años no cabales estuvo escribiendo en *El Globo* crítica de libros y de teatros. La enfermedad terrible que apagó su razón lo había apartado de esas tareas, á las que no volvió más. Sólo en los postreros meses, próximo ya á su fin, quiso renovar los laureles que había conquistado, empezando á escribir para esta misma REVISTA HISPANO-AMERICANA trabajos de esta índole. Pero no llegó á terminar más que uno, *La revista crítica de la última temporada teatral*, que se publicó en el número del 16 de Julio, y que es el último destello de su poderosa inteligencia.

## II.

Otro de los jóvenes críticos más aplaudidos que empiezan á brillar entre nosotros, el Sr. Palacio Valdés, ha dicho que la personalidad literaria del Sr. Revilla es una personalidad muy compleja, un compuesto de varios elementos. Efectivamente, el señor Revilla era á la vez crítico y literato, poeta y filósofo, político, orador y maestro. Sobresalía en todo, aún cuando descollaba como orador á más altura que bajo ninguno de esos aspectos. Como escritor era también digno de elogios, sin embargo de que, bajo ese punto de vista, no haya ocupado un lugar tan ventajoso y preeminente.

Era escritor clarísimo. Los ortodoxos del krausismo, que han motejado siempre á Tiberghien y á Laurent de demasiado literatos, por una circunstancia análoga, no perdonaron nunca á Revilla esta hermosa cualidad, que es uno de los más sazonados frutos de cualquier cerebro fecundo, y para nosotros, que odiamos todo lo oscuro y conceptuoso, uno de los más apreciables y merecedores de aplauso. Su estilo era elegante; tenía una gran soltura y una espontaneidad extraordinaria. Debía escribir con gran facilidad y rapidez. Nunca le ví en el trabajo; pero habiéndole encargado alguno en cierta ocasión, de la noche á la mañana me envió un pu-

ñado de cuartillas, en las que apenas habia correcciones ni enmiendas. Se conocia que habian sido escritas al correr de la pluma.

Acaso por esto pudo tachársele alguna vez de incorrecto, y con frecuencia de monótono. Su incorreccion nacia de descuidos ó de la premura con que redactaba la mayor parte de los trabajos destinados á la imprenta. La monotonía que en ellos se advierte es cualidad característica de todo el que escribe mucho, y se atribuye á la mayor parte de los autores que son muy leídos. Despues de leer los mismos *Recuerdos de Italia* ó de escucharle media docena de discursos, ¿no parece monótono Castelar? Revilla hacia ménos sensible este defecto por la severidad de su estilo, casi siempre llano y exento de galas, falta de ese ropaje que lo hermosea; pero que prodigado con exceso, lo convierte en carga abrumadora para el leyente.

En su estilo habia siempre cierta energía nerviosa; era rápido y flexible, como la facultad de concepcion del autor. Dejaba traslucir aficiones pedagógicas por el tono algo dogmático que le caracterizó constantemente, y tenia por la más preciada de sus galas una fuerza persuasiva incalculable. Contribuye mucho á esto lo que podemos llamar la plasticidad del lenguaje y el acierto singular con que se adaptan las expresiones á las ideas para darles la forma más propia y adecuada. Nuestro escritor poseia ese acierto á maravilla, y por esto resultan sus escritos exuberantes de vida y de color y dotados de una animacion extraordinaria. En algunas críticas traspasó los límites que señala el buen gusto á esta cualidad, y empleó palabras de demasiado efecto, términos muy vivos y brillantes, perjudicando la habitual elegancia de su frase, por impulsos de un apasionamiento que en él no era extraño, á pesar del escepticismo que se le ha atribuido. Véanse sus juicios respecto á algunos tomos de la coleccion de *Episodios nacionales*, de don Benito Perez Galdós, y en ellos, más que un juez discreto, parece un patriota exaltado que perora en los clubs.

Tales son las condiciones más culminantes y características de su prosa. Tambien escribió versos, aunque malos. Hay pocos hombres de talento que no hayan escrito malos versos. El, sin embargo, les tenia gran cariño. En 1875 los coleccionó en un pequeño volúmen, á cuyo frente puso este título: *Dudas y tristezas*. Según refiere uno de sus más íntimos amigos, el Sr. D. Pedro de Alcántara García, en el artículo necrológico que ha publicado la



*Revista Ilustrada*, poco ántes de morir dejó Revilla en poder del editor Iravedra, para que la diera á la estampa en breve, una segunda edicion, expurgada y aumentada, de aquel volúmen. El esmero con que haya podido corregir Revilla las poesías de ese tomo no habrán logrado atribuirles la inspiracion que les falta. En cambio quizás revelen mejor la delicadeza de sentimientos y el buen gusto de su autor, como ya lo han demostrado al publicarse la primera vez.

Falto este libro de valor literario, lo tiene y muy grande para el estudio de la personalidad de Revilla, y ahora que están en moda ciertos análisis psicológicos, mediante los cuales se llegan á conocer hasta los más profundos arcanos de la existencia de un hombre cualquiera, *Dudas y tristezas* puede servir para interpretar con fidelidad los actos de la vida de su autor y los móviles que en ocasiones determinaron su conducta, sus propósitos y su pensamiento. El mismo título de ese volúmen es ya una revelacion de su contenido y de la tendencia que en él domina, tendencia á las veces escéptica, preñada de angustias siempre, en ocasiones desesperada y por lo general pesimista. En medio de ella, para demostrar hasta qué punto el espíritu de su autor era presa de vacilaciones interminables, hay tambien destellos de fé y de energía; parece que el poeta entrevé un porvenir mejor, más tranquilo y risueño, pero se vuelve la hoja y tornan á nublar el horizonte de sus ilusiones las mismas desdichas y las mismas nubes que ántes lo ennegrecieron.

¿Por qué Revilla, que era un espíritu verdaderamente superior, sigue de esa manera en sus poesías, á aquel triste cortejo de que nos habla Gaucher, donde van los melancólicos, afligidos y llorosos llevando el luto de sus esperanzas malogradas y de su juventud muerta en los albores de la existencia por el hielo de un prematuro invierno? Revilla no ha podido confundirse, cediendo á motivos vulgares, con esa turba anémica ó linfática que tan virilmente castiga Nuñez de Arce en el inspirado prólogo de *Gritos del combate*. La clave de este hecho nos la ha dado el Sr. Aura Boronat en el sentido y bello artículo que le inspiró la muerte de nuestro amigo (1). Revilla era un hombre débil y enfermo; no exis-

(1) *El Globo*, número del 21 de Setiembre de este año. El artículo de D. P. de A. García, á que ántes nos hemos referido, lo publicó la *Revista ilustrada* de 16 de Setiembre, en cuyo número hay un buen retrato de Revilla.

tia equilibrio entre su naturaleza física y sus condiciones morales. Su inteligencia tuvo un desarrollo precoz, y como era costumbre cuando se le educó, costumbre que aún vive arraigada entre nosotros, á pesar de las desastrosas consecuencias que produce, y que Spencer ha puesto de relieve de un modo tan magistral, su educación física quedó completamente abandonada. Ese desequilibrio le produjo durante toda su vida accidentes desagradables, enfermedades y dolencias que le mortificaban. El dolor que sufrían sus órganos se reflejaba en sus juicios y en sus ideas; era un pesimista por temperamento. El mismo Gaucher, á quien ántes hemos citado, juzgando las poesías que acaba de publicar Mr. Emilio Dodillon, bajo el título de *La Chanson d'hier*, dice: «Hé aquí un jóven verdaderamente jóven, cosa harto rara. Mr. Dodillon tiene la salud, el humor alegre y la expansion de una naturaleza llena de vida. Se advierte en sus poesías que una sávia abundantísima y una sangre roja como el vino de Borgoña circulan por sus venas.» A Revilla le faltaba todo esto; no era posible que escribiese como escribe Mr. Dodillon.

Una imaginacion exuberante alojada en un cuerpo enfermo concibe las ideas con pasion, y expresa los sentimientos de una manera irregular y exagerada. Hay en ella siempre algo de esas alucinaciones febriles, que han suministrado tan numeroso contingente al santoral romano y á la estadística de los suicidas. No de otra suerte podemos explicarnos que Revilla se presente en este libro, víctima de un amor sin esperanza que le ha causado gravísimos extragos. No declara, aunque se adivina, quién fué el objeto de ese amor. Ella debió morir muy jóven, y él ha conservado vivo su recuerdo. *Dudas y tristezas*, está dedicado á su memoria; para ella son la primera y la última poesía, y en el resto de las composiciones que le forman, hay un gran número inspirado en su imagen cariñosa y en el dolor de su pérdida.

Seguramente que en ese dolor hay mucho de real; pero el temperamento de Revilla lo exagera.

Hé aquí cómo se expresa:

Vivir sin esperanza en el deseo  
Es mi destino impío;  
¡Sentencia infausta que en tus ojos leo,  
Celeste encanto mio!

Bajo la influencia de este sentimiento, el poeta sólo ve desdichas y dolores.

El hombre llora al nacer  
Y tambien llora al morir.  
Que el comienzo del vivir  
Es igual al fenecer.

.....

Así en doliente quebranto  
Su existencia pasará,  
Y en llanto terminará  
Lo que comenzó por llanto;  
Que en este lóbrego infierno,  
Cárcel de la raza humana,  
La dicha es sombra liviana,  
¡Pero el dolor es eterno!

Estos versos son, sin duda alguna, de pésimo gusto. Yo no los cito para que se aplauda el estro poético de Revilla, sino para que el lector conozca su fisonomía moral. La fuente de todas esas desventuras, ya lo hemos dicho ántes, es un amor que se malogró. Revilla vuelve á decírnoslo en su soneto *Rigores de la suerte*.

Que jamás el cariño de una hermosa  
Diera dulce calor al pecho mio  
Determinó la suerte rigurosa;  
Y, triste flor privada de rocío,  
Lenta muerte es mi vida dolorosa,  
Y tumba helada el corazon vacío.

Este dolor continuado produce extraordinaria fatiga á su espíritu. Se compara al peregrino que atraviesa el desierto atormentado por la sed y el hambre, que se abandonaria á la muerte sobre la arena si no esperara hallar descanso en el vecino oasis. Entónces desesperado exclama:

¡Ay! ¿Por qué en el desierto de la vida  
No hay oasis tambien para las almas?

Alguna vez, sin embargo, ese dolor se mitiga. El poeta debe gozar de salud mejor ó ha hallado dichas que suavicen el áspero rigor de sus recuerdos. Entónces habla de otra suerte, y por cierto que lo hace con gran novedad y extraordinaria delicadeza:

Si de amores te hablo, vida mia,  
Dices con triste acento:  
—¡Yo no te puedo amar; el desengaño  
Mi corazon ha muerto!—  
Y si de nuevo insisto, luégo dices:  
—En ese amor no creo;  
Tú no puedes amar: tambien herido  
De muerte está tu pecho.—  
Y tú no sabes, alma de mi alma,  
Que el amor más intenso  
Nace al unirse en amoroso lazo  
Los corazones muertos;  
Así como al chocar la piedra fria  
Con el helado hierro

Brota la llama oculta que encerraban  
Entrambos en su seno.

En esta composición hay el mismo perfume melancólico y sentido que inspiran la mayor parte de las del tomo; pero se adivina un cambio, fácil de señalar en la vida del poeta. Acaso la segunda edición de esta obra lo explique y caracterice mejor. En ésta se declara que además de ese contratiempo amoroso, otros motivos amargaban y entristecían la existencia de Revilla. La injusticia con que le han tratado algunos de sus contemporáneos le lastimó, y protestaba contra ella en la poesía que intitula *Alabanzas póstumas*, donde dice, refiriéndose á las que ordinariamente y sin regatearlas en esa solemne ocasión, se tributan á todos:

Ni tales juicios concibo,  
Ni sus razones advierto;  
¡Siempre laureles al muerto  
Y siempre espinas al vivo!

¿A qué obedece este extraño fenómeno? se pregunta,

¿Es que ante la eternidad  
Cede la humana malicia?  
¿Empieza allí la justicia  
O acaba allí la verdad?

No; no es eso. Su amor propio, sublevado, viene á revelar la causa que indagaba. Es un rasgo de soberbia que le descubre la realidad bajo uno de sus aspectos más sombríos.

Nada en el mundo me asombra  
Como estos juicios inciertos:  
¿Consistirá en que los muertos  
No hacen á los vivos sombra?

Algunas de las tristezas de Revilla nacen de sus mismas dudas, y las dudas que le embargaban son hijas del espíritu crítico de nuestro siglo, que él poseía en más alto grado que otros, de la profundidad y extensión de sus estudios y de los cambios y modificaciones que experimentó su criterio á compás de las circunstancias que lo rodearon. Esas dudas están magistralmente expresadas, con una severidad y una concisión clásicas, en la poesía *Buscando á Dios*.

Yo te busqué, señor, en las alturas  
De la áspera montaña,  
Y en la vasta extensión de las llanuras  
Que el sol ardiente baña.  
Yo te busqué del férvido Océano  
En el profundo seno,  
Y de tu nombre pregunté el arcano

Al estridente trueno,  
Y hasta la inmensa bóveda del cielo,  
De estrellas tachonada,  
Alcé, pidiendo celestial consuelo,  
Mi lánguida mirada,  
Todo en vano.....

En esta misma composición dice que ha hallado á Dios en su conciencia; pero esto no debe ser exacto, porque sus dudas siguen, y puede asegurarse que cada día son mayores. En la poesía *Al siglo XIX*, después de cantar las glorias de nuestro tiempo con poco estro y escasa inspiración, exclama:

¿Qué vale tu poderío?  
¿Que de tu triunfo la palma,  
Si cruzas por el vacío  
Desesperado y sombrío  
Sin saber si tienes alma?

Y más adelante, en el soneto *Triste destino*, añade:

¿Por qué me diste, bárbaro destino,  
Esta sed de placeres insaciable  
Y este ideal de espléndida hermosura,  
Si al término fatal de mi camino  
Me ha de arrojar la muerte inexorable  
En el abismo de la nada impura?

¿A dónde puede conducir este escepticismo? ¿A dónde puede llegar el poeta, arrastrado por esa tendencia pesimista que le embarga y que cierra el camino de toda esperanza? Un escritor vulgar, como tantos que pululan en nuestra época, pondría con esas angustiosas vacilaciones término á su expansión. Pero Revilla no pertenecía á ese número. Cuando más espesas parecen las nubes que ocultan á sus ojos la verdad; cuando por ningún sendero llega á alcanzarla; cuando su espíritu anhelante está fuera de todo rumbo y vaga en lo desconocido y en las sombras, un destello de su inteligencia lo ilumina todo y plantea los verdaderos términos del problema. Esas dudas quizás subsistan siempre porque el hombre no sea capaz de desvanecerlas; vano sería buscar en su satisfacción una dicha que no hemos de encontrar. Olvidémoslas un momento, y atengámonos á lo que poseemos, á lo que nadie puede arrebatarnos, viviendo un poco más dentro de la realidad en cuyo seno hemos nacido, y viviendo para realizar esos fines relativos y parciales que llevan, como todo lo nuestro, el sello de la pequeñez humana, pero que no por esto tienen menos grandeza. Esto ha debido pensar Revilla para escribir después el soneto que lleva por título *El único consuelo*, y que dice así:

En la ruda batalla de la vida  
Daba la fé consuelo á los mortales;  
Hoy, muertos los antiguos ideales,  
El hombre llora por su fé perdida.

Ya la virtud doliente y perseguida  
No espera hallar venturas celestiales;  
Que el justo y el protervo son iguales  
Ante la nada que en la tumba anida.

¡Todo pasó! del azulado cielo  
Los resplandores ocultó la ciencia  
De amarga duda con el negro velo  
Y de tal soledad en la presencia  
No queda al pensador otro consuelo  
Que la serena luz de su conciencia.

En otras poesías canta Revilla la fecundidad y poder de las ideas y la virtud y eficacia de la ley progresiva que rige el mundo. Estas eran también creencias arraigadas de su alma, que estaban por encima de toda duda, y que, como el cumplimiento del deber, son capaces de inspirar consuelo al espíritu, fortaleciéndole para las rudas luchas que aquí se libran.

Ese era el hombre. Las modificaciones y los cambios que experimentó su pensamiento en las materias más trascendentales, explicadas están y noblemente explicadas por las dudas en que vivía. Su pesimismo, producto de dolencias físicas, y agravado por desengaños y sinsabores morales, nos dá la clave de la acritud de sus juicios y del apasionamiento con que muchas veces los sostuvo. Al verle buscar en las concepciones más elevadas y dignas un refugio para su conciencia, nos explicamos que Revilla haya sido el defensor de todas las ideas generosas y dignas de nuestro tiempo, y al saborear el tono de sus mejores poesías, comprendemos que en el fondo de aquel pecho, mal ocultos por un barniz de misantropía y de recelo, hubiera, como dice el Sr. Aura Boronat, tesoros de bondad y de cariño. Su libro *Dudas y tristezas* nos lo asegura; ese libro que, si no ha añadido timbre alguno á los laureles que ornán su frente, ha arrojado viva luz sobre la figura de nuestro malogrado amigo.

FRANCISCO DE ASIS PACHECO.

(Concluirá en el número próximo.)

# CASAS DE OBREROS.

## I.

Es verdaderamente satisfactorio y consolador el observar uno de los caracteres que distinguen al cúmulo de progresos modernos, que en la historia de las edades venideras marcarán quizás á nuestro siglo con la denominacion de siglo de las innovaciones y de los adelantos.

Ese espíritu reformista, esa tendencia á mejorar las condiciones materiales, morales é intelectuales de los individuos y de los pueblos, se inició primero en dos puntos, que fueron la vida física y las instituciones políticas.

Respecto á lo primero, el genio del hombre, por medio del trabajo inteligente, y facilitado éste por el auxilio de la maquinaria, ha hecho y sigue haciendo prodigios. Si se compara cómo se habitaba, se vestía, se comía y se viajaba á principios de este siglo, y cómo se hace todo esto ahora, la diferencia no parece propia de un trascurso de setenta años, sino de algunos siglos.

En cuanto á las instituciones políticas, aunque no todo han sido mejoras positivas, sino que en ellas han ido envueltos tambien abusos, errores y desastres, el progreso es notable, y no puede negarse que las condiciones sociales van mejorando, si bien con el prudente temor de que las reformas sobre esta materia no se contengan en los límites de la razon, de la justicia y del derecho, y se lancen, al contrario, por derroteros funestos en que se olvide la razon, se prescindá de la justicia y quede el derecho oscurecido ó bastardeado. Límitémonos, pues, á desear, por lo concerniente á nuestra patria querida, que esto no suceda aquí, y que haya, en quienes deban tenerlo, juicio, prevision y energía ilustrada, para impulsar los progresos buenos y contener la invasion de los que no merezcan este nombre.

Avanzando la marcha de nuestro siglo, dos nuevos progresos recibieron calor de vida fecunda: las ciencias y la beneficencia.

En materia de ciencias, el impulso parece no estar aún más que iniciado. ¡Tan vasto es el campo en que trabaja el genio investigador del hombre, y tan portentosos los descubrimientos que lanza sin cesar al mundo, para su admiración primero, y para su aprovechamiento y ventaja después!

Respecto á la beneficencia, punto de vista principal del presente artículo, conviene, ante todo, analizar bien esta palabra, al ménos en lo que á nuestro objeto interesa.

Suele ser vulgar creencia, propia de espíritus pequeños, el pensar que la beneficencia consiste sólo en socorrer al pobre con la limosna en la calle y con el albergue en el hospital y en el hospicio. Esto es una parte de la beneficencia, una de sus manifestaciones más prácticas y vulgares; pero no encierra todo lo que se comprende en la tendencia al bien, por los diversos modos que puede hacerse, en el *bene facere*, que es el origen etimológico de la palabra beneficencia.

Esa tendencia tiene mucho mayor campo de acción. Puede manifestarse y ejercerse en todos los actos del hombre, en todas las situaciones de la vida, y está encarnada en la ciencia misma de la sociabilidad. El anacoreta en el desierto y el salvaje aislado en su cabaña, no conocen ni necesitan beneficencia activa ni pasiva, se bastan á sí mismos y tienen un cierto egoísmo necesario.

Pero desde el momento en que los hombres se constituyeron en sociedad, aún la más primitiva, brotaron las necesidades, marcáronse inevitablemente las diferencias de fortuna, hubo debilidades y fuerzas, goces y miserias, inteligencias é ignorancias, y, por consecuencia de todo esto, bienhechores y socorridos.

Inherentes y espontáneas parecen ser en el hombre dos inclinaciones de carácter muy opuesto entre sí: la del egoísmo, que busca el bien propio á toda costa y en perjuicio de tercero, y la de favorecer á los demás con más ó ménos abnegación de sí mismo.

De la primera de estas inclinaciones nacieron los delitos, las injusticias y las guerras; con la segunda quedó planteada una de las bases sociales más importantes, la de hacer bien á nuestros semejantes en toda la ancha esfera en que ese sentimiento puede desarrollarse.

Más adelante, estos instintos del bien, estos movimientos de la compasión, tuvieron ya sanción legal, bajo el punto de vista religioso, con aquel tierno y sencillísimo precepto evangélico: *Amaos los*



*unos á los otros.* Jesucristo, que además de su divinidad fué en lo humano el gran maestro de los buenos principios sociales, sabia bien que con esa ley de amor ponía los cimientos para que fuera posible el bienestar del mundo, y para que hubiera un contrapeso eficaz á las pasiones, á las maldades y á las concupiscencias de todos géneros que se iniciaron desde el fratricidio de Cain.

Necesitóse despues ir dando forma, desarrollo y perfeccion á ese precepto moral, y esto viene siendo el trabajo de los siglos, lento y poco organizado en general, aunque aisladamente fervoroso en los tiempos pasados, pero activo, reformador, ilustrado y fecundo en los presentes.

En efecto; el impulso de los progresos modernos ha alcanzado tambien á la hermosa y sencilla ciencia de hacer bien á nuestros semejantes. Ya no se limitó á la limosna aislada y no siempre discreta, al hospital, al asilo y á una observacion vulgar y poco meditada del código elemental del cristiano, que comprende las *Obras de misericordia*. Las almas compasivas quisieron más, los hombres ilustrados discurrieron y plantearon nuevas instituciones de caridad, ingeniosos modos de investigar y socorrer necesidades, y á la par de este movimiento reformador, se desarrolló más la tendencia á ocuparse de las penalidades de los que sufren y de las miserias de los pobres.

Antes de pasar adelante, parécenos oportuno consignar una observacion especial sobre el movimiento benéfico. En él, además de su impulso originario, en que entran por algo ó por mucho los consejos evangélicos y los sentimientos compasivos, deslízase, más ó ménos intencional ó inconscientemente, otro móvil de carácter social, del que no prescinden los hombres pensadores que se ocupan y preocupan de esos pavorosos problemas del proletariado, de la propiedad desigual y de las aspiraciones igualitarias de las clases obreras y pobres. En efecto, aunque el remedio de esos males amenazadores del porvenir no puede consistir en un específico aislado, cual remedio acreditado de enfermedad conocida, sino que debe venir de un conjunto de buenos impulsos, de medidas previsoras y de tareas ilustradas, á que todos hemos de contribuir, es indudable que como una de las causas que tales males sostienen es la envidia rencorosa de los pobres, cuando se ven desamparados, todo lo que sea suavizar esas asperezas de clase, y hacer ver que los ricos se ocupan del bienestar de los que no lo son, ha de contribuir á que la solucion de tales cuestiones se verifique por la razon y por el derecho, y sin ese carácter de violencia terrible de que nos están dando im-

nente manifestacion el nihilismo ruso, el comunismo francés y las tendencias revolucionarias de otros países.

Consecuencias, pues, y muy gratas, del progreso benéfico moderno son los montes de piedad, las cajas de ahorros, los asilos de párvulos, las escuelas dominicales, las cocinas económicas, las casas de arrepentidas, las instituciones de las Hermanas de la Caridad, de las Hermanitas de los Pobres y de las Hermanas de la Cruz (1), las facilidades del trabajo, las mejoras higiénicas, morales y administrativas de hospitales y hospicios, las casas brutales de locos convertidas en manicomios de ciencia y de caridad, las casas de socorro, el establecimiento internacional de la Cruz Roja en las guerras, las sociedades de salvamento de náufragos, los premios á la virtud, las leyes protectoras de la infancia, la vacuna gratuita, las casas de expósitos perfeccionadas, y las diversas organizaciones de la caridad domiciliaria, interesando en ella á las señoras que antes se ocupaban sólo de las frivolidades del lujo, y hasta á jóvenes y á hombres serios, antes dedicados á los placeres, á la política ó á los negocios de pura especulacion lucrativa.

Y es verdaderamente consolador, como al principio dijimos, este carácter del progreso moderno. Sorprendente, útil y digno de aplauso es el genio del hombre cuando resuelve un problema científico, cuando abre nuevos horizontes filosóficos, cuando perfecciona y abarata por medio de la maquinaria los productos industriales, cuando somete á su inteligente direccion la fuerza del vapor, del gas y de la electricidad, cuando realiza sensatas reformas políticas, y hasta cuando lanza al encanto de un público entusiasta nuevos prodigios del arte; pero sin desconocer esos méritos, sin escasearles los elogios que les son debidos, justo es reclamar tambien elogio y mérito para el modesto inventor de un abrigo económico destinado á los pobres, de un sistema barato de calefaccion, de todo nuevo amparo á los desheredados de la fortuna, y de toda aplicacion nueva que se dé á aquel sublime y tierno consejo del amor al prójimo.

Podrán estos progresos ser ménos aparatosos y hasta mirados con poco interés por las personas frívolas y egoistas; pero séanos lícito pensar, sin que nos ciegue un optimismo soñador, que la generalidad de las gentes no será indiferente á un movimiento progresivo de tan buen origen, que satisface simultáneamente tres sentimientos im-

---

(1) Esta última es fundacion de Sevilla.

portantes, cuales son el consejo religioso, el impulso compasivo y el interés de tener en lo posible satisfechos y agradecidos á los que de todo necesitan, y todo lo piden; y ya que es inevitable que haya de todo en el mundo, segun ya lo anunció el Divino Maestro en su profético y conocido axioma «*Nam semper pauperes habebitis vobiscum.*»

## II.

Entre los progresos benéficos modernos hay uno de cierta originalidad, combinada con la mayor sencillez, que hace mucho bien, que lo puede hacer mayor, y que, sin embargo, no ha requerido un genio descubridor como el de Colon con su nuevo mundo, Guttenberg con su imprenta, Fulton con el vapor, ó el célebre monje benedictino con su pólvora; pero lo modesto no está reñido con lo útil, y es justo dar á conocer las mejoras buenas que son tan útiles como modestas. Nos referimos á las casas para pobres, comprendiendo en esta palabra, no sólo á los que de todo carecen, sino á la numerosa clase de los obreros, que viven sólo con el precario recurso de su jornal, casi siempre insuficiente para sus necesidades legítimas.

Las personas que se ocupan algo, aunque no sea mucho, de la triste situacion de las clases pobres, habrán tenido ocasion de observar que la casa es punto muy esencial de su vida en bueno y en mal sentido, que basta para hacer la existencia desastrosa, que vicia la salubridad; que afecta á la moral de las familias, y que sirve de constante preocupacion, y á veces de tortura, al jornalero.

En efecto; concretándonos á Madrid, si hicieran nuestros lectores un paseo de investigacion por las estrechas calles de los barrios bajos ó por las afueras altas, como el barrio de Vallehermoso (que nada tiene de hermoso ni de valle), si penetraran en sus famosas casas de vecindad, donde viven amontonadas cincuenta ó más familias en cada una, encontrarían de seguro un cuadro parecido al siguiente:

Hay un patio central, rodeado de edificio de tres pisos, compuesto cada uno de estrecha galería y de una serie de pequeños cuartos, á que se entra por la misma galería, de la cual reciben luz por la puerta y por una ventana lateral. Cada cuarto, que comprende una ó dos piezas, constituye una casa. Son verdaderas celdas alineadas, buenas para albergue de monjes aislados en ellas, aunque

viviendo en comunidad, pero insuficientes; antihigiénicas y molestísimas para familias enteras, que se componen de hombres, mujeres y niños.

También existe otra clase de viviendas pobres, que son las buhardillas de nuestras casas. En ellas, además de los inconvenientes indicados, hay el de la altura, la estrechez, el techo inclinado, y el ser en extremo frías en invierno, y de calor, insoportable durante el verano.

Lo mismo en unas que en otras, es imposible el sosiego, la independencia, la limpieza y el bienestar material: en cambio, son fáciles, y hasta cierto punto inevitables, las epidemias, las inmoralidades de una vida casi comun y las cuestiones rudas de vecindad. Hay, pues, allí albergue preciso y escaso, como el del viajero que lo busca bajo una peña contra la lluvia ó el sol abrasador; pero no hay nada que se parezca al hogar doméstico, que es la base de las familias felices, y más en las pobres que en las ricas. Donde falta el bienestar que tal hogar produce, la mujer tiende á distracciones de fuera, los niños yacen en una libertad muy parecida al abandono, y el hombre se refugia en la taberna, la cual, por modesta que sea, y en Madrid las hay hasta de cierto lujo relativo, le ofrece más atractivo que su pobre casa.

Todavía, si estas viviendas fueran muy baratas ó gratuitas, como la del que se fabrica una cueva en terreno de desmonte, tendrían la compensación de la economía, y esto las haría en parte soportables; pero sucede todo lo contrario. Un cuarto de casa de vecindad ó una miserable buhardilla suele costar cuatro ó cinco duros mensuales, lo cual es una carga pesada para el obrero, y le constituye generalmente en un conflicto perpétuo, porque los caseros cuentan con esa renta para cubrir sus necesidades, y no suelen ni pueden ser benévolos contemporalizadores con los inquilinos morosos.

Para los pobres, pues (y no se olvide que comprendemos en esta clase á los obreros de corto jornal), la carga más abrumadora es el alquiler de la casa, y el problema mayor de bienestar material que hay que resolverles, la necesidad mayor que tienen, lo que forma su grande aspiración, es poseer hogar doméstico sano, capaz, independiente y soportable para sus escasos recursos. Si á esto se agrega el tenerlo propio, haciéndose dueño de él y libertándose del pago abrumador del inquilinato, la aspiración se completa y llega á parecer un ensueño de felicidad, apreciable sólo para el que no la tiene y la desea.

Personas pensadoras y de buenos sentimientos se han ocupado mucho de esta cuestión y del modo de facilitar en ella las aspiraciones del obrero por medios naturales y prácticos. La empresa era grande y el problema difícil.

Hacer casas para obreros y regalarlas ó rifarlas, sería un grande y laudable rasgo de espléndida generosidad; pero, prescindiendo de que esto, posible, si se tratase de pocos individuos, es irrealizable, tratándose de masas inmensas de obreros, sucede con esto lo que con otras muchas necesidades. Bueno es el donativo absoluto cuando es posible; pero cuando el remedio puede hacerse sólo con el auxilio, con el apoyo, con el consejo y con la protección, vale más emplear estos medios, unidos al trabajo y esfuerzos del obrero; entre otras razones, porque en principio general, es más honroso para él lo que adquiere con su trabajo y con su economía, que no lo que recibe ociosamente con la limosna, desviándola de su verdadero fin, que debe ser el socorro del inválido ó imposibilitado para trabajar.

Tratóse, pues, hace algunos años, de construir casas y barrios para obreros por un sistema que combinase la vida cómoda con el pago del alquiler posible; y aquí surgió desde luego una cuestión previa, que todavía sigue discutiéndose.

¿Es conveniente aislar los pobres en barrios especiales, sacándolos de los centros de población, ó es preferible dejar confundidas las viviendas de los pobres con las de los ricos en nuestras buhardillas y en nuestras vecindades?

Defensores é impugnadores tienen los dos aspectos de la cuestión, así planteada. Pretenden unos que el separar los pobres de nuestro lado, es acentuar más, y con cierta apariencia de espíritu repulsivo, la división de clases, que tanto importa suavizar; dificultando además el ejercicio de la caridad, que tanto conviene facilitar, porque ésta se presta á ejercerse más con nuestro vecino á quien vemos por necesidad, que con el habitante lejano, cuya vida y miserias ignoramos. Sostienen otros, por el contrario, que mayor inconveniente que éstos es el de la imposibilidad material de hacer habitaciones baratas en barrios caros; además de que el contacto de la opulencia de los ricos propende á inspirar la envidia en los pobres, sin que por otra parte su alejamiento, no muy grande tampoco, resfrie la caridad, porque ésta, si es verdadera, los buscará donde se encuentren.

Sin desconocer la fuerza de unos y otros argumentos, y aún descartándolos de la exageración, nosotros nos inclinamos á los barrios

obreros, aunque sólo sea por la razón poderosa de su posibilidad de coste.

Pero, admitidos los barrios obreros, ¿cómo construirlos, haciendo casas buenas, con alquiler posible para el escaso presupuesto del obrero, y, sobre todo, cómo realizar el prodigio de que ese obrero, con sus reducidos ingresos, que apenas le permiten el pago del alquiler, adquiera la propiedad de la casa que habita?

Tal era el problema que se estudiaba con afán y buen deseo. Parecía insoluble, y, sin embargo, tiene una solución sencilla, práctica y á todas luces convenientísima: para realizarla sólo se necesitan tres elementos, que son: un capital que se destine al objeto, no gratuita, sino productivamente; una celosa inteligencia para hacer las construcciones con baratura, y un espíritu constante de economía y ahorro por parte del inquilino en los primeros años de inquilinato. Hechos ensayos sobre estas bases, la experiencia acreditó la verdad de la solución. Veamos cómo.

Un grupo de casas para obreros en los barrios extremos de las ciudades tiene poco coste, si preside á su construcción un espíritu de severa economía y de acertada administración, no perdiendo nunca de vista el objeto benéfico y no especulativo, aunque tampoco gratuito, que debe presidir á esta empresa. En tales sitios el terreno es barato, y desde luego muchísimo más que en las calles principales de la población: las casas deben ser sólo de piso bajo y un principal, lo cual exige poco cimiento y paredes ligeras: en el interior, como hay elementos de ventilación, por tener delante la calle y detrás un descubierta ó corral, pueden hacerse las habitaciones pequeñas sin perjuicio de la higiene, y bien distribuidas para la comodidad sin lujo de la familia.

Construidas así las casas baratas, entra la parte más difícil del problema, que es el pago de los alquileres y de la adquisición de la finca, de manera que lo permitan los recursos del obrero, y que constituya para el propietario un interés moderado del capital invertido, y una amortización paulatina del mismo.

Al efecto, se fija una cuota mensual por alquiler que represente un 4 por 100 del capital, y otra por amortización lenta del mismo capital, fijada según el número de 8, 10, 16 ó 20 años, á voluntad del inquilino, siendo naturalmente la cuota mensual más baja cuanto mayor es el número de años en que se prorratea. En el primero y segundo año será algo penoso al obrero el pago de ambas cuotas, exigiéndose para ello una forzada economía, equivalente á si se le

obligase á depositar en la Caja de Ahorros una parte de su jornal; pero vencida esa primera época, empieza ya el período de ventajas, y no se hace esperar la lenta pero constante recompensa de aquel ahorro y economía.

Consiste esa ventaja en que cada cuota mensual de amortización que entrega el inquilino, no sólo empieza á hacerle con dueño de una parte de la casa, sino que disminuye progresivamente la otra cuota de alquiler, porque ésta se gradúa siempre sobre el capital que queda aún sin amortizar y de pertenencia del propietario. Resulta, pues, que pasados el primero y segundo año de prueba, el inquilino, que ha tenido constancia de economía para cumplir con el pago puntual de sus dos cuotas, empieza á disfrutar tres ventajas prácticas y positivas.

La primera, que arranca desde el principio del contrato, consiste en habitar una casa cómoda, higiénica é independiente, teniendo su pequeño corral, susceptible de diversas aplicaciones, bien para jardín, lavadero, cria de animales domésticos, taller ó ensanche de la casa: circunstancias bien distintas de los estrechos cuartos numerados en las galerías de las casas de vecindad, ó de las insalubres y reducidas buhardillas.

La segunda ventaja es que el alquiler disminuye todos los meses, lo cual es el gran desahogo que necesita el presupuesto de la familia obrera.

Finalmente, la tercera consiste en que el obrero empieza á ser dueño de la casa, que saborea los goces de propietario, que ve acercarse el día deseado en que lo será por completo, dejando ya de pagar alquiler de aquella buena vivienda, á la cual ha tomado naturalmente afición cariñosa, como obra de sus hábitos de ahorro.

Esta última ventaja tiene además cierto carácter moralizador y de dignidad, que eleva el nivel de la de los obreros. Toda práctica del ahorro y de la economía es un goce para el que lo ejercita, porque le proporciona un excedente aplicable á ulteriores mejoras de su vida material; pero en el caso de que nos ocupamos, ese goce es mucho mayor, porque el producto de la economía tiene su aplicación inmediata y segura, que no sólo reedita al obrero su interés, representado por la disminución del alquiler, sino que le ha de transformar en propietario, lo cual suele ser, para los que nunca lo han sido, el colmo de sus ensueños ambiciosos.

Esa transformación tiene también otra consecuencia más trascendental. Sabido es que las predicaciones modernas del socialismo di-

solvente y del comunismo engañoso, por muy irrealizables que sean, suelen seducir á las clases obreras con perspectivas ilusorias de bienestar: una de esas falaces perspectivas es la de hacer al pobre propietario por medio del violento despojo del que lo es legítimamente, y de un reparto de bienes, que, además de ser atentario, en el caso de ser posible, sería necesariamente transitorio, porque no cabe igualdad permanente de bienes en una sociedad donde hay tanta desigualdad de inteligencias é ignorancias, de laboriosidad y de holgazanería, de prudencia y de dilapidación, de hombres, en fin, morales y de otros que no lo son.

Pues bien; nuestro sencillo problema, tal cual le hemos explicado, tiende á realizar una parte de esa utopía irrealizable, la de hacer propietario al obrero, y esto sin violencias, sin trastornos, sin atentados, y sólo con el trabajo honroso y la economía constante, que ha de merecer el aplauso y la protección de todos los hombres honrados, contribuyendo así á rectificar las ideas equivocadas con que se pretende perturbar la sencilla imaginación del pueblo.

### III.

Acaso pudiera creerse que lo que llevamos expuesto son teorías engañosas de un buen deseo, imposibles de llevar al terreno de la práctica; pero afortunadamente, sin apelar á otros países, donde pudiera decirse que la diferencia de índole, de costumbres y de circunstancias haría realizable lo que en el nuestro no podría serlo, aquí mismo, en Madrid, tenemos hace algún tiempo resuelto el problema del modo indicado, sin inconveniente alguno, y dando un ejemplo elocuente digno de imitarse, porque destruye preocupaciones erróneas y produce ventajas positivas.

Creóse en Abril de 1875 una asociación con este objeto, compuesta de personas caritativas, y que se denominó *La Constructora benéfica*. Su origen fué algo extraño é interesante. Una señora extranjera, residente en París, la condesa de Krasinski, persona de elevados y generosos sentimientos, sin conocer á nuestra compatriota la señora doña Concepción Arenal más que por sus obras literarias y sus actos benéficos, la envió un donativo de 25.000 francos para que lo emplease en la obra de caridad que creyese más útil. La señora Arenal pensó, como ella sabe hacerlo, y tuvo el pensamiento feliz



de dedicar esa cantidad á servir de base á una sociedad que se encargase de hacer un ensayo de casas para obreros. Algun tiempo despues, otra dama española, la señora doña Gertrudis Gomez de Avellaneda, sin haber conocido al que escribe estas páginas más que de una conversacion casual de pocos minutos, le dejó en su testamento un legado de 33.000 rs. para que los dedicase á la *Constructora benéfica*, si esta sociedad se realizaba, porque entónces estaba aún en proyecto, ó en caso contrario, al objeto benéfico que le pareciere mejor. Como la *Constructora* se estableció al fin, le fueron aplicados los 33.000 rs., deducida la gravatoria contribucion del 10 por 100 por traslacion de dominio, que no fué posible evitar. A esto siguieron donativos importantes de nuestros Reyes, del Ayuntamiento, de los Sres. Olózaga (D. Salustiano y D. José) y de otras personas generosas, agregándose una suscripcion modesta pero constante.

Con solos estos recursos, la *Constructora benéfica* funciona hace seis años y tiene hechas ya 51 viviendas en terrenos del barrio del Pacífico, formando la nueva calle de la *Caridad*. Para conseguir este resultado con tan escasos elementos, no se ha necesitado más que una administracion celosa y, por supuesto, enteramente gratuita de la junta directiva, una constancia á toda prueba y el ejemplo práctico de las ventajas del sistema. De los 51 inquilinos, hay ya cuatro propietarios de sus casas, porque sus economías les han permitido adelantar algunas cuotas de amortizacion.

Consideraciones que nuestros lectores comprenderán nos impiden entrar en reflexiones de elogio hácia una sociedad, y sobre todo respecto á su junta directiva, donde todos trabajan gratis y con el celo posible, pero no sin recompensa, pues la reciben muy grande y muy grata á su corazon, viendo el espectáculo de 51 familias obreras que habitan bien, viven felices y esperan serlo más cuando queden convertidos en 51 propietarios de casas.

En aquella calle de la *Caridad* se conoce el bienestar de sus moradores porque hay tranquilidad completa, armonía fraternal de vecinos, salubridad notable y hasta moralizacion en las familias. El obrero que vuelve por la noche á su hogar y halla que es una mansion agradable, en ella se queda y no vá á buscar á la taberna y á la calle goces perturbadores, porque los encuentra mejores y más puros en el seno de su familia y en *su* casa, que algo suya empieza á ser desde la primera cuota de amortizacion que entrega á la *Constructora benéfica*.

Esta tiene, pues, ya vida propia. Cincuenta y una casas son bue-

na base y garantía de hacerse muchas más por el mismo sistema. El ejemplo está dado; la prueba hecha con el éxito deseado: sólo falta que capitalistas, hacendados y personas que tengan recursos de dinero y de buen deseo, apliquen unos y otros á fomentar y secundar el pensamiento, bien ingresando en la *Constructora*, ó bien haciendo por sí las casas. La sociedad quiere la difusion de la idea; no el monopolio benéfico de su ejecucion.

Y téngase en cuenta que en esto no hacemos un reclamo de cuestion al bolsillo ajeno en demanda de donativos. No: se trata de un consejo desinteresado, que pudiera merecer alguna gratitud, no por ser nuestro, sino por ser ventajoso para quien así emplease el dinero y para quien reciba las consecuencias de su inversion. En efecto, diez y ocho mil reales próximamente ha costado á la sociedad cada una de las últimas 17 casas que recientemente ha construido y alquilado. Si alguna persona caritativa quisiera seguir ese ejemplo, haciendo por su cuenta una ó más casas iguales en aquella calle ó en otra parte, no seria un simple donativo de 18.000 reales (aunque pudiera serlo tambien, y muy laudable y agradecido) sino una inversion de esa cantidad en especulacion útil que le produciria un 4 por 100 de interés seguro y garantizado, con reintegro progresivo y seguro tambien del capital. Habria, pues, en ello un verdadero negocio de ganancias proporcionadas, y envuelto en el negocio, se verificaria tambien una grande obra social de caridad, no sólo aisladamente por el beneficio de cada casa que se edificase á cada obrero que la habitase, sino porque si la idea se difundiese, si los barrios del Pacífico, de la Prosperidad, del Canal, de San Isidro, de Chamberí alto y demás extremos de Madrid se convirtiesen en calles como la actual de la *Caridad*, considérese qué hermosa trasformacion veriamos irse planteando en la vida material y aún moral de los obreros madrileños, hoy hacinados en nuestras boardillas y en los barrios bajos del Lavapiés y del Humilladero.

Entregamos la idea á la meditacion de las personas que tengan buena cabeza para calcular bien y corazon bueno para sentir mejor.

ANTONIO GUEROLA.

---

## LA CRUZ DE PIEDRA.

---

A la entrada del lugar,  
sobre un monte que la hiedra  
rodea y cubre á la par,  
se eleva una cruz de piedra  
frente á las olas del mar.

—  
Sobre el monte el sol colora  
del azul espacio el velo,  
el mar á sus plantas llora,  
y entre el abismo y el cielo  
está la cruz redentora.

—  
Si azota el mar con rugidos  
los rotos peñascos yertos,  
en la cruz, los afligidos,  
ven unos brazos abiertos  
hácia el náufrago tendidos.

—  
Allí reza el pescador  
cuando zumba el huracan,  
y la madre en su dolor  
pide con amante afan  
por el hijo de su amor.

—  
Y si con preces sentidas  
el pueblo á la cruz implora,  
vuelven las barcas perdidas;  
que no hay mejor salva-vidas  
que aquella cruz bienhechora.

—  
Bajo su sombra sagrada  
el amante que se aleja  
se despide de su amada,

y en la cruz bendita deja  
su esperanza concentrada.

---

Y luego izando atrevido  
la vela que el viento azota,  
se aleja el barco impelido  
como una blanca gaviota  
que va buscando su nido.

---

Y, aún á lo lejos, mecida  
la barca que el mar no arredra,  
halla su vista perdida  
aquellos brazos de piedra  
que le dan la despedida.

---

Y al fin su ausencia al romper  
el infeliz marinero,  
la costa lejana al ver,  
es esa cruz lo primero  
que halla su vista al volver.

---

Sin fuerzas para luchar,  
¡oh santa cruz bendecida!  
tu auxilio vengo á buscar;  
náufrago soy de otro mar,  
que tambien es mar la vida.

---

Tambien de amargura llenas  
causan sus aguas espanto,  
y tambien, nunca serenas,  
lo agitan olas de penas  
que al fin se rompen en llanto.

---

En ese mar sin salida  
y en negra noche traidora  
se agita el alma perdida:  
¡sálvame, cruz protectora,  
en los mares de la vida!

JUAN ANTONIO CAVESTANY.

Setiembre, 1881.

# LOS ANTICUARIOS.

Diariamente se escucha á personas sin cultura y de innata aversion á la estética, lo mismo que á gran número de las que pasan por instruidas y de probado buen gusto, dirigir la siguiente pregunta:

¿Por qué en estos tiempos se ha apoderado de las gentes la manía de coleccionar antigüedades?

La contestacion es, sin embargo, fácil y concluyente, y no necesita de sofismas ni de argucias para convencer. Es el presente tan triste, las concepciones del arte revisten en nuestro siglo, por regla general, caracteres tan confusos, tan diversos, tan raquíticos y tan deplorables, que nada de particular tiene el que todo espíritu verdaderamente artístico y amante de lo bello corra en pos de las antigüedades, para hallar consuelos y deleites que la época moderna niega á su legítima pasion.

Por lo demás, nadie que de medianamente instruido se precie debe desconocer que tan recomendable *manía*, ya que así ha dado en denominarse, no es sólo de estos tiempos, pues, á pesar de la oscuridad que envuelve á los más remotos y lejanos, es, sin embargo, fácil descubrir en ellos huellas de esta aficion, no faltando erudito, quizás algo exagerado, que llegue á señalar la existencia de los coleccionadores en los tiempos mitológicos, y que afirme que el mismo Júpiter, en momentos de penuria y aconsejado por Chamaril (dios de la prendería), bajó á la tierra á vender sus antiguos rayos y sus históricos trajes á un célebre anticuario. Con más viso de probabilidad, ha sostenido un historiador que el pretor C. Verres, á quien Ciceron abrumó con sus diatribas, no era un malvado, sino tan sólo un furibundo coleccionador de objetos de arte, que en su loca pasion no tenia reparo en apoderarse de un Alejandro esculpido por Lysippo, en proscribir á su legítimo poseedor, ó en saquear el más venerado templo siempre que contuviese un Dios bien modelado ó un rico vaso artístico. Esta version del historiador á que me refiero haria más disculpables las correrías de Verres por Asia, Pamfilia y Sicilia.

Petrarca, no sólo adquiere fama en el siglo XIV como restrauctor de las letras clásicas é idealizando en sus canciones amorosas á los trovadores, sino que obtiene legítimo renombre como coleccionador de objetos artísticos; y más tarde encontramos á Niccoli, Fusconi, Bembo, y principalmente á Leone Leoni, cuya galería fué de tanta utilidad para los escultores de la cathedral de Milan, no queriendo citar á los coleccionadores célebres del siglo XVIII y los del siglo presente, por no hacer interminable la lista. Todo ello prueba, más ó ménos, que los coleccionadores son de remoto origen.

Por el afecto á las antigüedades no es, no, una extravagancia ó una manía, como algunos han dado en decir, sino que reviste los caracteres de una verdadera ciencia; así es que el aficionado á la arqueología se considera justamente miembro de una antiquísima familia y de una egregia estirpe que entre sus pergaminos registra á

Lorenzo de Médicis, quien por primera vez estableció en Florencia la enseñanza pública de esta importante ciencia; á Grævius, Kirchez y al célebre Winkelmann, á los que se deben los primeros estudios acerca de la historia del arte entre los antiguos, historia interantísima, continuada por Shakespeare, Gœthe, Schlegel, Schiller, Chateaubriand, Bürger, Wauters, Chaumelin, Lacroix y otros muchos que seria tarea imposible recordar. No cito de propósito varios nombres ilustres de españoles que se han ocupado y distinguido en esta ciencia, por no romper la desdichada costumbre establecida en nuestro especial país, y que consiste en no hacer mencion del mérito positivo de nuestros compatriotas, y colmar en cambio de alabanzas y llegar hasta la adulacion tratándose de extranjeros. Esto, que por algunos se interpreta como modestia española, es á mi juicio sensible ingratitud; pero la moda así lo requiere, y el público no perdona al que no rinde culto á esta deidad.

Convengamos, pues, en que el anticuario es todo un sujeto respetable que vive en el mundo de la antigüedad figurada, y para quien los recuerdos de las costumbres, de las artes y los objetos de épocas remotas tienen preferencia sobre las producciones mezquinas y destestables de utilidad y de mercantilismo, desprovistos de todo sentido estético. Pero el nombre del anticuario es genérico y nada, quizás, existe tan variado como las especies de esta familia y las ramas de este tronco comun.

Desde luego, aparece la clasificacion de *arqueólogos*, ó anticuarios propiamente dicho, *coleccionadores*, *chamarileros* y *especialistas*.

Es el *arqueólogo* hombre de ciencia que no tan sólo colecciona, sino que las más de las veces está exclusivamente entregado á los estudios de la antigüedad y consagra su existencia, ora á los descubrimientos, ora á la clasificacion de los objetos que constantemente aparecen. Persona por lo general poco comunicativa, no le busqueis entre el mundo bullicioso, pues si alguna vez deja su gabinete enciclopédico, es para trasladarse á alguna ruina ó para bajar al fondo de alguna excavacion, donde los periódicos, con más ó ménos certeza, han señalado la aparicion de restos ó vestigios de épocas lejanas. El *arqueólogo* sincero, convencido y animado por el fuego sacro, colecciona con pasion y cariño, con el objeto de satisfacer su curiosidad y su amor á las artes y á la historia.

El *coleccionador* es la antítesis del *arqueólogo*.

Alegre, comunicativo, y no pocas veces exagerado, por no decir embustero, generalmente sin estudio alguno preparatorio, se ocupa sólo de amontonar objetos artísticos de todo linaje, sin orden ni concierto, satisfaciendo, más que su afecto á lo bello ó á lo antiguo, su vanidad. Así se observa que al paso que el *arqueólogo* guarda sus preciados objetos como temeroso de que la vista de las gentes los profane, el *coleccionador* habla á todo el mundo de los cachivaches que tiene, y no pocas veces de los que no tiene. Los coleccionadores pueden ser tambien clasificados segun sus debilidades y segun sus gustos.

Los hay, por ejemplo, que encarecen todos sus objetos asegurando á cuantos les escuchan que les han costado sumas exorbitantes; así como no faltan, por el contrario, quienes, pretendiendo de *gangueros*, sostienen que todo lo consiguen por una bicoca, bien sea en el Rastro (donde nada se encuentra hoy día que valga la pena), bien sea explotando la ignorancia de los vendedores (que por regla general saben más que él).

Los hay que, no creyendo sino en la autenticidad de sus objetos, califican siempre de imitaciones ó falsificaciones los que poseen los demás, aunque nunca dan una explicación satisfactoria, ni una razón seria para probar su aserto.

Los hay que se creerían profanadores de la antigüedad si no conservasen el polvo y la basura apegada á los objetos, y que ellos, en su fanatismo, consideran como la verdadera *patina* que da carácter á las colecciones; en cambio, los hay que cifran su más delicado esmero en presentar los ejemplares bien limpios y en completo estado de restauración, comprendiendo, fundadamente, que el verdadero mérito artístico de los objetos se acrecienta y se pone más de relieve con la limpieza y con una instalación inteligente.

Los hay que sólo comprenden las antigüedades cuando son *bonitas*; así es que desprecian una arqueta bizantina, un tapiz gótico ó un plato de Vinkenboons, y se extasían ante una tabaquera del siglo XVIII, á pesar de su detestable gusto, ó ante una figurita de Meissen, creador del afeminado y raquíptico estilo de *rocaille*; pero la galantería me impide proseguir en la ligera crítica de esta determinada clase de aficionados de que me estoy ocupando, pues naturalmente la constituyen, en su inmensa mayoría, esos encantadores seres que, si todavía no tienen idea perfecta de la verdadera belleza, han sabido inspirarla á los demás. Dejemos, pues, á esas criaturas entregadas al *Saxe* y al *Sevres*, estimulemos su afición á los objetos antiguos, único medio de que los *modernos* podamos vivir en una tranquilidad relativa, y pasemos á ocuparnos del coleccionador famoso entre los famosos. ¿Quién no le conoce? ¿Quién no le ha tropezado en su camino?

Ahí le teneis. Dedicado única y exclusivamente á acaparar ejemplares, no se preocupa de las épocas, ni de los objetos, ni tiene predilección por un arte determinado; su solo prurito consiste en aumentar de día en día su colección, aunque en ella figuren los más extravagantes objetos y aunque el arte quede vilipendiado á cada paso. Desprovisto de todo sentido artístico, igual importancia da á lo bueno que á lo malo, y con una sangre fría que maravilla, lo mismo coloca al lado de un *Tintoretto* una estampa de Epinal, como al lado de uno de los notables y rarísimos violines de porcelana de Delft, un mantequero ordinario de Sargadelos; con el mismo esmero trata un códice del siglo XV que un autógrafo del último de los gacetilleros modernos; la misma preferencia concede á una *espada de cordoncillo* que al cordoncillo de una espada. Estos coleccionadores son los más numerosos y los más divertidos, y en su

ignorancia y en su afán de poseer objetos extraordinarios, les oireis decir con grande aplomo que conservan una *pluma auténtica* del Espíritu-Santo, cuando se presentó en figura de *paloma*, ó bien os asegurarán con formalidad asombrosa que guardan en su colección y en la propia *Redoma encantada*, las babas del *Rey que rabió*, no olvidándose de decirnos repetidamente que en su casa tienen la *manzana de la discordia*, si bien al mencionar este objeto, lo hacen siempre en conversaciones relacionadas más ó ménos directamente con su suegra.

El *chamarilero* se subdivide en dos clases, á saber: el de buen tono y el de matrícula.

El primero, exagerando su pasión por los objetos artísticos, no ve en ellos en último término sino un motivo de lucro. No se puede decir propiamente que colecciona, sino que almacena. El argumento Aquiles que emplea en su defensa consiste en decir que no correspondiendo su fortuna con su excesiva afición al arte, se ve en la dura necesidad de vender cinco ó diez veces más caros de lo que le costaron algunos preciosos objetos, y de este modo proporcionar nuevos deleites á su arrastradora pasión; pero en el fondo, creedme, no hay otra cosa que especulación, respetable si se quiere, pero especulación al cabo.

El *chamarilero de matrícula* no necesita de minuciosa definición. Su pensamiento y su criterio artísticos están contenidos en las dos palabras que á manera de divisa ostenta en la muestra de su establecimiento: *Compra y venta*. Al efecto, vende y compra objetos antiguos y viejos, como pudiera vender patatas, si las patatas coleccionadas satisficiesen la vanidad de los hombres de dinero y alcanzaran, por lo tanto, crecidos precios.

Para terminar, señalaremos á los *especialistas*, ó sean los que se dedican preferentemente á coleccionar objetos determinados, libros manuscritos, muebles, armas, hierros, monedas ó porcelanas. Esta última afición, dicho sea al paso, es la que más estragos causa en los presentes tiempos, la que ménos se explican los ignorantes y la que más preferente atención debiera merecer á los que se dedican á la ciencia arqueológica, por lo mismo que es asunto bastante ignorado en España, á pesar de ser el país que llena las páginas más brillantes y más gloriosas de la historia de la cerámica; pero la gente superficial se limita á censurar y criticar duramente á los que coleccionan cacharros y platos, sin comprender que la cerámica es quizás la ciencia que más interés ofrece bajo el punto de vista de la antigüedad, toda vez que recientes descubrimientos han probado su existencia nada ménos que en los tiempos prehistóricos. Es, además, la cerámica, dentro de la esfera del arte, una de las ramas más delicadas y que más erudición necesita, pues es imposible llegar á ser un buen inteligente en tan importante materia sin tener profundos conocimientos de la geología, de la química, de la física, de la historia, de la geografía, de la escultura, de la pintura y de otra multitud de ciencias y artes auxiliares, que son indispensables al que aspira



al título de *ceramista* y no quiere degenerar en *ceramómano*; pero todo esto requiere artículo, mejor diré, artículos aparte, pues es cuestión para tratada con gran detenimiento. Bástame por el momento defender á los aficionados á porcelanas de los cargos injustos y de las burlas infundadas que les dirigen las gentes vulgares, alentarles en tan noble afición y decirles, parodiando al célebre Thiers, que si la historia lo enseña todo, los platos y los cacharros consue-  
lan de todo.

Sin pensar, y quizás contrariamente á lo que me habia propuesto, descubro un poco mi flaco al hacer la apología del *ceramista*; no es esto, sin embargo, decir que no merezcan aplauso y estímulo todos cuantos cultivan las diferentes ramas de la arqueología y emprenden la nobilísima tarea del coleccionador. Todos, en efecto, merecen grandes elogios y prestan más ó ménos conscientemente un gran concurso á la obra de la civilización, y á no tacharme de exagerado, me arriesgaria á decir que todos influyen en la política y en la estabilidad de las instituciones sociales, haciendo, sin darse cuenta de ello, la causa de los principios conservadores. ¿Qué es, despues de todo, *coleccionar*, sino *conservar*? ¿Cómo es posible que un entusiasta coleccionador de armas ó de platos no tiemble ante la idea de una revolución, que puede en un momento dado hacer que el populacho se apodere de las primeras ó le haga trizas los segundos? Con razon dice un profundo escritor de la nacion vecina, que el inglés que pagó 10.000 francos por los dientes de Napoleon I, debia pertenecer sin género de duda al partido tory. Lo cierto es que todo Gobierno que comprendiese su verdadero interés, deberia fomentar la afición á las colecciones y exceptuar de derechos de aduanas los objetos de arte antiguo.

Haria interminable este artículo si relatase las virtudes y la eficacia que los verdaderos anticuarios prestan á la arqueología, considerándola como específico para prevenir todos los males, pues no sólo creen ver en ella el medio inevitable para traer á buen camino á los jóvenes disipados, que ante las dulces emociones que proporciona la adquisicion de objetos de arte, olvidan la azarosa y desdichada existencia que acarrean las terribles pasiones por el juego, el vino y otros vicios, sino que en la pendiente de las exageraciones, llegan hasta á afirmar que la afición por las antigüedades influye poderosamente en la longevidad, citando al efecto á Le Carpentier y Walpole, célebres coleccionadores que vivieron ochenta años, y muy principalmente á Waldeck, que pasó de los ciento.

No seguiré yo en su delirio á semejantes fanáticos, pero sí sostengo que todo el que esté dotado de sentimientos que no sean vulgares y que goce de una ilustracion, por mediana que sea, no dejará en conciencia de reconocer que no puede existir más noble y plausible ocupacion que la de coleccionar objetos artísticos.

El arte es, en efecto, la herencia más codiciada que las épocas legan á sus sucesoras; lo que representa más á lo vivo, y hace renacer ante nuestra imaginacion de un modo más perceptible la gloria,

el esplendor y la grandeza de los pasados tiempos. Entrad en esos magníficos museos arqueológicos del extranjero, verdaderos relicarios históricos donde se encuentra la síntesis de la vida pasada; el arte os acoge en aquellas venerables mansiones, y dilatando los estrechos horizontes del presente, os manifiesta de relieve las maravillas de cuarenta siglos y os conduce á la Grecia para haceros adivinar los encantos del Parthenon y los portentos de su cultura, como os traslada al Egipto y os enseña su culto misterioso y sus jeroglíficos indescifrables; desde la cúspide de las Pirámides os hace descender á las profundidades de las catacumbas de Roma; allí vereis urnas y sarcófagos que traen á vuestra imaginación el recuerdo de los grandes sacrificios y de las divinas esperanzas, y leereis en inscripciones, que los siglos no han podido borrar, cuanto los sufrimientos del pasado han escrito á la justicia futura. Vereis más allá el lujo y la magnificencia del imperio oriental, dando realidad á los cuentos de las *Mil y una noches*. Vereis el arte bizantino esperando confiadamente que Roma se purifique. De pronto se os aparecerá la Edad Media con sus castillos feudales y sus monasterios, y percibireis el arte gótico tejiendo cual delicado encaje sus tréboles, sus ojivas, sus mil arcadas y sus elevados chapiteles, que cual la fé que los inspiró, parecen penetrar en el cielo. Vereis el Renacimiento, esa gran revolucion del arte, que devolviendo por mano de Leon X el cetro del mundo á las bellas artes, supo tan bien armonizar las formas plásticas de la antigüedad griega y romana con el idealismo cristiano. Vereis, finalmente, la decadencia artística de los tiempos de Luis XIV y Luis XV, épocas llamadas con razon *de las pelucas*, en las que, excepcion hecha de algunos pequeños objetos de joyería, relojería y ornamentacion, de género *rocoille* y *pompadour*, la grande arquitectura pierde su belleza y sus elegantes líneas, tras los amazacotados contornos y antitéticos dibujos del detestable estilo *rococo* y *churrigueresco*.

Es imposible que á la vista de tan sorprendente espectáculo y en presencia y al contacto de tanto recuerdo, el ánimo más impassible no se sienta embargado por la dulce emocion que produce el abstraerse de la realidad para dejar que la imaginación vuele á su placer por las inconmensurables regiones de la fantasía.

Por eso existe injusticia notoria en la censura que las gentes irreflexivamente lanzan contra el anticuario, tildándole de monomaniaco, ya que no de loco rematado. Por eso, á su vez, el anticuario, parecido al viejo caledonio de que nos habla Walter Scott, que pasaba su vida registrando las tumbas y descifrando los epitafios á fin de descubrir los nombres de los antepasados, lleno de ardor y curiosidad registra los objetos antiguos para sorprender el secreto de las remotas edades, y desdeñando las burlas de los ignorantes, prosigue incesantemente la realizacion de su esencia, y creyéndose nuevo Ezequiel, sueña con devolver el espíritu al cadáver del pasado. Respetémosle.

SATURNINO ESTÉBAN COLLANTES.

# LOS CONGRESOS

DE

# AMERICANISTAS.

---

## I.

### PRELIMINARES DE LA CUARTA REUNION.

Al representante de España en Bélgica, D. Rafael Merry del Val y al brillantísimo papel que en el Congreso de Bruselas desempeñó el delegado del Gobierno español, D. Marcos Jiménez de la Espada, se debió sin duda el haberse designado á Madrid como punto de reunion de la cuarta de los americanistas. ¿Y cómo no seguirse este resultado, de las simpatías movidas en los extranjeros por los que allí se presentaron en nombre del pueblo que descubrió la América, y en la propia lengua de los descubridores dieron á conocer el arsenal bibliográfico y las riquezas de inéditos que aún nuestros archivos atesoran? Tanto sedujo y decidió esto á los sábios congregados en el tercer certámen, que al deliberar en su Consejo resolvieron por gran mayoría honrarnos con la preferencia; y acordado así, comunicaron seguidamente á nuestro Gobierno las notas que en tales casos se acostumbran.

Llegada la invitacion á Madrid en el mes de Octubre de 1879, dispuso el ministro de Fomento, señor conde de Toreno, que se formase la Junta organizadora del cuarto Congreso; y despues de impetrar de S. M. el Rey D. Alfonso XII, que se dignase dispensar su proteccion al acto científico, y de solicitar y obtener el patronato del ayuntamiento de la capital, reuniéronse para tratar del asunto los pocos escritores americanistas de Madrid, juntamente con otros publicistas y geógrafos, y propusieron las personas que podrian constituir dicha Junta; resultando por unanimidad agraciadas las siguientes, en la eleccion verificada en el salon de sesiones de la real Academia da la Historia el 4 de Enero de 1880.

Con la presidencia de honor, el Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo, que á la sazón desempeñaba la del Consejo de Ministros;

preferido para tan importante puesto, no tanto por su alta posición política, cuanto por su extendida reputación literaria, por su justificado título de peritísimo en la historia nacional y singularmente del período de los descubrimientos y de nuestro dominio en América, y por distinguirse entre los escritores españoles de más vasto talento y profundo saber en todos los ramos de la ciencia. Con las vicepresidencias, también de honor, se agració á los Excmos. Sres. D. Cristóbal Colón, duque de Veragua, que nombrándose como su inmortal ascendiente el gran descubridor, se recomendaba preferentemente, además de su valer propio, cual recuerdo vivo de quien ántes que nadie hizo resonar en el Nuevo Mundo los ecos de la lengua castellana: D. Antonio Morcillo de Teruel Moctezuma y Navarro, duque del nombre que llevó el último verdadero emperador de México, aquel Moctezuma Xocoyotzin, émulo del gran Cortés en artes diplomáticas y víctima del exaltado amor de sus propios súbditos: el representante ó ministro plenipotenciario de los Estados Unidos de América, Mr. Lowel y el ilustrado escritor político don Fermín Lasala, que desde el mes anterior estaba al frente del ministerio de Fomento.

Presidente efectivo fué elegido, acaso contra su voluntad, el excelentísimo Sr. D. Francisco de Borja Queipo de Llano, conde de Torero y ministro entónces del departamento de Estado, que durante su permanencia de más de cuatro años en el de Fomento logró conquistarse el renombre de primer protector de las letras españolas en los tiempos modernos, con el apoyo dispensado á la publicación de muchos é importantes libros. Y las vicepresidencias también efectivas, se confirieron á los Excmos. Sres. D. José de Cárdenas, que, como director general de Instrucción pública, supo con gran tino interpretar y coadyuvar en los propósitos del ministro, y adquirirse la fama que entre los escritores ha dejado: D. Rafael Merry de Val, cuyo influjo en la corte del Rey Leopoldo II, decidió la celebración del Congreso de Americanistas en Madrid: el eminente poeta, gloria de la patria, D. Antonio García Gutiérrez, director del Museo Arqueológico nacional y académico de la Española, y el distinguido escritor y marino D. Javier de Salas, académico de la Historia.

El excelentísimo señor marqués de Urquijo, banquero acaudalado, fué elegido y aceptó el cargo de tesorero de la Junta: el de secretario general, tan difícil de desempeñar, pudo conseguirse que lo aceptara el Ilmo. D. Cesáreo Fernández Duro, diligente bibliófilo, fecundísimo escritor y académico de la Historia; designándosele como adjuntos al oficial del cuerpo de archiveros D. Andrés Domec, y un redactor de cada uno de los periódicos de los diferentes colores políticos, representados por *La Epoca*, *la Iberia*, *El Imparcial* y *El Fénix*, y los de las revistas literarias *La América* y *La Ilustración Española y Americana*.

Vocales delegados de la Junta organizadora resultaron elegidos los políticos y publicistas afamados D. Emilio Castelar, D. Francisco Pí y Margall, D. Fernando Corradi, D. Antonio María Fabié: los

académicos, escritores ó catedráticos D. Vicente Vazquez Queipo, D. Jacobo de la Pezuela, D. Vicente Barrantes, D. Francisco Coello y Quesada, D. Miguel Colmeiro, D. Juan Vilanova, D. Emilio Ruiz de Salazar y D. Martin Ferreiro, y los publicistas de obras americanas D. Francisco Gonzalez de Vera, D. José María Escudero de la Peña, D. Marcos Jiménez de la Espada, y el autor de estos mal pergeñados párrafos.

Constituida la Junta el mismo 4 de Enero, y auxiliada decididamente por el ilustrado ministro Sr. Lasala y por el activo director de Instrucción pública, empezó desde luego á dirigir invitaciones á los escritores españoles y notabilidades científicas, para que redactaran Memorias y preparasen trabajos con destino al cuarto Congreso de los Americanistas. Los conocidos bibliófilos D. Cesáreo Fernandez Duro y D. Manuel R. Zarco del Valle, los eruditos compositores músicos D. Francisco Asenjo Barbieri y D. José Inzenga, el no ménos erudito especialista Dr. Thebussem y otros muchos conocidos escritores fueron invitados para que contribuyesen á dar esplendor al solemne certámen de Madrid. El Sr. Jiménez de la Espada, encargado por el Ministerio de Fomento de reunir y publicar un tomo de *Relaciones geográficas de Indias*, se ocupó sin descanso de la impresion de tan laboriosa obra; las comisiones especiales elegidas para redactar y publicar el reglamento del Congreso, disponer y organizar la Exposicion é impeler á unos y á otros para que salvarsen los obstáculos en que se tropezaba á cada momento, cumplieran con celo y sin descanso su cometido; y si no en grandes reuniones, que malgastan de ordinario y dolorosamente el tiempo en réplicas estériles, tuvieron una continua en el frecuente trato, que vino á interrumpir el nuevo rumbo señalado á la política española. Ese mal espíritu que cuanto invade bastardea, y que al penetrar en las esferas del trabajo seca, entre nosotros, las fuentes de toda prosperidad; presentó un obstáculo, y no pequeño, al desarrollo de los planes de la Junta organizadora, que completamente extraña á él se movia. Un cambio de tal índole, que en las otras naciones sólo ocupa á los interesados directos, aquí lo afecta todo; pues parece que éstos no llenan bien su cometido si no tratan de cambiar hasta el país mismo. Comprendiéndolo así, por triste experiencia, los americanistas, tuvieron que suspender sus trabajos para ocurrir á la necesidad de suplicar á los hombres del nuevo Gobierno que, aunque protegida la idea del Congreso científico por la situacion anterior, no fuesen á envolverla en la maraña de los ódios de partido ni sacarla de las condiciones de compromiso internacional, y que continuase el nuevo poder constituido dispensándola su apoyo. Presentáronse al efecto comisiones á los señores ministro de Fomento y presidente del Consejo, que con la más amable cortesía oyeron los ruegos y ofrecieron atenderlos, sobre todo en lo relativo á la concesion de recursos para acudir á los gastos comprometidos con autorizacion de los primitivos protectores de la idea; pero como los asuntos políticos preocupaban más á los ministros que el compro-

miso con los americanistas, demoraron bastante, acaso contra su voluntad, el cumplimiento de las ofertas; y la demora entorpecía los trabajos de la Junta, que ni conocía los grados de protección que los nuevos gobernantes pensaban dispensar á las letras, ni la esplendidez con que se proponían recibir y tratar á los sábios extranjeros, ni la clase de fiestas con que deseaban celebrar la solemnidad científica. En vano trataban de averiguarlo; el tiempo trascurría, pasando días penosos los presidentes de las comisiones, que, merced á la incansable actividad del señor duque de Veragua, y á la no menor diligencia del secretario general, Sr. Fernandez Duro, pudieron al fin confiar en que la nación descubridora del Nuevo Mundo no representaría desairado papel en el concurso de Setiembre.

Para que la buena esperanza se realizara, y dar al acto un esplendor que interesase la curiosidad de los extranjeros, y atrajese á Madrid gran suma de ellos, se habían tomado ya varios acuerdos en las sesiones de 2 de Febrero y 2 de Julio de 1880. Dirigíase uno de ellos á conseguir que se celebrase al propio tiempo que el Congreso de Americanistas, el primer centenario del Jardín Botánico madrileño, fundado en igual año del último siglo por el Rey D. Carlos III en la huerta del *Prado Viejo* que perteneció á María Martín Preciado (1): festividad que podía muy bien formar parte de la Exposición Americanista por los importantes estudios y ricas colecciones de plantas, traídas del Nuevo Mundo, que el Jardín posee. Otro acuerdo, tomado al tiempo de aprobarse los temas que en el Congreso debían ponerse á discusión, tenía por objeto solicitar el concurso de las personas que poseyeran antigüedades americanas para que oportunamente las presentaran á la Junta; todo á fin de probar, como en uno de sus artículos decía el Sr. Perez de Guzman, «que en cuestiones americanistas, España puede muy bien sostener la competencia con quien la suscite, y al propio tiempo que no disminuyese el calor con que se prepara un acontecimiento que debe ser fausto para nuestro país, por tener ocasion de demostrar á la faz del mundo científico de los dos hemisferios, que en el descubrimiento, conquista y colonización de América fuimos algo más que los dominadores arrogantes, y rendimos siempre un culto elevado á los elementos con que se forma la cultura, la tradición y la historia de pueblos de grande porvenir.»

Con el propósito de patentizar á ese mundo científico las pruebas de nuestra competencia en tales cuestiones, se circularon con profusión ejemplares del Reglamento-programa á los Estados de Europa y América; invitando á los sábios de todos ellos para que nos favoreciesen con su presencia: invitaciones que no fueron, por cierto, desatendidas; pues hasta la majestad del ilustrado emperador del Brasil, D. Pedro II, las de los jóvenes Monarcas Leopoldo II de

(1) Véanse los artículos publicados por el Sr. D. Juan Perez de Guzman en los números de la *Ilustración Española y Americana*, correspondientes al 15 de Febrero de 1880.

Bélgica y D. Luis I de Portugal y el malogrado Presidente de los Estados-Unidos de América Mr. James Garfield cuyos funerales acababan de celebrarse, se adhirieron á la vez que muchas eminencias científicas, literarias y políticas de ambos mundos.

Así las cosas y ya en vísperas de ese solemne acto, puesto que entrado había el actual mes de Setiembre, reunióse la Junta de organización del Congreso para tratar del asunto que siempre en España se tuvo por enojoso; el de los recursos para atender á los gastos que la solemnidad ocasionase. Presididos por el señor ministro de Fomento, que al dimitir el señor conde de Toreno le reemplazó en la presidencia efectiva de la Junta, hizo comprender á los allí reunidos las dificultades que para alcanzar los necesarios medios se presentaban; dificultades que el celo patriótico y la actividad del señor duque de Veragua vencieron; logrando á las pocas horas que el alto cuerpo consultivo del Estado comprendiese y consultase, y que el ministerio de Hacienda despachara, el asunto de la manera más satisfactoria.

Conseguidos los recursos, pudo ya atenderse al gasto de la *Exposición de objetos americanos*, dirigida por el mismo señor duque de Veragua, é instalada en las galerías del ministerio de Ultramar, y á las otras necesidades urgentes de las comisiones; con lo cual, al llegar el día de la fiesta, y á Madrid la pléyade de sabios y delegados extranjeros que nos honraban con su visita, pudo recibírseles sin preocupaciones penosas. Se inscribieron en el salon de sesiones los siguientes señores: de *Alemania*, V. Levensfield, O. Beussel, J. Biermann, Bentfeldt, y W. Reiss y Küme; de la *República Argentina*, H. J. Varela, S. Vesos; de *Bélgica*, A. Anatole Bamps, L. Hye, J. P. M. Creuen, Corelet; de *Bolivia*, E. Herrero; de *Colombia*, S. M. Quijano, R. Villegas; de *Costa Rica*, M. Peralta; de *Chile*, J. M. Cardozo; de los *Estados-Unidos*, J. L. Butles; de *Francia*, E. de Mafras, conde de Charencey, T. Beauvois, M. G. Paquis, Paul Gaffarel, Louvot, A. M. Dupuy; de *Holanda*, E. Leemanns, con señora é hija; de *Honduras*, J. de la Carrera, J. Corona; de *Inglaterra*, A. Jelly, A. Houghton, J. Gilleman; de *Luxemburgo*, P. Mullendorf; de *México*, doctor Hajar y Millan, R. Hajar, Haro, Ortiz de Jimenez; de *Noruega*, Hanstteen; del *Perú*, Pacheco Zegarra; de *Rusia*, príncipe Gortschakoff; de *Suiza*, Enrique Saussure, y de *Venezuela*, E. Frombona, y M. Frombona.

## II.

### SESIONES DEL CONGRESO.

A las nueve de la mañana del domingo 25 de Setiembre reuniéronse estos señores, con los americanistas españoles, en el salon de sesiones de la Real Academia de la Historia, para nombrar la mesa

encargada de presidir las del Congreso. Concedióse por el señor ministro de Fomento la presidencia de este importante acto al secretario que fué del de Bruselas, el ilustrado y elocuente Sr. Anatolio Bamps, quien pronunció en francés un sentido discurso agradeciendo la honra que se le dispensaba; y procediéndose seguidamente á la eleccion de las personas que habian de formar la mesa, recayó en las mismas que en el segundo período de la organizacion constituyeron la de la Junta, agregándose además como vicepresidentes los Sres. Otto Beussel, por *Alemania*; Gama, por el *Brasil*; Peralta, por *Costa Rica*, y Gortschakoff, por *Rusia*, y los representantes únicos de los demás países extranjeros.

Ocupada la presidencia por el señor ministro de Fomento, quien en breves palabras dió las gracias por el honor recibido y ofreció ser más extenso y explícito en el discurso que, horas despues, habia de pronunciar en el acto de la inauguracion, y resuelto por unanimidad que se considerasen presidentes de honor los señores ministro de Ultramar y presidente del Consejo de Ministros; manifestó el Sr. Albareda que no permitiéndole sus tareas asistir á las sesiones, delegaba las facultades de presidente en el señor duque de Veragua; y tras esto dióse por terminada la sesion á la hora de las once y media.

A las dos en punto de la tarde empezó la inaugural, bajo la presidencia de S. M. el Rey, con asistencia de S. M. la Reina y de SS. AA. las infantas; abriéndola el señor presidente del Congreso de Americanistas con un discurso no muy elocuente en verdad para los hombres de ciencia, pero en alto grado conmovedor por lo que dejó de decir. Siguió al del presidente otro bello discurso en francés del Sr. Bamps y al de éste el muy entusiasta, no ménos bello y perfectamente correcto del Sr. Hector Varela; ambos aplaudidos con verdadera justicia.

S. M. el Rey, con la elocuencia que le es propia, terminó la solemnidad pronunciando un sentido discurso, en el que resaltaron estos hermosos párrafos:

«Grande es para nosotros la importancia de este cuarto Congreso Americanista que hoy tengo la honra de presidir.

Al elegir Madrid como punto de reunion los hombres ilustres que nos honran con su presencia, dan público testimonio del progreso de nuestra patria.

Pasado ya el período de las perturbaciones y angustias, tiempo era de que nuestra querida España entrara, en la medida de sus fuerzas, á participar de las ideas y de los trabajos científicos de los demás pueblos europeos.

Sean, pues, bienvenidos los individuos extranjeros de este Congreso, y tengan la completa seguridad de que el país, el Gobierno y el Rey, en cuanto dependa de ellos, harán cuanto puedan para facilitarles el buen resultado de sus estudios.

Estos no pueden ménos de ser de grande interés para todos los españoles.



Cicatrizadas ya, como acabais de oír, las antiguas heridas de nuestra historia en América, parece como que un sentimiento de mútua justicia y de fraternidad tiende por ambas partes á acercar á estos pueblos, separados, sí, por el Océano, pero unidos por las costumbres, el idioma y las creencias. (*Muy bien, muy bien.*)

Creo, pues, hacerme intérprete del sentimiento general del país, al manifestar en tan solemne ocasion, y ante tan ilustre concurso, que España tiende sus brazos á través de los mares, para enviar á sus hermanos de América el testimonio de su amistad. Si los acontecimientos nos separaron en lo pasado, hoy la ciencia y el progreso nos unen en un esfuerzo comun, para que trabajemos unidos por la grandeza y prosperidad de la raza española en ambos mundos.»

Tan patrióticas frases fueron confirmadas con el unánime aplauso de la escogida concurrencia, y los calurosos vivas á SS. MM. el Rey y la Reina y á SS. AA. las infantas cuando se retiraban del salon.

Dirigiéronse luégo las reales personas á la Exposicion Americanista, instalada en el ministerio de Ultramar, y allí se trasladaron tambien todos los delegados y socios del Congreso, para admirar entre miles de curiosidades en armas, adornos, ídolos, mómias, cerámica, códices, cartas geográficas, y entre éstas la magnífica de Juan de la Cosa, y el preciosísimo ídolo remitido desde el Perú al señor conde de Guaqui.

\*  
\* \*

Para celebrar la primera sesion científica del Congreso, reuniéronse los Americanistas, en el local dicho de la Academia de la Historia, á las nueve de la mañana del lunes 26 de Setiembre bajo la presidencia del señor duque de Veragua, quien, despues de dar la bienvenida á los concurrentes, la cedió, segun costumbre, al doctor Pablo Gaffarel, delegado francés. Entrándose entonces á tratar de algunos puntos de Geología y de Historia precolombiana y del descubrimiento de América puestos á la órden del dia, usó de la palabra el Sr. Bamps para ocuparse del descubrimiento del Nuevo Mundo: habló en seguida el Sr. Rodriguez Ferrer de los fenómenos geológicos que ofrece la formacion de la isla de Cuba, que aseguró haber estado unida al inmediato continente americano; de los primeros habitantes de aquella Antilla, de sus ídolos y de la famosa mandíbula fósil de que tanto se han ocupado nuestros naturalistas. El reputado geólogo Sr. Fernandez de Castro confirmó, ampliando con gran erudicion, las mismas afirmaciones del Sr. Ferrer: el octogenario Sr. Arias de Miranda censuró la imprudente redaccion de algunos escritos de fray Bartolomé de las Casas, al que defendió calurosamente el académico de la Historia Sr. Fabié, exaltando con verdadero amor al dominico que se declaró protector de los indios: el entendido geógrafo Sr. Novo y Colson disertó elocuentemente sobre los debatidos viajes de Juan de Fuca y de Lorenzo Ferrer Maldonado: el aleman Sr. Reiss habló de las más importantes obras pu-

blicadas en Alemania sobre antigüedades americanas; y por fin, don Federico Botella, presentando en magníficos mapas, debidos á su inteligente laboriosidad, pruebas convincentes de la formacion de la Península ibérica y de la existencia de la Atlántida, terminó la primera sesion despues de las once de la mañana.

\*  
\* \*

Abierta la segunda á las dos de la tarde y ocupada la presidencia por el señor príncipe de Gortschakoff, propuso el norte-americano Sr. Hongthon, en sentidas y elocuentes frases, que el Congreso se hiciera intérprete de la pena que afligia á su patria por la lamentable pérdida del presidente Garfield; proposicion que fué unánimemente aceptada, acordándose que desde luégo se dirigiese un telegrama de pésame á la madre, esposa é hijos del que fué primer magistrado de aquella república.

Seguidamente hablaron, el Sr. Saussure de la geológica de la isla de Cuba; el P. Fita para defender al P. Boil y á Margarit de las acusaciones históricas de que son blanco por sus duros proceder con el gran Colon: el abate francés Sr. Louvot de Besanzon, respecto de las emigraciones de los hebreos á la América; al que le contestó el Sr. Espada impugnando sus afirmaciones; coincidiendo con la impugnacion Mr. Vinson, profesor de lenguas orientales en París, quien no encontró relacion ninguna entre las lenguas de los americanos y de los judíos. Sobre el mismo punto disertó el Sr. Minguez; y finalmente, dijo algunas palabras el que suscribe este artículo, para no conformarse con mucho de lo expuesto por el abate Louvot, para presentar los puntos probables de inmigraciones en el Nuevo Mundo y de invasiones de los americanos en Europa, y para dar cuenta de varias obras relativas al mundo de Colon, que está publicando, y entre ellas del estudio de los canales interoceánicos; poniendo de manifiesto los trabajos dirigidos á abrir comunicaciones entre los Océanos Atlántico y Pacífico, hechos por España desde los primeros de sus hijos que costearon el continente americano.—Presentáronse luégo, en nombre del Gobierno mexicano, por el señor doctor Híjar unas obras importantísimas de la historia de aquel país, escritas por Orozco y Berra y Larrainzar: movióse á seguida una discusion sobre reproducciones de *fac-similes*, en la que tomaron parte los señores Espada, Varela y Catalina García, y se levantó la sesion á las cuatro de la tarde, para trasladarse los Americanistas al Jardin Botánico, donde se celebró el primer centenario de su instalacion, y escucharon los concurrentes un elocuentísimo discurso del sábio director D. Miguel Colmeiro.

\*  
\* \*

A la misma hora de las nueve en punto de la mañana del martes 27 de Setiembre, empezó la tercera sesion, discutiéndose los temas de

Arqueología, Antropología y Etnografía, señalados previamente en el reglamento. Ocupada la presidencia por el Sr. Peralta, delegado de la república de Costa Rica, disertaron el doctor Gaffarel acerca de los mapas de América, y el Sr. Jiménez de la Espada elogiando al historiador de la conquista Pedro Cieza de Leon: los señores Neussel y Reiss dieron á conocer objetos curiosos del museo de Berlin; el Sr. Fernandez Duro leyó notas importantes relativas á los viajes de vizcainos á Terranova y á los progresos de la cartografía americana, y el Sr. Minguez sentó afirmaciones respecto de los viajes de egipcios y griegos á la América en épocas remotas.

\*  
\* \*

En la sesión de la tarde, á la que precedió la reunion del Consejo para acordar, como acordó, que el quinto Congreso se verificase el año de 1883 en Copenhague, ocupó la presidencia el Sr. Sausure, y la empezó el Sr. Minguez continuando su interrumpido discurso de la mañana. Leyeron seguidamente el Sr. Bamps algunas cartas y una importante nota del norte-americano, Sr. Barber, sobre cerámica americana; el doctor Montejo una eruditísima Memoria acerca de las bubas, y pronunció un elocuente discurso el Sr. Beauvois relativo á la cerámica de las primeras edades humanas.

Por la noche asistieron los americanistas á la brillante recepción del ayuntamiento, que fué honrada con la asistencia de S. M. el Rey, y de la que salieron muy complacidos.

\*  
\* \*

Dedicadas las dos sesiones del miércoles 28 á los temas de *Linguística y Paleografía*, abrióse la de la mañana á las nueve en punto y fué presidida por el Sr. Leemans. Entrando en la orden del día, hizo uso de la palabra brevemente el Sr. Arias de Miranda; siguió el señor conde de Charencey presentando en lengua castellana las analogías y relaciones entre los pueblos americanos, asiáticos y europeos, al que replicó el Sr. Jiménez de la Espada aclarando algunos puntos. El P. Fita habló luego de las semejanzas entre el eúskaro y ciertos idiomas de América; el Sr. Espada de arqueología americana, rectificándole algunos conceptos el Sr. Reiss; presentóse una curiosa descripción de varios monumentos de Yucatan, y acabó la sesión el Sr. Roda y Delgado tratando en un elocuente discurso de la obra del vienés doctor Reinich.

\*  
\* \*

La sexta y última sesión del Congreso se abrió á las dos de la tarde, ocupando la presidencia el eminente lingüista peruano Sr. Pacheco Zegarra. Principió leyendo el Sr. Neussel una erudita Memoria sobre primitivas lenguas americanas; siguió un elocuente discurs-

so del Sr. Fabié relativo al mismo tema, proponiendo, al concluir, que se solicitase del Gobierno la creacion de una cátedra de eúskaro en las universidades; y empezó á hacer uso de la palabra el Sr. Jiménez de la Espada del importantísimo asunto de la forma fonética en los primitivos dialectos americanos. Ocupándose estaba de este punto y exponiendo llanamente sus convicciones respecto del papel que en el dominio de América representaron los conquistadores y los misioneros, cuando al manifestar que despues de abrirse paso los guerreros con la espada, entraban los sacerdotes como mensajeros de paz á ejercer su alto ministerio en la conversion de los indígenas, unas voces destempladas de protestas, salidas de dos puntos diferentes del salon, vinieron á interrumpir la solemnidad del acto. ¿Por qué se distraia al orador ántes de terminar? Por fortuna, las acertadas medidas de la presidencia evitaron oportunamente que tales inconveniencias, desagradables á los concurrentes, tomaran mayor vuelo; como las publicaciones y los comprobantes, que no tardarán mucho en ver la luz, demostrarán á los impacientes que la verdad histórica se ha tenido siempre por prueba más apreciable, más severa, más pura que los acaloramientos apasionados.

Terminado el incidente, hizo el Sr. Fabié algunas rectificaciones; habló el canónigo Sr. Manuber, quien tuvo que suspender su oracion por ser extraña á la cuestion que se debatia; rectificaron los Sres. Minguez, Fita y Rada y Delgado, y se atrajo el Sr. Dognee toda la atencion del público en el discurso que á seguida pronunció. El colombiano Sr. Quijano y Otero presentó á la mesa una gramática de dialecto de su país, y mostró á continuacion, en sentidísimas y elocuentes frases, cuanta era su gratitud por el cariñoso recibimiento que habian dispensado á los americanos sus hermanos los españoles.

El Sr. Pacheco Zegarra dejó la silla presidencial al señor duque de Veragua, para dar cuenta en una erudita y bien meditada Memoria de la rica y numerosa coleccion peruana del abogado D. Mariano Macedo, compuesta de bellos y antiguos objetos de la cerámica que usaban la importantísima nacionalidad de Chimu y otros pueblos de aquellas regiones; y al terminar este asunto se defendió por el Sr. Varela, en galana frase y con el calor que le es propio, una proposicion dirigida á expresar á S. M. el Rey la gratitud de los Americanistas por la proteccion que se habia dignado conceder á su Congreso. El padre Fita propuso otro voto de gracias á la Real Academia de la Historia por haber cedido galantemente su salon de sesion para las del cuarto Congreso, y cerró las de éste con elegante y bello discurso el señor duque de Veragua, descendiente del gran marino, creador, con su descubrimiento, de estas solemnidades científicas.

Despedidos en tan cariñosa forma, los delegados extranjeros que nos han honrado con su presencia se retiraron, satisfechos, al parecer, para acudir á la cita que S. M. el Rey les habia dado

para tomar un thé en su propia casa. A las nueve y media en punto de la noche se encontraban reunidos en los salones de Palacio el mayor número de los Americanistas que, hasta aquella tarde, habían tomado parte en las discusiones. Escucharon afectuosísimas frases de SS. MM. y AA., y reconocidísimos á la bondad régia, se retiraron despues de las once, citándose para la despedida de la noche siguiente, preparada en su honor, en los salones del Conservatorio de Música y Declamacion.

Satisfechos vimos todos á los extranjeros de Europa y de América, al ser felicitados por personas tan amigas del saber como los Sres. Cánovas del Castillo, conde de Toreno y D. Fermin Lasala, que asistieron al mayor número de las sesiones. ¿Cuánto más satisfechos no irian si se hubiese presentado alguno de los sabios prohombres del poder, á enterarse al ménos de la extrañeza que en los Americanistas causaba su ausencia?

Para dar fin á este atropellado relato diré, por mi cuenta, que ha sido muy breve el tiempo de poco más de doce horas invertidas en las discusiones, cuando los temas señalados préviamente y los trabajos que había dispuestos y que ámpliamente aparecerán en los tomos de las Memorias del cuarto Congreso, se prestaban á muchas semanas de estudio asídúo. Tambien añadiré que España, poco ejercitada en esta clase de certámenes, debe en lo sucesivo preparar con tiempo y con método los trabajos, si no quiere exponerse á interrupciones como la que hubo de lamentarse en la tarde del último dia: que la Exposicion de objetos hay que prepararla con mayor antelacion y con el posible estudio de cada uno de ellos, y que si hemos de entrar de lleno en el concierto científico de las demás naciones, necesitamos publicar más y estrechar y multiplicar nuestras correspondencias con los americanistas de todo el mundo, para permutar sus libros con los nuestros, sus descubrimientos con nuestras observaciones, sus teorías con las nuestras, á fin de que el dia de la reunion, al llevar cada cual presente su trabajo, exponga tambien las objeciones, y unos y otros aceleren y aproximen la consecucion del bien de la ciencia á que estos certámenes conducen.

JUSTO ZARAGOZA.

*Vallecas 29 de Setiembre de 1881.*

---

---

## CRÓNICA POLÍTICA.

---

30 Setiembre.

¡Oh Polímnia!, bella hermana de Apolo, musa de la retórica, que por tanto tiempo y tan eficazmente inspiraste la elocuencia antigua: sea permitido á un español de la decadencia, á un mero cronista de las peripecias políticas de su patria infeliz, recordarte hoy. ¡Con qué placer, y con qué necesidad te invocaria, además, pidiéndote favor y auxilio, al comenzar el relato de las dos semanas de verbosidad que acaban de dejar su huella progresista en la historia contemporánea! ¡Qué lástima, que la severidad monoteísta te tenga ya equiparada á la carabina de Ambrosio! ¡Qué cosa tan socorrida era, imparcialmente pensando, aquella religion amable en que figuraste! Verdad que la idea divina se resentia algun tanto en ella de la longitud desmedida del escalafon olímpico; verdad que el riesgo de encontrarse en cada esquina á un dios más ó ménos superior, inferior, campestre ó casero, con la misma facilidad con que hoy se encuentra á un personaje liberal en cada quisque, hubiera acabado por desprestigiar sensiblemente el sumo oficio; pero de todos modos, y á pesar del carácter abusivo de aquella especie de enjambre fusionista de notabilidades empíreas, lo cierto es que el hombre no era en el seno de sus ficciones protectoras un sér triste, abandonado á la soledad austera de su conciencia y á las contingencias de su libre arbitrio: sino que, lo mismo para hablar bien, que para hacer zapatos, ó sandalias, sabia que podia contar, si de buena fé y en buenos términos lo intentaba, con la cooperacion sobrenatural.—¡Quién nos diera la tuya, oh deidad de los grandes habladores, hoy que tenemos que hablar de una porcion de ellos, á cual más importantes; hoy que se trata de reseñar, en estas humildes y sinceras páginas, el medio mes que deberá pasar al porvenir con el nombre de «quincena de los discursos,» cometiéndose, si no pasa, una atroz injusticia!

Sí; estamos ya en pleno preámbulo oratorio de la situación; su fuerza creadora, que insuficientemente se ha desahogado durante seis meses por el pobre respiradero de la *Gaceta* y del telégrafo, ha comenzado ya á oirse y á emplearse por la boca de sus eminencias. La ley de nuestra generación está al fin cumplida por la izquierda monárquica, y el fecundo fenómeno se ha realizado con una majestuosidad innegable. Hemos salido á discurso por día, y el primero fué de quien debía ser en el orden jerárquico-moral de la Fusión, y sobre lo que debía ser en la escala gradual de los poderes públicos. Pasadas las vacaciones, con esa fatalidad eterna de los plazos cumplidos, melancólica en abstracto, pero hermosa y consoladora cuando se reflexiona que también alcanza á ciertos ministerios, los tribunales se han vuelto á abrir, ha vuelto á funcionar la alta justicia, á quien el celoso liberalismo que nos rige ha de señalar, si Dios no lo remedia, tanto culpable conservador, y el señor ministro del ramo pronunció en su seno, como es costumbre, un magnífico discurso de apertura, que el patriotismo y la ciencia, de consuno, nos impiden á su vez pasar en silencio. Sin espacio, empero, para analizarlo en la multitud prolija de sus luminosos detalles, rindamos únicamente el homenaje de nuestro asombro ingénuo á su pensamiento fundamental, que ha sido, como las grandes reglas del arte oral preceptúan, el de enseñar mucho y bueno al país que lo oyera. Cicerón hacia consistir precisamente la obligación primera y esencial del orador perfecto, en esa condición de la enseñanza. La palabra deleitosa, ó persuasiva á secas, no era bastante en concepto del gran romano para ceñir á una frente el almo laurel extraordinario, si no era también palabra docente. Cicerón hubiera quedado, y lo decimos con entera convicción, satisfechísimo de oír al señor ministro de Gracia y Justicia. De sus labios ha aprendido en un solo día España muchas cosas interesantes, en confusión espléndida. Los que creían, por ejemplo, que el 8 de Febrero se había abierto sencillamente en España un período de simple desgobierno, saben ya que va á ser un período nada ménos que de renacimiento legislativo. Los que no habían podido inquirir la edad en que el señor ministro había sido por primera vez nombrado vocal de la comisión general de codificación, saben ya que esa edad fué la de veintiocho años no cumplidos. Los que se han lamentado hasta hoy del egoísmo deplorable de nuestros partidos políticos, saben ya que todos, absolutamente todos ellos, han seguido depositando en el señor ministro su confianza, no ya, como alguno pudiera sospechar, para que el

el señor ministro consiga hacer prácticamente un estudio comparado de todas las formas españolas de gobierno á quienes ha servido, sino para encomendarle la preparacion de toda reforma legislativa necesaria. Los que no barruntaban, en fin, que el partido gobernante tuviese aspiracion mayor que la de ser, ó llamarse liberal ante todo, y sobre todo, saben ya asimismo que es, conjuntamente, un verdadero partido reformista. ¿Cabén más enseñanzas en un exordio?

Pues en otro órden de ideas, y entrando ya en el verdadero cuerpo de la oracion, en la esfera múltiple y general del derecho patrio, que abarca y examina con mirada de águila, el señor ministro nos ha sorprendido, en primer término, con la revelacion de la deficiencia del actual Código de comercio, bueno, como S. E. dice profundamente, para su tiempo, pero que no satisface las actuales necesidades del principio de asociacion, tan prodigiosamente desarrollado en todas las industrias, inclusa la política. Y no digamos nada del Código penal, que es lo mejor que tenemos, pero al que la Constitucion vigente señalaba, sin que nadie lo presintiese, como merecedor de ciertas modificaciones en algunos de sus artículos, y sobre todo en los que al anticuado procedimiento inquisitorial y al tenebroso enjuiciamiento se referian. Y respecto á lo civil... ¡ah! lo civil, ya es tiempo de que España lo conozca, es un caos, un verdadero caos, el propio laberinto de Creta, que es la frase nueva y exacta del señor ministro. Estamos aún (¡quién lo creyera!) en pleno siglo XVIII á este respecto, y si no fuese por la prevision de D. Alfonso el Sabio, si no fuera por las Siete Partidas, ¿qué seria, un dia sí y otro no, de nuestros jueces, en medio del maremagnum legislativo que nuestras razas, conquistas, guerras, monarquías, Córtes y privanzas han ido aglomerando, y del que es tambien un triste reflejo exacto la legislacion foral de las provincias que la padecen? Sepa, pues, el país, de una vez por todas; que esto no puede seguir así; que para que no siga, el señor ministro, aun á riesgo de quebrantar el temple diamantino de su modestia histórica, á riesgo de que la posteridad le dedique un mármol, nos participa que se propone hacer, con la ayuda de su nuevo partido, todo lo siguiente, á saber: primero, aprovechar lo mucho y bueno que respecto de esas reformas se ha encontrado hecho por los Gobiernos anteriores, sin tener en cuenta que hayan sido canovistas; segundo, elevar á ley el proyecto de Código-comercial Pastor-Laserna, definitivamente corregido, como si S. E. mismo lo hubiera hecho; tercero, ir derechamente al juicio oral y público, sin contemplaciones respecto del Sr. Bugallal, que se



lo dejó todo arreglado en la materia, ni parar mientes en la convalecencia de la Hacienda pública; cuarto, romper abiertamente con lo que al estado de nuestro derecho civil se refiere, con eso que en latin se llama *statu quo*, y en castellano embrollo y anarquía, realizando el ideal que S. E. ha perseguido toda su vida, aún antes de los precitados veintiocho años, de que entre á ocupar el lugar de los Códigos romanos y de las decretales un verdadero Código nacional, adicionado con porcion de leyes especiales, en forma de cartilla, para no dar de una vez imprudentemente el golpe de gracia al régimen foral, que es el modo de llegar en firme á la ansiada y clara unificación; y quinto, procurar, con esta serie de altos y desconocidos servicios á la patria, que su partido regenerador se ciña el lauro de los Pedros, Federicos, Luises y Napoleones, cuya inmortalidad ha consolidado, á despecho de la política y la pólvora, el doble carácter que tuvieron de guerreros y de ministros de Justicia. Despidiéndose con esto el nuestro, hasta otra vez, de sus admiradores, y acabando así la leccion científica y honda que sus conciudadanos le han merecido. La necesaria extension de su discurso ha impedido, sin embargo, á S. E. completar la enseñanza nacional, diciéndonos algo concreto y nuevo tambien sobre algunas cuestiones particulares que el sagrado espíritu de la libertad tiene encomendadas á su estudio, como, por ejemplo, la del matrimonio civil y la del jurado, sin las cuales no se conciben ni el presente ni el porvenir de la humanidad democrática; pero á bien que hay más dias que cuestiones, y el señor ministro no es mudo. Ya hablará, pues, sobre ellas, oportunamente. Entretanto, el país debe felicitarse alborozado; porque todo hace creer que Jovellanos vive.

Roto, pues, y rebasado con esa gigantesca lucubracion, el valla-dar del silencio situacionista, la lluvia fecundante de los discursos de pura sangre política no se hizo esperar, y apareció en el horizonte la nube intensa y magnífica de su anunciacion y comienzo. Esta nube se ha llamado, por espacio de algunos largos dias, la cuestion de los presidentes. A su aspecto hinchóse, como es natural, un poco el mar fusionista, y rodaron con cierta temerosa resonancia por su agitada superficie algunas olas amenazantes, la ola Romero Ortiz, la ola Navarro, la ola Jovellar, la ola Balaguer, la ola Linares, todas nacidas y concitadas, en honor de la verdad, por el espíritu huracanado de ciertas malas inteligencias. El Sr. Romero Ortiz tenia dudas sobre si del contexto de una antigua carta del Sr. Sagasta, en que le prometia la presidencia del Congreso, se desprendian dere-

chos respetables para su personal susceptibilidad; el Sr. Navarro dudaba á su vez de la suficiencia de la satisfaccion que su partido le debe, limitada por hoy á presidir una comision trabajosa; el Sr. Jovellar dudaba de si, habiendo sido sus servicios tan ámpliamente atendidos en el seno del partido conservador, tenia, como fusionista liberal, ménos ó más derechos que el general Concha; el Sr. Balaguer dudaba de todo, hasta de sus títulos para volver á gobernar al lado del Sr. Sagasta, á quien adora; y el Sr. Linares no entendia bien tampoco cuáles debian ser sus determinaciones en presencia del movimiento iniciado en el seno de sus amigos y compañeros, los desatendidos hasta cierto punto. Y de estas varias dudas entorpecedoras, surgió por un instante el temor universal de ver zozobrar la nave de la izquierda en el comienzo de su navegacion de altura, y más de un espíritu poético se aprestó á componer el epitafio de la Fusion muerta al nacer. Y aquí del gran empleo benéfico de la palabra. ¿Quién ha dicho que la palabra sirve en primer término para ocultar el pensamiento? Alguien lo ha dicho, con pretensiones de decir una agudeza. Alguien ha dicho tambien, porque las gentes lo dicen todo, que la palabra es la principal enemiga de la necesidad, porque ésta va siempre vendida en su compañía. Digamos nosotros algo por nuestra cuenta, en presencia del efecto mágico de esa gran palanca del entendimiento, en la primera y grave crisis por que la Fusion ha estado á punto de pasar; digamos que la palabra es un gran calmante. Virgilio nos lo ha demostrado por boca de Júpiter; el *quos ego* quiere decir en castellano que hablando se entienden las gentes. ¿Quién ha sido el Júpiter de la situacion? Pues ha sido, como debia esperarse, su lugarteniente respetable y persuasivo, el ilustrado general Martinez Campos, á quien el Sr. Sagasta comisionó para conferenciar con los protestantes, y en quien delegó, con gran habilidad, su autoridad y su elocuencia toda. Mediaron, pues, sendos discursos entre el mediador y los señores citados, discursos que, con verdadero dolor de los aficionados, no han podido quedar para el porvenir, pero cuyas consecuencias prácticas y fructíferas se han tocado; viéndose en su virtud al Sr. Romero Ortiz depositar sonriente la célebre carta en su museo de curiosidades, viéndose al Sr. Navarro aceptar la presidencia de la comision del mensaje en el Congreso, que le obligará á sentarse detrás del marqués de la Vega, viéndose al Sr. Jovellar aceptar á su vez la del Senado, que le obligará á entenderse diariamente con el marqués de la Habana, viéndose al señor Balaguer dispuesto á escribir un poema sobre las vicepresiden

cias en general, y viéndose al inteligente fiscal del Supremo volver á su despacho con tranquilidad absoluta. El peligro, pues, quedó conjurado; las grietas precoces del edificio, aún fresco, de la situación, se cerraron y revocaron como por sí mismas; el país, las instituciones, los diarios ministeriales, respiraron; la dignidad universal y particular quedó en su puesto; la incipiente carcajada de los conservadores abortada, interrumpida, é inmediatamente se entró en otra serie de discursos trascendentales, convocándose la reunion previa de los diputados de la mayoría en el edificio de la Presidencia.

Todo el mundo, ó poco ménos, ha celebrado la sencillez de aquel primer discurso del Sr. Sagasta á su nuevo personal parlamentario y ministerial.—La opinion pública, de acuerdo con los gobernadores, ha enviado al Congreso una mayoría de la mayoría, compuesta casi unánimemente de gente moza, henchida de los mejores deseos patrióticos, aunque sin tener, por su inexperiencia, idea cabal de ellos, sorprendida en primer término de su propio advenimiento, y, por punto general, de bastante mejor aspecto y extructura que las antiguas masas civiles del progresismo. Esto al ménos aseguran los que visitan el salon de conferencias; y esto sirve, entre otras cosas, de argumento á algunos observadores para comprobar los adelantos del bien vestir. Sea de ello lo que quiera, el caso es que, segun la creencia general, el Sr. Sagasta, que ya conocia al detalle, por las presentaciones individuales, el carácter general de su nueva falange, decidió recibirla con todo el lujo externo de su palacio, cuyo mobiliario fué renovado por una de las primeras y principales disposiciones de su administracion, pero sin el vano lujo exagerado de las ideas profundas aplicadas á su primera plática, sin el vano alarde de ningun gran esfuerzo cerebral ni retórico; creyendo, y con razon, que á cada auditorio hay que hablarle su lenguaje más apropiado, y que á una juventud liberal, sana y modesta, no debia metérsela desde el primer instante en ciertas inútiles honduras, ni calentar su cabeza con libros de caballerías. Y esto explica los admirables párrafos de aquella su conversacion, donde el ánimo perplejo, no se sabe qué elegir, si la llaneza abandonada y cariñosa de la forma, ó la ausencia, deliberada como queda dicho, del pensamiento. Camaradas, vino á decir el Sr. Sagasta, los he traido á ustedes aquí, principalmente, para que pasen un buen rato. Esto no es, en rigor, una reunion política, esto es una tertulia amistosa. Ya habrán ustedes visto las macetas de boj de la escalera, y ahora tomarán ustedes thé con pastas. Entretanto, sólo tengo que decirles,

por si lo ignorasen, que ustedes, conmigo, representan, la salvacion de la patria y de la monarquía, por la libertad. Conque, mucho ojo, es decir, mucha disciplina, porque si el espíritu de Romero Ortiz se apodera de ustedes, le digo al Rey que nos eche. Ahora, al comedor.—Y el hecho es que, segun muchos de los circunstantes, nunca ha parecido más grande, más colosal, más interesante, más respetable, ni más á la pata la llana, la jefatura, que todavía llama el generoso Sr. Balaguer indiscutible, de un partido verdaderamente liberal. Porque esta clase de partidos tienen esa incontestable ventaja, que probablemente nunca comprenderemos los conservadores: la ventaja de que no necesitan encarnar la direccion de su política, la representacion de su gobierno, la garantía de su influjo benéfico sobre los intereses nacionales, en ningun hombre de Estado, en ninguna suficiencia reconocida, en ninguna autoridad intelectual ó moral, que explique y sancione todo un órden de cosas: con un patriota que sepa hablar recio, les basta.

No se tomó el thé, sin embargo, ántes de que el segundo discurso sencillo, todavía más sencillo, más fraternal, más paternal, más empapado, si cabe, en el espíritu y en la forma de las circunstancias, viniese á coronar la fiesta amistosa, y á imprimir por completo su especial carácter á la primera etapa razonadora de la situacion. Allí estaba tambien, y estaba asimismo para hablar, el nuevo socio del Círculo Constitucional, el nuevo compañero de candidatura y de diputacion por Madrid del Sr. Angulo, el triunfador liberalísimo de la domeñada disidencia homogénea, el presidente, presunto aquella noche, del Congreso, el Sr. Posada Herrera; y, con efecto, el Sr. Posada habló tambien. Cuarenta años de patriado político iban á explicarse por su conducto; las sombras del gran O'Donnell y del gran Olózaga parecian vagar entre las silenciosas figuras de la techumbre, seguidas respectivamente por los manes de la union liberal, y de la oposicion de los cinco años. ¿Qué iba á decir el conservador más pertinaz que han tenido los liberales? Pues iba sencillamente, aceptando el noble pugilato de sencillez y de franqueza abierto por su nuevo jefe, á decir tambien cuatro sencilleces de primer órden. Primero debia justificar su presidencia del Congreso neoprogresista, y la explicó levantando muy en alto la teoría suprema de la soberanía nacional, que no por haber estado algunos lustros sin salir de sus labios, habia dejado de estar y de vivir en su corazon, con tantas raíces como pueda tener en el corazon del propio Sr. Montero Rios. Luégo debia secundar la señal dada por el señor

Sagasta respecto á la disciplina, y lo hizo proclamando desde la cumbre de su seriedad y su puritanismo, la estupenda teoría arrogante de la obediencia ciega que los Parlamentos que se estiman deben á los ministros, para que la libertad, condicion primera de la dignidad humana, no peligre. Y luégo, en fin, debia dar al Sr. Sagasta un nombre nuevo, un nombre sintética y religiosamente expresivo de todo su poderío y de su mision solemne, y le llamó y le proclamó director espiritual de la mayoría, suponiendo fundadamente que la mayoría tenga un espíritu propio y dirigible. El éxito ¿cómo negarlo? del discurso del Sr. Posada, fué atroz. Hasta el mismo Sr. Romero Ortiz, que fué el único que se marchó por no oírle, tuvo que reconocerlo así cuando se lo contaron. Por nuestra parte, adversarios y todo del grande hombre, no lo extrañamos. Cuando las empresas políticas se acometen con cierta gran dosis de valor, de desenvoltura, de audacia artística, la fortuna, amiga de la audacia, hace lo demás. El Sr. Posada fué aquella noche todo un valiente. Su situacion especialísima le aconsejaba casi una heroicidad, y la realizó colocándose de un salto, y á pesar de la carga grave de sus años y de su historia, en medio de la gran corriente radical cuya teoría del poder viene de abajo en todo orden de ideas. Y así, y sólo así, se comprende que hiciera lo que hizo, y que dijera lo que dijo. ¿Qué importan las observaciones que su respetable persona haya podido merecer, con este motivo, á la crítica esclava del sentido moral en las gentes y en las cosas? Ese valeroso desden hácia las conveniencias, esa total ausencia de las timideces pudorosas de las almas vulgares, esa despreocupacion sistemática, que sabe y puede saltar, cuando es preciso ó conveniente, las barreras tiránicas de todo respeto de convencion, no son, por otra parte, cosa nueva ni recién inventada; pertenecen, por el contrario, si la historia de la filosofía no miente, á una escuela, á una doctrina filosófica de la más envidiable antigüedad. ¿Quién no conoce la escuela de Antístenes, donde se formaron discípulos tan notables como Diógenes mismo? Seguramente, esa página antigua debió ser recordada, justa y oportunamente, por la parte más leida de la mayoría que tuvo el gusto de oír al Sr. Posada aquella noche. Y los descontentos de oficio; los que acudimos á la fisiología para explicarnos la decadencia senil de ciertos caractéres; los que no podemos concebir que un hombre, harto de celebridad, de prestigio y de experiencia, se arranque con sus propias manos, y hoja por hoja, la honrosa corona de sus méritos biográficos, y cambie voluntariamente su autoridad pasada

por la compartida jefatura de una indocta turba, dispuesta á desdorar febrilmente sus canas; los que, para decirlo de una vez, creemos y sentimos que tenia mucho más interés escénico y ético el solitario de Llanes, esquivando el apoyar con su presencia la política antidemocrática de su gran discípulo el Sr. Cánovas, que el nuevo defensor obligado de los organizadores indirectos del republicanismo; los que todo eso seguimos creyendo y sintiendo, no tenemos, sin embargo, más remedio que enmudecer.

Veinticuatro horas despues de esos discursos casi bucólicos, sueñan otros dos en el mismo recinto. Pero ya la decoracion ha cambiado un poco; ahora es la mayoría del Senado, la Fusion entrada en años, el liberalismo provector, quien escucha. Ha pasado la oportunidad de la plática sencilla y cordial: ni aquellas fisonomías, ni aquellas edades, ni aquellas representaciones sociales exhalan, por decirlo así, el calor espontáneo que la juventud de los distritos comunicó desde luégo á su ilustre jefe, convidándole casi á un tuteo cariñoso; ni la índole severa de la representacion legal de aquellos señores lo aconsejaba; porque, al fin, liberal y todo como es el nuevo Senado, cuya mayoría electiva acaba de salir de las mismas fuentes y del mismo filon social que el paciente progresismo tenia ocultas en las entrañas de la nacion; liberal y todo, decimos, como es esa mayoría senatorial, al fin y al cabo es el Senado español, y no tiene más remedio que representar la parte más sesuda, experta, sabia y respetable del conjunto nacional. Comprendido así por el señor Sagasta, la dedicó un discurso prudente, un verdadero discurso de prudencia, en cuyo espíritu y en cuyo texto vibró la fibra conservadora todo lo que era humanamente posible hacerla vibrar dentro de un liberalismo que ha tomado ya carta de naturaleza hasta en el periostio de los huesos duros del pontífice. Saludóles, pues, reverentemente; les halagó concediéndoles una parte considerable en la realizacion de su propósito, que es, como no podia ménos, el de conseguir que las instituciones y el pueblo vivan la misma vida, lo cual viene sucediendo aparentemente hasta aquí, porque nadie ve dos vidas distintas entre lo que el pueblo llamó y estableció, y ama y respeta, y el pueblo mismo; pero lo cual es menester que se perfeccione con arreglo al plan especial de su señoría; les aseguró, bajo su palabra, que desde el 8 de Febrero la península española nada tiene que envidiar á los países que pasan por más adelantados, y que si alguna bicoca resta por hacer en este sentido, hecha será en cuanto el programa de la oposicion liberal de ayer se cumpla

hoy en el poder, que es á lo que vamos. Pero añadió que es preciso ir á esto y á otras muchas cosas, con paso mesurado, aunque firme, por aquello de que para llegar como mozos á la cúspide, es preciso subir la cuesta como viejos; en una palabra, por aquello de que, como dicen en la patria de Garibaldi, *chi va piano va lontano*. Y para ir lejos sobre seguro, lo primero que hay que hacer es respetar las leyes, entendiéndose por leyes hasta las hechas por los adversarios, cuyo respeto ha venido á hacer doblemente fácil la terminación feliz del período electoral. Y por último, se permitió dirigirles, y casi con las lágrimas del patriotismo en los ojos, un ruego oportunísimo, á saber: el ruego de que no teman á la libertad, de que no se asusten de la libertad, porque la libertad debe calentar á todos como el sol, y si ellos la rechazasen, resultaría un sol imperfecto. Con cuyo símil, tomado de los mejores tratadistas, concluyó el discurso prudente del Sr. Sagasta entre una salva de aplausos que, si no sonaron, porque las muchedumbres conservadoras no deben arrebatarse, brillaron ostensiblemente en todas las actitudes. —Y acto seguido, y bajo la impresion de aquella obra maestra de comedimiento, y dejando apenas tomar un breve respiro á los con razon entusiasmados padres conscriptos, el señor presidente del Senado de la izquierda monárquica, que no es por fin el general Jovellar, sino el general Concha, levantó tambien su voz autorizada é hizo otro discurso, con tanto mayor desembarazo, y tanta más fácil galanura, cuanto que su eminente jefe y el auditorio extático le habian trazado el camino. Con efecto: aquello, para un orador de las condiciones del marqués de la Habana, era coser y cantar. En una atmósfera tan impregnada de entusiasmo, no habia otra cosa que hacer sino entusiasmarse. ¡Buena dificultad está, por otra parte, la de un entusiasmo más ó ménos para quien ha tenido tantos, para quien ha cultivado con tan rara aptitud ese fecundo elemento político! La única perplejidad que podia existir en su ánimo, era la referente al modo de entusiasmarse; pero el digno general la salvó sin vacilacion, trazándose instantáneamente en su imaginacion fogosa y desarrollando en el acto el plan de su discurso. Compúsose éste de tres partes: la primera se encaminó á probar que el porvenir, que la posteridad, que el juicio de las futuras generaciones es ya innecesario como tribunal de conciencia, porque ya está juzgada la gran política liberal de esta situacion, porque ya está probado que el país, no sólo quiere, sino que adora esta política. ¡Pues qué! ¿no hemos visto asegurado é inmutable el orden público en Madrid, sin

otra guarnicion que la Guardia civil, algun que otro batallon de línea y los cuerpos de vigilancia? ¿Cuándo, ni en qué país, ni en qué época histórica se ha visto eso?—La segunda parte desarrolló, como corolario de los argumentos de la primera, el argumento de que los conservadores no tienen el menor derecho á combatir á un Gobierno como éste, á un Gobierno sin soldados. Y la tercera se redujo al cumplimiento de un sensible, pero riguroso deber crítico: se redujo á recordar el reinado de Doña Isabel II, aquel reinado de tanta convulsion, de tanta conspiracion militar, de tanto trabajo para el régimen constitucional; aquel reinado, cuyas más graves vicisitudes, desde las que dieron lugar á las célebres epístolas de Antonio, hasta las que motivaron la heróica desaparicion del ministro único de 1868, son perfectamente conocidas del general; aquel reinado, en fin, cuyos más sombríos episodios no puede juzgar nadie con la autoridad imparcial del marqués de la Habana; y naturalmente, de su recordacion sacó el ilustre presidente del Senado la consecuencia lógica de que, por fortuna, todo aquello se acabó para no volver, y de que nunca ha estado la libertad, ni más asegurada, ni más enaltecida que en este advenimiento pacífico de los progresistas, apoyados por el general Concha.—Despues de lo cual, y previo el refrigerio consuetudinario, se disolvió pacíficamente la reunion.

Al llegar á este punto de nuestra Crónica, nos asalta la terrible sospecha de que acaso nuestros lectores se sientan ya ahitos de tan desmesurada racion de discursos, y empiecen á sentirse sin fuerzas para seguir acompañándonos en nuestro viaje cronológico.. A nosotros, francamente, nos pasa tambien algo semejante. Únense, pues, ambos intereses, como dos fusionistas de buena fé, para que apresuremos el término de esta relacion, apuntando sólo el resto de las obras maestras que han aparecido en la tribuna española, y terminado con la anterior quincena. A su frente figura, como es justo, el régio discurso puesto por los consejeros responsables de S. M. en sus augustos labios, en el acto solemne de la apertura de las Córtes. Decir nosotros que este documento ha defraudado la espectacion general, ménos la nuestra, si es que esa espectacion existia, no seria ciertamente decir nada nuevo. Esmerarnos en demostrar que ni en la forma, ni en el fondo, ha respondido á los que creian que el gran cambio de política realizado en Febrero debia y necesitaba aparecer por vez primera en un documento de esa índole, con puntos de vista, tendencias y afirmaciones de muy distinta elevacion que las que encierra, seria además tarea ociosa. Cuando la discusion del mensaje



llegue en ambas Cámaras, ese discurso será, legal y oportunamente, del dominio verdadero de la crítica, y más de una ocasión tendremos de analizarlo en unión á sus comentaristas del Parlamento. Lo único que, por tanto, debemos anticipar sintéticamente sobre él, es que la *Fusion* aparece en sus deslabazados, frios é incorrectos párrafos, con toda su genuina manera de ser, con toda su absoluta carencia de ideales políticos, administrativos y económicos, y en toda la plenitud de su deficiencia literaria y gramatical. Su autor, el Sr. Sagasta, en quien es lícito suponer que sabe algo más que las matemáticas que sabia en su juventud, hubiera podido hacer, sin duda, algo más y mejor; pero como intérprete, redactor y *reporter* fiel de las aptitudes, de las aspiraciones y de los elementos que tiene á su espalda, no ha podido extralimitarse, y la obra es perfecta. Pásemos, pues, sobre ella, hasta mejor oportunidad, y digamos algo sobre algunas de sus inmediatas sucesoras. Empezaron las sesiones de ambas Cámaras, y en ninguna de las dos se ha hecho esperar el acento del patriotismo. Sólo que, como cada autonomía lo vé á su manera, la autonomía republicana se apresuró á verlo en el Congreso pidiendo la abolición del juramento monárquico de los legisladores de la Monarquía, y discurrendo sobre ésta con toda la libertad científica y racionalista que era de esperar. Salió empero al quite incontinenti el Sr. Sagasta, y aunque nada tuvo por conveniente decir acerca del fondo del asunto, rogó, sin embargo, á la Cámara que aplazase el tratar esta cuestión para cuando hubiera Congreso, y no junta de diputados; es decir, para cuando estén aprobadas las actas de la mayoría, que será pronto. Y entónces y sólo entónces el Gobierno y sus amigos defenderán con presumible y gran vigor los fueros del principio monárquico, intempestivamente urgados por el aticismo radical del Sr. Martos, y por la inspiración deletérea del Sr. Castelar; y entónces y sólo entónces los ministros y la mayoría verán lo que hay que hacer en definitiva con ese juramento dichoso, y hasta qué punto debe tenerse en cuenta que muchos señores de la mayoría y del ministerio lo condenaron y atacaron cuando eran meramente la minoría de un Parlamento conservador.

Por último: ha habido también en las primeras deliberaciones del nuevo Parlamento, y sin peligro ostensible para la libertad, algun que otro discurso conservador, insignificante y pobre, por supuesto. De uno cortísimo y tímido del señor marqués de Corvera en el Senado, resultó, sin embargo (véase lo que son las cosas), la aparición sobre el tapete del respetable guarismo de los ayuntamientos

y diputaciones provinciales disueltos de real orden, para que el gran sufragio se emitiera con la consabida pureza; sumando, largamente, entre los unos y los otros, quinientas corporaciones ajusticiadas, según ese ya conocido dato concreto. De otro discurso del infatigable Sr. Romero Robledo en el Congreso, hecho también con la corteidad y con las pocas pretensiones de quien todavía no conoce bien cuántos y cuáles gigantes tiene enfrente, resultó asimismo otra explicación ventajosa, no ya tan sólo para la política, sino hasta para los intereses filológicos del país: resultó clarísimamente explicado el cómo y el porqué fué el Sr. Alonso Martínez ministro de la república; y quedó graníticamente sentado que lo fué en virtud de una sencilla razón etimológica, porque república es lo mismo, pensando con elevación, que res-pública, y se puede no ser republicano de corazón, y ser repúblico de encargo. Con lo cual el Sr. Romero se explicó á su vez una porción de cosas, entre ellas el republicanismismo, bien entendido, de los carlistas, y se dió por satisfecho. Y en fin, de otro discurso del Sr. Silvela (D. Francisco) en la misma Cámara popular, resultó, como ya sospechábamos, que el progresismo no tiene cura; que han pasado y pasarán en vano los años, las coaliciones, las fusiones, las inoculaciones conservadoras y cultas, para esa planta silvestre de la civilización española, cuyas espinas son cada vez más punzantes, cuya corteza se hace cada vez más áspera, y cuyas malas costumbres abusivas están hoy, en el día inverosímil de su exaltación incruenta, tan vírgenes y tan inmodificadas como cuando las proclamaba desde las barricadas y las aplicaba á la sombra del morrion miliciano. Con este motivo, pues, el Sr. Silvela, dió por muerto, en su sentir, el sistema representativo en España, y le dedicó una oración fúnebre, modelo de buenas y cáusticas formas. El Gobierno, sin embargo, salió á la defensa de su difunto, ó sea de su víctima, por boca del elocuente y ardoroso ministro de Fomento, el cual aseguró que el muerto vivía, y que el pueblo español, no sólo es el más adelantado de la tierra, como ha dicho el señor ingeniero jefe de la situación, sino que es uno de los que más puntos calzan en cuestión de prácticas electorales; y la prueba de ello es, según el mismo ministro, que el Sr. Albareda ocupa el sitio que ocupa, porque no lo ocuparía si el país consintiese á los Gobiernos lo que el Sr. Silvela sueña que consiente. La prueba, empero, no es concluyente del todo, por el momento; y esperamos que el Sr. Albareda tendrá la bondad de suministrar á la opinión algunas otras de mayor fuerza, en el curso de la discusión del mensaje.

Entretanto, y ya que sobre tal número de discursos internos hemos discurrido, no concluyamos sin mencionar uno de mérito altísimo, aunque exterior y fúnebre: el pronunciado por el sentimiento del pueblo norte-americano sobre la tumba, que el crimen al fin ha visto abierta, del honrado é inolvidable Mr. Garfield. No tiene ese discurso más que una palabra, una nota, un ¡ay! de dolor sincero y profundo, exhalado por millones de honrados pechos, pero vale, por esto mismo, cien mil veces más que toda la vana palabrería de los falsos patriotismos y de los liberalismos interesados. No conocemos mejor premio, en la tierra, para el que ama verdaderamente la libertad y la patria. El premio del cielo, Dios lo habrá ya otorgado al alma del gran ciudadano.

G.

# MOVIMIENTO LITERARIO

## EN EL EXTRANJERO.

### ITALIA.

Por primera vez se ha publicado en Italia un anuario de literatura en que se pone como en inventario todo ó la mayor parte de lo que durante el año se ha escrito é impreso. La empresa, por demás difícil y trabajosa, la ha tomado á su cargo Angelo de Gubernatis, desempeñándola con habilidad suma y juicio imparcial. Algo peca de benévolo el que emite sobre la mayor parte de las obras que contiene su anuario; pero esto no es defecto muy de censurar, pues que honra el carácter del autor, y más si se atiende á las dificultades por él vencidas, y á la suma de tiempo que ha tenido que emplear en tan útil como minucioso trabajo (1).

Un nuevo *Canzoniere*, de Jerónimo Ragusa Moleti, ha venido á atenuar el mal efecto que el primero produjo por la crudeza del realismo que en aquél campeaba. Limpio de muchos de los defectos que en el otro resaltaban, este libro de poesías pone más en evidencia las cualidades de poeta que adornan á Ragusa Moleti. Original y elevado en las ideas, sobrio en las imágenes y lleno de gracia y energía en la expresion, el poeta se sale de ese círculo de lugares comunes y versos incoloros que recorren la mayor parte de los noveles. Tal vez desprecia más de lo regular en sus composiciones las formas antiguas; pero con todo, el libro se lee con avidez y produce agradable impresion (2).

Sobre crítica literaria se ha impreso en Florencia un volúmen de Alberto Rondani, que además del interés que en sí encierra, revela un escritor de ingenio robusto y nutrido, de doctrina bien aprendida y digerida. Contiene el libro estudios literarios sobre puntos y escritores poco conocidos ó desconocidos por completo, y entre ellos, son notables el que dedica á Jacopo Sauvitale, dando nuevas noticias de su vida y reproduciendo algunas de sus poesías; el estudio sobre la estancia de Petrarca en Selvapiana, interesante, porque lo es todo lo que se refiere al gran poeta; otro relativo al Dante, en que Rondani revela conocimiento profundo y verdadero del divino poema y de la época en que se escribió, arte, crítica copiosa y doctrina escogida y siempre oportuna; á su trabajo sobre el poeta dramático Revere, deberá éste, más que á sus propias obras, el ser conocido en una época que injustamente lo habia olvidado: por último, es por extremo notable y plausible el artículo que dedica á restaurar la memoria de nuestro insigne compatriota Silio Itálico, no tan estimado como merece. El análisis del poema *Los Púnicos*, tan notable por sus bellezas poéticas como por sus datos históricos, es minuciosamente analizado por A. Rondani, poniendo á la vista

(1) *Annuario della Letteratura Italiana*.—Firenze, 1881.

(2) *L'Eterno Romanzo*.—Ravenna, 1881.

del lector los admirables pasajes que el poema encierra. En suma, el libro de que nos ocupamos cumple á maravilla con las principales condiciones, es decir, honra el nombre de quien lo ha escrito y es útil para la literatura (1).

Francisco de Reuzis, muy conocido en Italia por sus proverbios dramáticos, sólo habia escrito una novela llamada *Ananke* sobre la *iettatura*, que habia llamado poco la atención del público, por más que tenga capítulos interesantes y cuadros de costumbres napolitanas dignos de estudio y de aplauso. No era, pues, contado entre los novelistas italianos hasta que recientemente ha impreso *Il terzo peccato*, que ha venido á darle nombre distinguido en este género de literatura. Esta novela, escrita con el pensamiento de corregir pasiones malsanas, hijas de la lujuria, no carece de originalidad, y su acción está bien pensada y organizada; es rápida y encaja perfectamente con el pensamiento del autor; verdad es que alguna vez viene tal cual capítulo demasiado extenso y alguno que podría suprimirse; pero en cambio tiene descripciones vivas y verdaderas, escritas con ingenio y arte. El estilo es fácil, suelto, variado y siempre en armonía con el asunto, falto algunas veces de precisión y de alegoría, y en ocasiones un poco vulgar. La edicion, hecha en casa de Cosanova, en Turin, es elegantísima y esmerada.

Con el pseudónimo de D. Desiderio se ha dado á luz en Florencia un libro titulado *Frutti d'Autunno*, cuyo autor ha querido ocultar su nombre por más que su trabajo le honra por extremo. Compónese de veinticuatro capítulos, que tratan de asuntos de actualidad referentes á las costumbres y vicios sociales: es una miscelánea en que al lado de estudios sobre moral teórica hay otros puramente prácticos. El positivismo, el matrimonio, la metafísica, la magistratura, la mujer, los honores, el progreso, el principio de autoridad, todo esto y mucho más es objeto del libro de D. Desiderio, y por más que no pase de los que deben comprenderse en la amena literatura, tiene un fondo en general que entretiene y enseña. Su estilo es familiar y agradable, y la intención sana, por más que no carezca de extravagancias.

*Poesia sacre, politiche e varie*, se llama un libro impreso en Perugia, y escrito por el profesor José Cocchi. Víctima el autor de sus doctrinas religiosas y políticas, busca consuelo en la religion, y no carece de nervio é inspiracion en sus poesías religiosas, llenas de nobleza y honradez.

El libro del profesor Angelo Simoncelli sobre el hombre y el bruto ha merecido aplauso de toda persona imparcial, pues nutrido de sana doctrina, desenvuelta con sólidos argumentos y no comun ingenio, combate las observaciones de los nuevos filósofos, sin más compañía que su espíritu recto y severo y los libros de Santo Tomás, fuente de la verdadera filosofía. Sin rechazar en absoluto los

(1) *Saggi di critiche letterarie*.—Firenze, 1881.

progresos de la ciencia, el profesor Simoncelli acoge y se identifica aquello que es verdad de las teorías modernas, y rechaza con energía lo que es hijo de imaginaciones desenfrenadas ó de corazones pervertidos, combatiendo sin tregua las doctrinas que sin razón ninguna sólida dá al hombre y á la bestia igual origen, idéntica naturaleza y un mismo fin. Su obra merece estudio, detenido por ser hija de reposada meditacion, juicio claro y erudicion abundante (1).

*La dominazione spagnnola* se llama un trabajo histórico de Mr. Formentini, impreso recientemente en Milan. En una descripción critico-histórica del período comprendido entre los años de 1533 y 1584, en que el autor prueba que ha estudiado esta época de la historia de Lombardía. La abundancia de documentos que ilustran el libro y el asunto de que trata, tienen mucho interés para los españoles, y escusado es recomendar su lectura, puesto que puede considerarse como un capítulo de la historia de España.

El malogrado Roberto Sacchetti, muerto al cumplir los treinta y cuatro años, dejó escrita una novela titulada *Entusiasmo*: sus amigos acaban de publicarla en Milan, pagando así tributo al fecundo y estimado novelista que deja en la miseria á sus hijos. La obra está adornada de las cualidades que revisten todas las del autor, y el público se apresura á adquirirla, porque á la vez que satisface la justa curiosidad que ella le inspira, paga tributo á la memoria del autor y contribuye á hacer ménos amarga la suerte de sus huérfanos.

Un inventario minucioso é ilustrado de todas las ediciones de *Orlando el Furioso*, noticia detallada de las traducciones que á lenguas extranjeras se han hecho, coleccion de datos esparcidos en diferentes obras acerca del Ariosto y sus escritos; tales cosas contiene un libro publicado en Bassano por G. J. Ferrazzi, que se titula *Bibliografía ariostesca*. Este pacientísimo escritor ha dedicado su vida al estudio bibliográfico de los cuatro poetas mayores que escribieron en italiano, y con su trabajo sobre Ariosto ha puesto término á tan honrosa como laudable tarea; pues ya en años anteriores habia impreso los relativos á Dante, Petrarca y Tasso. Tal vez el libro sobre Ariosto es ménos completo que los de los otros poetas; pero en todo caso la obra de Ferrazzi es verdaderamente digna de figurar entre los buenos trabajos de este género.

Apenas casi ha habido tiempo para juzgar la novela *Tooppo tardi* de la marquesa Colombi, cuando ya se ha puesto á la venta otra titulada *Prima morive*: una y otra carecen de las cualidades de estilo tan necesarias en este género literario; pero ambas son interesantes, entretienen agradablemente el tiempo y nada malo enseñan, antes bien su autora se afana por dar saludable lección.

C.

(1) *L'Uomo ed il Bruto paragonati sotto l'aspetto psicologico metafisico.*—Verona. Padova. 1881.

# NOTICIAS BIBLIOGRÁFICAS. <sup>(1)</sup>

**Educación intuitiva y lecciones de cosas**, por D. PEDRO ALCÁNTARA GARCÍA.—(Un vol.—Madrid. Gras y compañía, editores.)

Al contrario de lo que sucede en otros países, en el nuestro hay muy pocos escritores que se consagren con verdadera constancia á cultivar esta importantísima materia de la educación de la juventud. Entre esos pocos figura en primera línea el Sr. García, que es sin duda quien con mayor ahinco trabaja por alcanzar su reforma y contribuir á su progreso. Incansable en ese empeño nobilísimo, ha dado á la estampa ya dos notables trabajos sobre Froebel y *los jardines de la infancia*, y está publicando un tratado completo de enseñanza y educación, del cual han visto la luz tres tomos voluminosos. El mérito principal de esas diversas obras consiste en que nos dan á conocer y adaptan á las condiciones especiales de nuestro país los sistemas pedagógicos que en Alemania, en Inglaterra y en los Estados-Unidos gozan de mayor autoridad y fama, por el éxito que han alcanzado.

Todos esos sistemas tienen por base la educación intuitiva, y esta manera de enseñar por principio y por cimiento las lecciones de cosas. Las lecciones de cosas son la clave de los progresos que ha hecho la pedagogía moderna. Froebel y Pestalozzi las recomendaron como el procedimiento más adecuado de sus métodos respectivos; Spencer y Bain, que son en la actualidad los más ilustres pensadores de entre cuantos se han ocupado en estos problemas, les otorgan la misma consideración. Desde Francia á Rusia todos los Gobiernos de Europa se apresuran á introducir las en la primera enseñanza y obtienen de su aplicación incalculables resultados.

Aquí mismo se han hecho tímidos ensayos de esa novedad, que lo es todavía para nosotros, á pesar del tiempo trascurrido desde que empezó á practicarse.

En esta situación, y cuando ya todo el mundo habla de las lecciones de cosas y de la enseñanza intuitiva como de materia conocida, era indispensable vulgarizar las nociones en que se fundan, y explicar la práctica de ese método. Eso es lo que ha hecho el Sr. García en el libro que anunciamos, donde estudia ante todo cómo empieza á despertar el niño á la vida de la inteligencia, y cómo deben arrojarse en aquel fecundo suelo y desarrollar más tarde las primeras semillas de su cultura.

Después estudia la enseñanza en sí misma para deducir que la intuición es el mejor medio de disciplinar y ejercitar la inteligencia, por lo cual tiene eficacia y virtud sobradas para dar á la enseñanza todas las condiciones esenciales é indispensables, haciéndola educadora, adecuada, graduada, racional, práctica y atractiva. A continuación expone qué son y cómo han de darse las lecciones de cosas; esta parte constituye un manual de ese procedimiento, tan bueno y tan completo como los mejores que usan las maestras norte-americanas, que han llegado á perfeccionarlo extraordinariamente. La obra termina con dos capítulos también de importancia, donde se habla de la naturaleza, como medio de educación intuitiva; y del niño, considerado como agente activo de su propia educación; pues sabido es que en los nuevos sistemas pedagógicos, el niño ha de hacerlo casi todo por sí mismo, quedando limitado el maes-

(1) Los autores, editores ó libreros que deseen ver anunciadas sus publicaciones en la REVISTA HISPANO-AMERICANA, enviarán á nuestra redacción dos ejemplares de cada uno de los libros que den á luz.

tro á lo que debe ser, un auxiliar ó un guía del alumno. Esto, que parecerá paradógico á los partidarios del antiguo sistema de enseñanza, resulta tan claro y palpable de las explicaciones del Sr. García, que ni siquiera es preciso recordar en su abono la experiencia que lo demuestra.

\* \* \*

**El hombre primitivo y las tradiciones orientales,** por MANUEL SALES Y FERRÉ.—(Un vol.—Sevilla. Biblioteca científico-literaria.)

Leyendo la portada de este libro no se advierten su importancia y alcance. Dice allí que contiene varias lecciones, dadas por el ilustrado catedrático que lo firma, en el Ateneo Hispalense; pero cuando se empiezan á recorrer sus hojas y, embebecido con el atractivo que ofrece, llega el lector á penetrar en lo más hondo, se vé que, pretendiendo modestamente recoger materiales, interpretarlos y clasificarlos para ir sentando doctrina sobre algunos puntos concretos, pues no otra cosa se ha propuesto su autor, plantea y resuelve uno de los problemas más trascendentales de la historia humana.

Este problema es el de si los primitivos representantes de nuestra especie fueron inteligentes, felices y civilizados, ó si, por el contrario, vivieron en el estado abyecto y miserable en que vemos á las actuales razas más salvajes de la tierra. El método preferido por el Sr. Sales para hacer esta investigación no podia ser otro que el experimental. Empleándolo ha llevado á cabo su tarea con tanta escrupulosidad, tal copia de trabajo y tan buen éxito, que creemos este libro destinado á llamar la atención en toda Europa y á demostrar hasta qué punto va ensanchando y extendiendo su esfera,

antes restringida, la cultura de nuestra patria.

El Sr. Sales estudia el origen de ese problema y lo que se ha pensado acerca de él desde los tiempos más remotos hasta la edad presente. En seguida, y ya investigándolo, examina á la luz de la geografía, la historia, las ciencias naturales y la filosofía, las tradiciones de los pueblos orientales y americanos, para deducir que las tradiciones no revelan cuál fuese el estado primitivo de la humanidad. Un análisis detenido de los hechos que la arqueología, la prehistoria y la filología han acreditado, y un exámen más atento aún de los debates á que han dado márgen esos hechos, entre los partidarios de las diversas escuelas que se han ocupado en interpretarlos, permite al Sr. Sales afirmar que la condicion de la humanidad primitiva fué el salvajismo; que las actuales razas inferiores no son restos de pueblos decaídos, sino grupos humanos rezagados, y que esta conclusion no debe causar tristeza al hombre pensador, porque no contradice ni niega, ántes afirma y depura la ley del progreso, en cuya virtud aspiramos á un mejoramiento constante en todas las esferas de la vida de la humanidad.

Este libro, á más de la importancia del asunto, ofrece, como atractivo para el lector, el elegante estilo con que está escrito y la agradable y variada erudicion que lo ameniza. El Sr. Sales, por otra parte, discute, y su polémica atrae é interesa. Algo advertirán tambien en su prólogo los pensadores, digno de notarse: que el Sr. Sales, antiguo adepto del krausismo, afirma resueltamente que del reinado de la metafísica estamos pasando al de la investigación experimental y positiva, de tal manera, que ningun conocimiento, por elevado que sea, debe ser considerado como tal si no tiene alguna raiz en el suelo de la experiencia.